

SERIE 
Magister
VOLUMEN 49

*Mestizaje,
cholificación y
blanqueamiento
en Quito*

*primera mitad
del siglo XX*

*Manuel
Espinosa Apolo*



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador



ABYA
YALA



CORPORACIÓN
EDITORIA NACIONAL

Mestizaje, cholificación
y blanqueamiento en Quito
primera mitad del siglo XX

SERIE 
Magíster
VOLUMEN **49**

UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR, SEDE ECUADOR

Toledo N22-80 • Teléfonos: (593-2) 255 6405, 250 8150 • Fax: (593-2) 250 8156
Apartado postal: 17-12-569 • Quito, Ecuador
E-mail: uasb@uasb.edu.ec • <http://www.uasb.edu.ec>

EDICIONES ABYA-YALA

Av. 12 de Octubre 1430 y Wilson • Teléfonos: (593-2) 256 2633, 250 6247
Fax: (593-2) 250 6255 • Apartado postal: 17-12-719 • Quito, Ecuador
E-mail: editorial@abyayala.org

CORPORACIÓN EDITORA NACIONAL

Roca E9-59 y Tamayo • Teléfonos: (593-2) 255 4358, 255 4558
Fax: (593-2) 256 6340 • Apartado postal: 17-12-886 • Quito, Ecuador
E-mail: cen@accessinter.net

Manuel Espinosa Apolo

**Mestizaje, cholificación
y blanqueamiento en Quito**
primera mitad del siglo XX



UNIVERSIDAD ANDINA
SIMÓN BOLÍVAR
Ecuador



ABYA
YALA



CORPORACIÓN
EDITORIA NACIONAL

Quito, 2003

Mestizaje, cholificación y blanqueamiento en Quito
primera mitad del siglo XX
Manuel Espinosa Apolo

SERIE 
Magíster
VOLUMEN 49

Primera edición:

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
Ediciones Abya-Yala
Corporación Editora Nacional
Quito, diciembre 2003

Coordinación editorial:

Quinche Ortiz Crespo

Diseño gráfico y armado:

Jorge Ortega Jiménez

Cubierta:

Raúl Yépez

Impresión:

*Impresiones Digitales Abya-Yala,
Isabel La Católica 381, Quito*

ISBN: Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

9978-19-001-5 (serie)

9978-19-078-3 (número 49)

ISBN: Ediciones Abya-Yala

9978-04-700-X (serie)

9978-22-368-1 (número 49)

ISBN: Corporación Editora Nacional

9978-84-250-0 (serie)

9978-84-346-9 (número 49)

Derechos de autor:

Inscripción: 019072

Depósito legal: 002584

Título original: *Adscripciones socio-raciales y mutaciones étnico-culturales en Quito durante la primera mitad del siglo XX: longos, cholos, chagras chullas y gente decente*

Tesis para la obtención del título de Magíster en Estudios de la Cultura

Programa de Maestría en Estudios de la Cultura, mención en Historia Andina, 2001

Autor: *Manuel Espinosa Apolo*. (Correo e.: manuelespinosaapolo@hotmail.com)

Tutor: *Guillermo Bustos*

Código bibliográfico del Centro de Información: T-0156

Contenido

Introducción / 9

Capítulo 1

La transfiguración urbana / 15

1. La transformación de la ciudad vieja / 15
2. La modificación del paisaje humano / 21

Capítulo 2

Las mutaciones étnicas / 29

1. La «gente decente», los «cholos» y los «longos» / 29
2. Los «chullas» y los «chagras» / 42

Capítulo 3

Las transformaciones culturales / 51

1. Consideraciones previas / 51
2. Los sociolectos / 53
3. Las formas de habitación / 58
4. La alimentación / 65
5. Las indumentarias / 69
6. Espacios de sociabilidad, formas de esparcimiento y diversión / 74
7. El surgimiento del estilo de vida propiamente urbano y de una nueva cultura popular urbana / 79

A manera de conclusiones / 83

Bibliografía / 85

Universidad Andina Simón Bolívar / 91

Títulos de la Serie Magíster / 92

*A M. P. que ama esta ciudad y su cielo
tanto como yo amo la suya y el mar que la circunda.*

Introducción

Gracias al desarrollo de la historia urbana, durante las décadas de los ochentas y noventas del pasado siglo, hemos podido conocer las intensas transformaciones de todo tipo por las que atravesó la ciudad de Quito en la primera mitad del s. XX. Los cambios físicos de la ciudad, nos fueron revelados gracias a las investigaciones urbanistas¹ que destacaron la expansión acelerada del área de ocupación y los cambios en los usos del espacio en general.

Más tarde, cuando los historiadores sociales centraron su atención en los actores y protagonistas de la época, conocimos las profundas modificaciones a nivel social que se sucedieron en la ciudad de ese entonces como por ejemplo: la descomposición de las viejas relaciones entre dominantes y dominados que dieron lugar a lo que Juan Maiguashca llamó «crisis de la autoridad patriarcal»;² o el surgimiento de nuevos actores en correspondencia al cambio de la estructura social urbana. Estas modificaciones se expresaron en la intensificación de la conflictividad, la agitación social y el desarrollo de nuevas formas de agregación social.³ Desde entonces y gracias al estudio de fuentes no cuantitativas, sobre todo, de la literatura icaciana, la literatura costumbrista y de ciertos ensayos de la época, quedó claro que el crecimiento de-

1. Lucas Achig, *El proceso urbano de Quito*, CAE / Ciudad, 1983; Fernando Carrión, «Evolución de la forma de organización territorial en Quito: sus momentos históricos cruciales», en *Cultura: revista del Banco Central del Ecuador*, Quito, sep.-dic. 1984; *Quito, crisis y política urbana*, Quito, Ciudad / El Conejo, 1987.
2. Juan Maiguashca, «Los sectores subalternos en los años 30 y el apareamiento del velasquismo», en *Las crisis en el Ecuador: los treinta y ochenta*, Quito, Corporación Editorial Nacional, pp. 79-94.
3. Guillermo Bustos, «Gremios, sindicatos y políticas (1931-1938). Transformaciones ideológicas y redefinición social de los artesanos y obreros fabriles en Quito», tesis de licenciatura, Departamento de Historia PUCE, Quito, 1989; «Quito en la transición: actores colectivos e identidades culturales urbanas (1920-1950)», en *Quito a través de la historia*, Quito, Dirección de Planificación del I. Municipio de Quito / Consejería de Obras Públicas y Transportes / Junta de Andalucía, 1992, pp. 163-188. Milton Luna, *Historia y conciencia popular: el artesanado en Quito*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1989; «Los mestizos, los artesanos y la modernización en el Quito de inicios del siglo XX», en *Quito a través de la historia*, op. cit., pp. 191-202.

mográfico de Quito y la intensificación de la conflictividad estuvieron estrechamente vinculados, básicamente a la recepción de permanentes y aluviales flujos migratorios desde el interior del país.

Guillermo Bustos, quien estudió con más detenimiento el fenómeno, señalaba que la inmigración incrementó la conflictividad sociocultural, la lucha de clases y el choque étnico, a la vez que dinamizó los procesos de aculturación y movilidad social. Dicho en otras palabras, el conflicto clasista no fue la única forma de conflictividad al interior de la sociedad urbana, sino que éste estuvo acompañado de un enfrentamiento cultural y étnico entre migrantes y capitalinos. Pues, los sectores dominantes de origen aristocrático y los sectores medios percibieron la inmigración de gentes del medio rural como un proceso de oposición étnicocultural, esto es, como un avance del denominado «cholerío» sobre la urbe. Asimismo los sectores populares quiteños frente a los migrantes, expresaron por su parte, un sentimiento de inseguridad y competitividad, ya que los interioranos se convirtieron para ellos en virtuales competidores en el mercado de trabajo y al interior de los canales de movilidad social (Bustos, 1992: 184).

De esta manera, la presencia de inmigrantes indios y mestizos de origen rural y pueblerino que accedieron a formas particulares de vida urbana, dieron como resultado en el Quito de la primera mitad del s. XX, la revitalización de la figura del «cholo», el «chagra» y el «longo», así como la aparición del «chulla» y de un colectivo autocalificado como «gente decente».

El contacto entre la sociedad receptora y los recién llegados si bien reactivó el choque racial y étnico en la ciudad, dio también lugar a un proceso de intercambio o interinfluencia cultural. A la luz de este supuesto básico surge entonces una pregunta básica: ¿Las adopciones de los nuevos valores culturales que se dieron en uno y otro sector, estuvieron acompañadas de la eliminación de los valores anteriores o acaso fueron incorporadas dentro de sus propios patrones? Pregunta que nos conduce a otra igualmente crucial: ¿Dichas adopciones produjeron o no cambios en la situación o posición étnico-cultural de los protagonistas?

Sin duda lo que se ha dicho hasta el momento con respecto al cholo y al longo contribuye a esclarecer el panorama pero no es suficiente. El caso del cholo ha sido el más discutido en las ciencias sociales del país, siendo evidentes las discrepancias con respecto a su estatus étnico. Así por ejemplo en la década de los sesenta y los setentas, los esposos Costales presentaron al cholo como una personificación del proceso de blanqueamiento, es decir, de ese proceso de aculturación o reclutamiento de grupos e individuos indígenas a la sociedad nacionalizada. Para los antropólogos extranjeros: Crespi, Hickman, Brown y Whitten, en cambio, el cholo se concibe como un tipo transitorio, con un pie en el mundo indígena-quichua y otro en el mundo hispánico-nacio-

nal.⁴ Como bien señala Stutzman, el cholo es un tipo enigmático, cuya orientación cultural predominante ha recibido poca atención científica. Stutzman opta más bien por una nueva interpretación, según la cual lo: «cholo», señalaría no un estado cultural vacío de transición de lo indígena a lo nacional, sino un modo alternativo de ser en el mundo ecuatoriano, es decir, un sistema cultural, un modo racional de construir la experiencia humana.

Sobre el caso del *longo*, en cambio, es muy poco lo que se conoce, excepto lo que ha advertido Hernán Ibarra.⁵ El *longo* correspondería a un grado incipiente de mestización, una transición de indígena a cholo, que podría aproximarse al caso del llamado «cutu» que Hugo Burgos destacó a fines de los sesentas en su estudio sobre la discriminación en Riobamba. Burgos definió al «cutu» como un ex-indio en camino de constituirse en cholo (citado en Ibarra, 1992b: 106). Este actor colectivo pondría en evidencia, por tanto, la presencia de un continuo étnico de indio a mestizo, en el cual se dan diferentes grados de aculturación. Un grado de estos correspondería al llamado «longo».

Sin embargo, nada se ha dicho de los rasgos socioculturales que definen a uno y otro actor colectivo porque los estudios en torno a estos aspectos son casi inexistentes. Todo lo contrario sucede para el caso del «chulla». Tanto la literatura de nostalgia y remembranzas de la ciudad, así como la crónica costumbrista⁶ y la historia social, han destacado muchos de los rasgos idiosincrásicos de este personaje, pero sin aclarar su situación étnico-cultural.

En este sentido, es evidente que la presencia de *longos*, *cholos*, *chagras*, *chullas* o *gente decente*, no puede explicarse solamente a partir de procesos como la inmigración, el progreso urbano o la movilización social, sino fundamentalmente por procesos de adscripción sociorracial y fenómenos relacionados con la aculturación, la transculturación y la modernización. Procesos que han sido definidos como: blanqueamiento, mestizaje o cholificación, en tanto que provocan en los protagonistas cambios significativos de tipo transfigurativo, es decir, «mutaciones étnico-culturales».

4. Ronald Stutzman, «El mestizaje: una ideología de exclusión», en Norman Whitten Jr. (edit.), *Transformaciones culturales y etnicidad en la Sierra ecuatoriana*, Quito, USFQ, 1993, pp. 58, 59.
5. Hernán Ibarra, «El laberinto del mestizaje», en *Identidades y sociedad*, Quito, Centro de Estudios Latinoamericanos / PUCE, pp. 95-124.
6. Por ejemplo: Carlos Andrade, «El auténtico Chulla Quiteño», en E. Freire y M. Espinosa (comps.), *Parias, perdedores y otros antihéroes, Quito y sus célebres personajes populares*, Memoria, No. 4, Quito, Taller de Estudios Andinos, 1999, pp. 69-74; Nicolás Kigman, «El humor de los quiteños», en E. Kigman (coord.), *Las ciudades en la historia*, Quito, Conuep / Ciudad, 1989, pp. 419-422; Fernando Jurado Noboa, *El Chulla Quiteño*, Quito, SAG, 1991.

De este modo, la pregunta central que guía la presente investigación se puede expresar de la siguiente manera: ¿Qué tipo de adscripciones y mutaciones explican la constitución de los actores mencionados y cuáles son los rasgos que los caracterizan y definen?

Para proporcionar las respuestas adecuadas, consideramos necesario realizar algo que no se ha hecho todavía: develar el rostro de los inmigrantes interioranos que arribaron a Quito en la primera mitad del s. XX, esclareciendo los lugares de su procedencia; analizar el significado de los vocablos de adscripción étnica de la época, sobre todo los términos: *longo*, *cholo*, *chagra*, *chulla* y *gente decente*, así como estudiar las principales prácticas culturales (pensamientos, percepciones, expresiones y acciones) de los designados por dichos términos.

Para resolver la problemática expuesta, la presente investigación se ha servido de elementos conceptuales y teóricos provenientes tanto de la historia social, cultural y urbana, así como de la antropología y la sociología urbanas. En lo que respecta a las fuentes, nuestra investigación se apoya básicamente en fuentes escritas. A más de las de tipo cuantitativo: censos, encuestas, cuadros, hemos recurrido a fuentes de tipo cualitativo como relatos de viajeros, memorias, testimonios, relatos costumbristas, narrativa indigenista (básicamente la obra icaciana) y ensayos de la época, así como notas, reportajes, editoriales, avisos sociales y publicitarios aparecidos en las principales revistas y periódicos de la ciudad de ese entonces.

No obstante en el trabajo con este tipo de fuentes no hay que perder de vista que ellas dan cuenta de la realidad a partir de un determinado interés. Así por ejemplo, es notorio que el afán de la literatura icaciana es básicamente la impugnación de las condiciones sociales de los grupos subyugados del campo y la ciudad, mientras que la intención de la literatura costumbrista, especialmente de la obra de García Muñoz, es la ironía o más bien la caricaturización, en tanto busca acentuar ciertos rasgos de los pobladores de Quito para evidenciarlos. Los relatos de viajeros, por su parte, presentan varios prejuicios culturales y raciales, mientras que las notas, reportajes, editoriales y avisos de los periódicos se estructuran a partir de una posición ideológica latente o claramente manifiesta. En fin, se puede decir que las fuentes cualitativas son claramente interpretaciones valorativas de la realidad. Sin embargo y a pesar de las limitaciones señaladas, constituyen valiosas evidencias que dan cuenta de manera explícita o implícita de hechos que jamás aparecen en las fuentes cuantitativas.

El presente estudio ha supuesto un gran esfuerzo para dar cuenta de una realidad sujeta a una permanente variación y reacomodo, como lo es cualquier realidad inscrita en una época de transición. De esta manera los resultados del presente estudio se exponen en tres capítulos que buscan resaltar las

principales modificaciones que enfrentó la ciudad y sus pobladores en la primera mitad del siglo XX. En el primero de ellos se destaca la transfiguración que sufre la ciudad como realidad física y social. En el segundo capítulo, se analiza las mutaciones étnicas de los pobladores a partir del estudio de las categorías de adscripción sociorracial y étnica; mientras que, en el último capítulo, se establecen las principales transformaciones culturales de las formas de vida evidenciadas en el uso del lenguaje, el gusto alimenticio, las costumbres de habitación, la vestimenta, los espacios de socialización y las formas de esparcimiento y diversión.

CAPÍTULO 1

La transfiguración urbana

1. LA TRANSFORMACIÓN DE LA CIUDAD VIEJA

La imagen física de Quito en la primera mitad del s. XX sufrió cambios cualitativos y cuantitativos considerables, a juzgar por la fisonomía que presentaba la ciudad en el período previo al señalado.

A finales del s. XIX, Quito era una ciudad pequeña cuya población no rebasaba los 40 000 habitantes. El «villorrio» como le llamaban los escritores modernistas, estaba dividida en 6 parroquias, 145 manzanas separadas por 240 calles, 5 plazas con tres monumentos conmemorativos, 7 plazas y 2 paseos públicos. La ciudad tenía 1 168 casas de propiedad particular y sus edificios públicos eran los siguientes:

Palacio de gobierno, de justicia, del arzobispado y del ayuntamiento; 33 templos con varios conventos; universidad e instituto de ciencias; cuatro colegios para la segunda enseñanza, tres de señoritas y otros tantos seminarios; 116 escuelas en todo el cantón; 5 bibliotecas públicas, escuela de artes y oficios; Teatro Sucre, observatorio astronómico, 2 laboratorios de química, 2 museos, zoológicos, 2 jardines botánicos, 6 conventos de religiosas, 6 asilos de beneficencia, 2 casas de retiro, 3 de corrección, contándose entre éstas el magnífico panóptico, 5 cementerios y 4 cuarteles.¹

La ciudad no disponía de agua potable. El agua que se utilizaba provenía de la «Chorrera» y del manantial «Las Llagas». El líquido vital llegaba a la ciudad por surtidores y acequias que confluían en fuentes públicas ubicadas en San Francisco y la Plaza Central. Allí los aguadores –indios que cargaban inmensas vasijas a sus espaldas– se encargaban, en unos casos, de recoger el agua para venderla en ciertas casas, y en otros, de entregarla en viejas moradas señoriales a cuyo servicio estaban obligados; entretanto la gente corriente recogía el líquido directamente en dichos surtidores.

1. Datos de la guía *El Ecuador en Chicago*, editada en 1894, citada en Milton Luna, *Historia y conciencia popular. El artesanado en Quito*, Colección Popular 15 de noviembre, Quito, Corporación Editora Nacional, 1989, pp. 15-16.

El alcantarillado era incipiente. Si bien en la época del presidente García Moreno se dieron los primeros pasos para la construcción de sumideros en las calles de la ciudad –acequias anchas, profundas y descubiertas en el centro de las principales vías²– no existían conexiones a las casas particulares. Por esta razón, los excrementos y desechos de las casas señoriales, se recogían en depósitos, los mismos que eran trasladados y vaciados en la quebrada de Jerusalén (posterior Avenida 24 de Mayo) a partir de las 5 de la tarde por los indios de Zámbriza. Allí mismo se lanzaba la basura y hacían sus necesidades la gente del pueblo, cuando no lo hacían en las propias calles.³

Todavía en 1894 la iluminación de vías, plazas y casas se hacía con kerosén y espermas de cebo, hasta que en 1895 los señores Gangotena, Jijón y Urrutia fundaron una empresa de luz eléctrica con la cual se consiguió dotar de alumbrado a la Plaza Grande y algunos establecimientos comerciales de los alrededores.⁴

En fin, la ciudad decimonónica frente a lo que hoy constituye el Quito moderno poseía un cierto aspecto rural. La mayoría de las residencias tenían en su interior huertos y jardines. La urbe misma agrupaba varias zonas que se caracterizaban por un tipo de asentamiento disperso. La arquitectura de las casas ubicadas más allá de las calles centrales era pueblerina antes que ciudadana. Las vías estaban llenas de arrieros y de indios que llegaban de zonas alejadas y haciendas, cargados de productos que se destinaba, buena parte de ellos, a las casas de los hacendados. En las plazas se distinguían indios mercaderes y comerciantes mestizas. Entre los primeros, los más pintorescos eran los «yumbos»⁵ venidos de Mindo y, entre las segundas, las «bolsiconas» con sus coloridas polleras o bolsicones.⁶

La pequeña ciudad de Quito estaba rodeada y cercada de pequeñas propiedades campesinas, comunas, quintas y haciendas. Estas propiedades

2. Esto ocasionaba un evidente mal olor. Salvador Lara, *Quito*, Colecciones Mapfre, Madrid, Mapfre, 1992, p. 284.
3. Miguel Ángel Puga, *Crónicas del Quito antiguo*, Colección Amigos de la Genealogía, vol. 49, Quito, 1991, p. 240.
4. Eduardo Kigman, «Quito, vida social y modificaciones urbana», en *Quito a través de la historia. Enfoques y estudios*, Quito, Dirección de Planificación del I. Municipio de Quito / Consejería de Obras Públicas y Transportes / Junta de Andalucía, 1992, p. 146.
5. Se llamaban así a los indios procedentes de la parte occidental de Quito, de los declives de la cordillera andina. Éstos por lo general traían productos tropicales que se cultivaban en dicha región (plátanos, yuca, naranjas, piñas) a los mercados de la ciudad. Traían el pelo largo. Su traje era una especie de túnica sin mangas que llegaba hasta la altura de los muslos, llamada «tambas» o «bayetas». Eran de color pardo y rayado sujetas al talle con un cinturón amarillo. Iban descalzos y llevaban a sus espaldas unas grandes «canas» (canastas) en las que transportaban sus productos.
6. Éstas por lo general se desempeñaban como vivanderas, fonderas y pequeñas comerciantes.

cumplían la función de abastecedoras de los productos agrícolas y cárnicos que requería la urbe (Kigman, 1992: 134).

Esta fisonomía de la ciudad cambió drásticamente durante la primera mitad del s. XX. Al iniciarse este siglo, Quito empezó súbitamente a modificar de manera significativa su utillaje material y su equipamiento urbano, con lo cual se multiplicaron las comodidades de vida y aparecieron nuevos consumos, al mismo tiempo que se inició una expansión física acelerada. Todo ello parecía marcar el declive de la ciudad decimonónica y anunciar el arribo de la ciudad moderna.

Fue así como en la primera mitad del s. XX se introdujeron mejoras provenientes de la segunda revolución industrial: luz eléctrica en calles y casas (1906), acueductos de agua potable a las residencias (1908) y red telefónica. Más tarde, los sistemas de transporte y comunicación modernos se hicieron realidad. Pues, en 1914 se inició el servicio urbano del tranvía eléctrico y en 1920 llegó el primer avión a la ciudad. Asimismo entre 1906 y 1913 se inició la circulación de los periódicos quiteños más importantes de la primera mitad del s. XX: *El Comercio* y *El Día*.⁷

Para Jean Paul Deler fueron dos los momentos básicos que marcaron la modernización de la urbe: la llegada del tren en 1908 y el centenario de la independencia en 1909.⁸ El primer suceso permitió el arribo en condiciones óptimas y en cantidades considerables, de materiales de construcción y de bienes de equipamiento –estos últimos, en su mayor parte importados. Guillermo Bustos (1992: 168) ha destacado que el tráfico de mercancías aumentó de 44 570 ton en 1910 a 210 000 ton en 1935. Estas cifras sin duda evidencian el impulso que adquirieron los sectores secundario y terciario de la economía, sobretodo el comercio, lo que se revirtió en el crecimiento vigoroso del mercado urbano. Además, la llegada del tren permitió que la movilidad poblacional adquiriera un nuevo ritmo. Pues el transporte de pasajeros pasó de 133 938 en 1910 a 578 206 en 1938.

Por otra parte, la proximidad del centenario de la independencia estimuló la transformación física de la ciudad, que se expresó en la multiplicación de importantes trabajos urbanísticos: saneamiento, rellenos, alumbrado público y asfaltado de calles.

El poder local entendió que el impulso de la modernización de la urbe exigía al mismo tiempo una ofensiva contra la ciudad premoderna. Su poder normativo y coactivo se dirigió entonces contra aquellos elementos rurales

7. Guillermo Bustos, «Quito en la transición: actores colectivos e identidades culturales urbanas (1920-1950)», en *Quito a través de la historia*, op. cit.

8. Jean Paul Deler, *Ecuador, del espacio al Estado nacional*, Biblioteca Geográfica Ecuatoriana, vol. 2, Quito, Banco Central del Ecuador, 1987, pp. 169-170.

presentes en la ciudad. Por ejemplo, en 1913 se clausuró las caballerizas ubicadas en la calle Rocafuerte así como los corrales situados en la Av. 24 de Mayo y las llamadas «centaverías».⁹ Gracias a ello la fetidez de la ciudad decimonónica empezó a desvanecerse. Para los años veinte, se realizó una serie de prohibiciones contra las chicherías, las que finalmente fueron expulsadas del centro de la ciudad. Algo parecido se intentó con los hospitales, lazaretos y sanatorios.¹⁰ Sin duda estas medidas, pusieron en evidencia una actitud modernizante que reivindicó la higiene, el ornato y el progreso con el propósito, al decir de Kigman y Goetschel, no solo de separar lo público de lo privado, sino también de apartar el fruto sano del degradado.

No obstante, fue en la construcción de nuevos edificios, en las mejoras de los espacios públicos y sobre todo en la expansión del área de ocupación, que el cambio físico de la ciudad se hizo patente. Por ejemplo, en la primera década del siglo se llevó a cabo importantes obras edilicias auspiciadas por el régimen liberal, como fueron la construcción del Palacio de la Exposición Nacional (hoy Ministerio de Defensa), el Círculo Militar, el Hospital Eugenio Espejo o el Colegio Mejía, inaugurados estos dos últimos en 1930.

En 1904 F. Andrade Marín, presidente del Municipio, realizó el relleno de la quebrada de Jerusalén, dando lugar a la Av. 24 de Mayo, gracias a la cual la ciudad se amplió hasta el Panecillo; sin embargo, fue en la década de los veinte que se remodeló y embelleció dicha avenida. Para su inauguración se levantó el monumento conmemorativo de la batalla de Pichincha al mismo tiempo que se construyeron la Plaza Victoria y el Edificio de Correos.

En esa misma época se construyeron importantes edificios privados vinculados a las nuevas actividades, entre ellos se destacaron los pasajes comerciales: Tobar, Royal y Miranda. En la década de los treinta, se edificó el teatro Bolívar y la casa «Pardo», primer ejemplo de vivienda multifamiliar para estratos medios y altos, así como el edificio del banco «La Previsora».¹¹ Todas estas mejoras fueron parte de una política claramente delineada que se llamó «embellecimiento de la ciudad».

Durante la primera mitad del s. XX, el área de ocupación de Quito creció de manera vertiginosa y acelerada contrastando claramente con lo sucedido en las épocas anteriores. Pues si se comparan los planos de Quito de 1748 y 1763 con el de 1888, se observa fácilmente que la ciudad apenas si se ex-

9. Las «centaverías» eran también corrales en los que los arrieros y gente del campo dejaba sus bestias en las que solían transportar los diversos productos que traían a la ciudad.

10. Eduardo Kigman y Ana María Goetschel, «Quito: las ideas de orden y progreso y las nuevas extirpaciones culturales», en *Quito a través de la historia, op. cit.*, pp. 155, 156, 161.

11. Rubén Moreira, «Ecuador. Transformaciones urbanas y arquitectónicas en la primera mitad del s. XX», en E. Kigman (comp.), *Las ciudades en la historia*, Quito, Ciudad, 1989, pp. 243-244, 264.

tendió en este período de tiempo. Fernando Carrión considera que el área absoluta de ocupación de la ciudad pasó de 117 ha en 1780 a 173,7 ha en 1904.¹² Situación que contrasta notablemente con lo acontecido en la primera mitad del s. XX. Pues, según cálculos realizados a partir de la información proporcionada por los mapas de la época, Carrión considera que el área absoluta de la ciudad pasó de 173,7 ha en 1904 a 1 335 ha en 1950, lo que significa que el área de la ciudad creció más de 7 veces en este período. Sin embargo, este acelerado proceso de extensión fue mencionado por fuentes cualitativas antes que cuantitativas. En la década de los treinta por ejemplo, la *Gaceta Municipal* señala que los barrios crecían sin orden ni concierto.

En efecto, el surgimiento de nuevos barrios sucedió con rapidez. Estos barrios populares aparecieron en suelos de escaso valor, pero relativamente próximos al centro urbano. Por lo general se ubicaron en las colinas que franqueaban a la ciudad vieja: El primitivo Aguarico, La Colmena, La Tola, La Libertad, San Juan, la primitiva Floresta, El Dorado, la ciudadela Méjico, arrabales que por mucho tiempo carecieron de servicios básicos.¹³

En 1922 empezó la movilización residencial de los sectores pudientes hacia el norte. Fue así como se formó la ciudadela «Mariscal Sucre». Posteriormente, en torno a estas ciudadelas, se construyeron los primeros barrios de las capas medias: las ciudadelas «Simón Bolívar» y «Larrea», así como los barrios «América» y «Belisario Quevedo», Batán e Iñaquito (Lara, 1992: 284).

La ciudad también se alargó en dirección sur. Proceso que empezó con la expansión hacia el Panecillo para avanzar luego a la parroquia rural de La Magdalena. Para las décadas de los treinta y cuarentas, gracias a la acción municipal que impulsó la construcción de viviendas populares y de barrios llamados «obreros» como: Chimbacalle, Chiriyacu, La México y Villa Flora, la configuración del sur de la ciudad fue un hecho.

De esta manera, el crecimiento longitudinal de la ciudad, es decir, su alargamiento de norte a sur se convirtió en una tendencia irreversible. Obviamente la expansión estuvo vinculada al crecimiento de la demanda residencial, al surgimiento de sectores sociales nuevos y a la diferenciación que se generó entre ellos.

Pues, si hasta el s. XIX los sectores pudientes compartieron los mismos espacios con la plebe en una suerte de cohabitación, en la primera mitad del s. XX se rompió este modelo y se gestó otro nuevo, basado esta vez en la

12. Fernando Carrión, *Quito, crisis y política urbana*, Quito, El Conejo / Ciudad, 1987, p. 35.

13. Ana María Goetschel, «Hegemonía y sociedad (Quito, 1930-1950)», en E. Kigman (comp.), *Ciudades en los Andes. Visión histórica y contemporánea*, Quito, IFEA / Ciudad, 1992, pp. 333-335.

ocupación espacial diferenciada, el mismo que suponía una redistribución de los espacios de trabajo y residencia de acuerdo a la condición social.

Los sectores dominantes a través del Municipio impulsaron una serie de medidas de reordenamiento de los usos del espacio, al mismo tiempo que esbozaron una estrategia de segregación residencial que se expresó claramente en el primer plan de desarrollo urbano realizado por el arquitecto uruguayo Jones Odrizola en 1943. Dicho plan estableció de forma clara, categorías de barrios según su localización: al norte urbanizaciones de primer orden (residencial) y al sur urbanizaciones de segunda (barrios medios) y de tercera clase (barrios obreros). En dicho plan, una circunscripción de la ciudad fue diferenciada en términos simbólicos: el *Centro Colonial* que más tarde se denominó *Centro Histórico* «dentro de un proceso de exitosa aceptación general» (Bustos, 1992: 166).

De este modo, los sectores de ingresos medianos y altos que representaban entre el 5 y el 10% de la población citadina, instalaron sus residencias en la zona norte dejando al Municipio los gastos de urbanización. Se trataba sin duda de una minoría privilegiada que en sus nuevos sitios de residencia llegaría a disponer del 25 al 30% de la superficie urbanizada, la misma que concentraba la calidad y densidad de infraestructura, equipos y servicios urbanos.¹⁴

Si bien la ciudad vieja se consolidó como centro administrativo, comercial y financiero, en donde empezaron a proliferar cafés, hoteles, restaurantes y otras actividades impulsadas por el gusto burgués, el acaparamiento por parte de los sectores dominantes de las ventajas y los privilegios urbanos, produjo a la larga un quiebre o fracturación simbólica de la ciudad, que dio lugar a la conformación de dos zonas claramente diferenciadas. El norte o el lugar de la ciudad moderna y la prosperidad, y desde la ciudad vieja al sur, el sitio de lo antiguo, lo premoderno y el atraso.

Al trasladar sus viviendas al norte, los sectores dominantes convirtieron sus viejos lugares de residencia en objetos de renta. No obstante, las viejas casas no solo dieron cabida a almacenes, bodegas, cafés o casas comerciales, sino que al mismo tiempo se transformaron en sitios de hacinamiento donde familias de bajo poder adquisitivo, que poco a poco se irían «tomando» la ciudad vieja, incrementaron los problemas de turgurización y marginación a medida que avanzaba el s. XX.

De esta manera, se produjo una ubicación espacial diferenciada de las diversas actividades y de los distintos sectores sociales de la ciudad.

14. Jean Paul Deler, «Ciudades andinas: viejos y nuevos modelos», en E. Kigman (comp.), *Ciudades de los Andes*, op. cit.

2. LA MODIFICACIÓN DEL PAISAJE HUMANO

Desde fines del s. XIX la población de Quito creció aceleradamente. Si en 1894 la ciudad poseía 40 000 habitantes, al finalizar la primera mitad del s. XX, la ciudad llegó a contar con 209 932 habitantes. De esta manera, la población de la ciudad se multiplicó por 5 veces. Situación que, como advierte Guillermo Bustos (1992: 174), contrasta claramente con el período anterior, esto es, la segunda mitad del s. XIX, en el cual la ciudad pasó de 27 900 habitantes en 1858 a los 40 000 habitantes en 1894. En este período la población ni siquiera se duplicó. Como es notorio, el ritmo de crecimiento de un período y otro difieren sustancialmente.

¿Cómo explicar este crecimiento vertiginoso? Según Jean Paul Deler (1987: 185), quien realizó un estudio minucioso sobre la población de las principales regiones y ciudades del país, el crecimiento demográfico de Quito en el primer tercio del s. XX se debió a la combinación de dos factores: la intensificación de la migración y los efectos de la baja en la tasa de la mortalidad. Sin embargo y gracias a los datos aportados por Guillermo Bustos sabemos que en la primera mitad de la década de los treinta el promedio de vida en Quito era de 33 años, razón por la cual el 67% de la población de la ciudad era menor de 30 años.¹⁵ Por esta razón, la caída de la mortalidad y, en consecuencia, el crecimiento vegetativo no pueden considerarse factores fundamentales en la expansión demográfica de la ciudad.

Si por un lado, las fuentes cuantitativas existentes –inclusive el primer censo realizado en el país en 1950– no permiten establecer la magnitud del aporte migratorio ni del crecimiento vegetativo;¹⁶ en cambio las fuentes cualitativas como los ensayos de corte sociológico, las crónicas y la literatura de la época, destacan la intensificación de las migraciones como nunca antes había sucedido en la historia de la ciudad. Esta apreciación es ratificada por los informes técnicos del Cabildo como el mencionado plan de Odrizola. Ahí se señala claramente que el crecimiento poblacional se debe a la inmigración (Bustos, 1992: 171).

En la primera mitad del s. XX, Quito fue percibido como escenario de realización del progreso y la modernización por los quiteños y los forasteros.

La intelectualidad quiteña, en especial los literatos y los músicos difundieron la imagen de Quito como «carita de Dios»; estereotipo que circuló

15. Guillermo Bustos, «Notas sobre economía y sociedad en Quito y la Sierra Centro Norte durante las primeras décadas del siglo XX», en *Quitumbe: revista del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad Católica*, No. 7, Quito, 1990, p. 106.

ampliamente en el país desde fines del s. XIX. De ahí que visitantes como el alemán Hans Meyer, quien llegó a Quito en el primer decenio del s. XX, comentara que «la situación de Quito y su belleza es alabada con exceso en el Ecuador». ¹⁷ Tanto las características físicas, geográficas, climáticas e históricas de la ciudad, así como los rasgos físicos de sus mujeres, fueron presentadas como excepcionales por la literatura costumbrista de Alfonso García Muñoz o ensalzadas en las canciones populares: pasacalles y albazos que, en las décadas de los 30 y los 40, compusieron los músicos populares de origen quiteño o provinciano. Estas canciones y aquella literatura, hicieron énfasis en el hecho de que el cielo de Quito es el más azul, sus monumentos religiosos los más imponentes o sus mujeres las más hermosas. ¹⁸

Gracias a esta labor propagandística, la ciudad de Quito fue percibida por los sectores populares y medios provincianos como el lugar por excelencia del progreso, la comodidad y la belleza. Vivir en la capital significó por sí mismo un indicador de prosperidad y realización personal para la empobrecida población rural que carecía de las comodidades más elementales de la vida moderna. Fernando Chaves en un sugerente ensayo escrito en 1933 titulado «La familia entre los obreros urbanos del Ecuador» destaca esta nueva significación que adquirió Quito y Guayaquil en la mentalidad popular. Según dicho autor, estas dos ciudades se convirtieron en «las metas del soñar de las gentes campesinas que las conciben como emporios de riqueza y fuente pródigas de honores y distinciones que el terruño propio no puede dar» (citado en Bustos, 1992: 172).

Fue así como en el imaginario de campesinos, parroquianos y provincianos, el estereotipo de Quito como «carita de Dios» se afirmó. En estas circunstancias el deseo de trasladarse a Quito se tornó una idea fija, una meta que persiguieron obstinadamente y durante algunas generaciones un importante contingente poblacional del resto del país.

Entonces, ¿Es posible saber con exactitud quiénes fueron y de dónde vinieron los inmigrantes? Como se señaló más arriba, las fuentes cuantitativas, ya sean cálculos o censos de la población residente en Quito, realizados en el período, no proporcionan esta información. Sin embargo, a más de las fuentes cualitativas aludidas (ensayos, crónicas y narraciones literarias del período), las investigaciones realizadas en los años setentas y ochentas del s. XX

16. Los aportes sobre la población migrante recién aparecen en el censo de 1962.

17. Hans Meyer, *En los altos Andes del Ecuador*, Colección Tierra Incógnita, No. 3, Quito, Abya-Yala, p. 411.

18. Véase las letras de los pasacalles a Quito compilados por Jorge Núñez en su obra *El pasacalle himno de la patria chica*, Colección Arte y Pensamiento Latinoamericano, Quito, Si-

sobre la situación en el agro serrano, nos entregan pistas importantísimas para ensayar una respuesta a dicha interrogación.

Por los estudios realizados por Arcos y Marchán¹⁹ conocemos que en las tres primeras décadas del pasado siglo, en el área del centro-norte de la Sierra, se inició una modernización significativa del sector hacendatario lo que supuso un importante desarrollo de las fuerzas productivas. Proceso estimulado por el consumo regional costeño que se abrió a la producción agropecuaria serrana. A partir de entonces, algunas de las haciendas cerealeras y ganaderas se reorganizaron, sobre todo, aquéllas ubicadas en las zonas por donde pasaba el ferrocarril. Sin duda, este medio de transporte constituyó un gran estímulo para la modernización, al conectar ciertas haciendas con el mercado costeño. Al atravesar sus predios, el tren permitió el ahorro de las costosas inversiones en infraestructura, a la par que abarató los costos de transporte (Arcos y Marchán, 1978: 25). Debido a estas circunstancias, el sur de la hoya de Quito (Machachi) y el norte de Latacunga (Saquisilí y Guaytacama) se constituyeron en los focos de la modernización agrícola más dinámica de la Sierra. Precisamente allí se organizó una economía lechera notable que incluía ciertos procesos de industrialización, como por ejemplo la deshidratación de la leche, experiencia iniciada en 1936-37 en la hacienda Guaytacama (Deler, 1987: 227).

En las haciendas modernizadas, junto con las transformaciones económicas se sucedieron transformaciones sociales. En dichas unidades productivas acaeció la desaparición precoz de los contratos y obligaciones precarias, y en sus contornos surgieron pequeñas explotaciones que conformaron una zona de reserva de mano de obra asalariada para las haciendas (Deler, 1987: 227). Para los terratenientes modernizantes fue ventajosa la conversión de los ex-conciertos y huasipungueros en pequeños propietarios, ya que así lograron establecer una reserva permanente de trabajadores, puesto que los nuevos minifundistas al carecer de tierra y agua suficientes para producir sus medios de vida, se vieron en la necesidad de enajenar su fuerza de trabajo (Arcos y Marchán 1978: 24). El proceso de subdivisión de haciendas, dio lugar además, a la aparición de una incipiente clase media rural cuya razón de ser fue el mercado, así como a la aparición de pequeños propietarios y asalariados agrícolas.

nab, 1998, así como el prólogo del libro de Alfonso García Muñoz, *Estampas de mi ciudad*, segunda serie, Quito, Imprenta Educación, 1937, pp. XVI.

19. Carlos Arcos y Carlos Marchán, «Apuntes para una discusión sobre los cambios en la estructura agraria serrana», en *Revista Ciencias Sociales*, vol. II, No. 5, Quito, Escuela de Sociología, Universidad Central del Ecuador, primer trimestre 1978, pp. 13-51; Carlos Arcos, «El

La investigación realizada por Arcos y Marchán (1978: 22) en la zona de Guaytacama, sacó a la luz un hecho fundamental: el pago de salarios más beneficios del Seguro Social y décimos sueldos a los trabajadores de las haciendas modernizadas, generaron en la población campesina en general, grandes expectativas acerca de las «ventajas» del trabajo asalariado en sectores de la economía no relacionados con la agricultura (industria, servicios, etc.), impulsando la migración a los grandes mercados laborales de ciudades como Quito o de la Costa.

Por otra parte, la minifundización y otras medidas modernizantes empobrecieron a la mayoría de campesinos. La reducida área de las parcelas, la falta de agua, el avanzado estado de erosión y las técnicas primitivas de labranzas, determinaron un bajísimo rendimiento, por lo que la producción no alcanzaba a satisfacer las necesidades de la familia campesina.

Medidas modernizantes como mejoras a la irrigación que llevaron a cabo ciertas haciendas de los alrededores de Quito, tal como se cuenta en la novela *En las calles* de Jorge Icaza, escrita en 1935,²⁰ supusieron la ruina de comunidades indígenas y pueblos mestizos ubicados en sus contornos. Icaza narra el plan del hacendado del lugar: apropiarse del mayor caudal de agua del río del sector, cuyas aguas permitían a indios y mestizos llevar a cabo la explotación de sus propiedades agrícolas. Cuando el hacendado gana el juicio de aguas y logra captar el mayor caudal de las mismas, las poblaciones de indígenas y cholos irremediamente se precipitan en la miseria. Arruinados, no tendrán otra opción que emigrar a la ciudad para sobrevivir.

Deler (1987: 245) considera que la crisis económica de los años 30 debió consolidar el movimiento migratorio hacia Quito. Pues, si bien la misma afectó de menor manera a los campesinos de la Sierra que a los de la Costa, en provincias como Pichincha, en donde el asalariado agrícola había tenido algún desarrollo, la crisis se tradujo en desempleo rural, estimulando el comportamiento migratorio.

Sin embargo no solo las haciendas modernizadas impulsaron la migración, sucedió que también lo hicieron aquellos latifundios que se habían quedado relegados de dicho proceso, por estar alejadas de las vías que conectaban al mercado interno (ferrocarril y carreteras). Los hacendados de este tipo, para desarrollar sus fuerzas productivas tuvieron que intensificar el huasipungaje y la aparecería. Esto supuso un mayor número de exigencia de trabajo a los huasipungueros y el incremento de aquella parte de producción agrícola del aparcerero que era apropiado por el terrateniente. En estas circunstancias se produjo una situación de extenuación en huasipungueros y aparceros quienes optaron por abandonar un buen número de haciendas y emigrar a la Costa o a

las ciudades de la Sierra como Quito en donde era posible o se esperaba encontrar mejores condiciones económicas (Arcos y Marchán, 1978, 34).

La falta de mano de obra en las haciendas del centro-norte era tan notoria que en el informe del cónsul británico de Quito correspondiente a 1935 se señala que: «Los agricultores están continuamente quejándose de la insuficiencia de la mano de obra y ciertas haciendas están obligadas a traer trabajadores de zonas distantes con considerables gastos y problemas, por lo menos para prestar ayuda en los tiempos de cosecha».²¹

Toda esta información proporciona indicios que nos llevan a pensar en la posibilidad de que las provincias serranas colindantes con Pichincha y las zonas rurales aledañas a Quito se hayan convertido en expulsoras de población campesina.

En conclusión, podemos afirmar que muy probablemente las olas de emigrantes que se dirigieron a Quito en la primera mitad del s. XX procedían fundamentalmente del campo y pequeños pueblos de la Sierra pertenecientes tanto a las provincias de Pichincha, Cotopaxi e Imbabura. Se trataba de campesinos de condición indígena y mestiza, llamados por la literatura de la época «longos», «cholos» y «chagras».

Dichos lugares de procedencia son ratificados por el censo nacional realizado por la Caja de Pensiones el 30 de abril de 1935 para recabar información sobre los empleados fiscales, municipales y bancarios. Dicho registro establece para Quito el más alto índice de población migrante en cargos públicos. Estos migrantes provenían principalmente de Latacunga, Ibarra y Ambato.²² Posteriormente, el primer censo de población del país que incorporó datos sobre las migraciones, es decir, el realizado en 1962, evidencia que la mayoría de migrantes a la ciudad de Quito proceden en primer lugar de Cotopaxi y en segundo lugar de Imbabura, tendencia que se mantiene hasta el censo de 1982.²³ Todo esto permite deducir que se trata de una corriente migratoria con cierta profundidad histórica, es decir, una tendencia observada en un período que debió empezar en las primeras décadas del s. XX y continuar hasta finales del mismo.

espíritu del progreso: los hacendados en el Ecuador del 900», en *Clase y región en el agro ecuatoriano*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1986, pp. 269-317.

20. Jorge Icaza, *En las calles*, Quito, El Conejo, 1985.

21. Citado en Juan Maiguashca, «Los sectores subalternos en los años 30 y el apareamiento del velasquismo», en *Las crisis en el Ecuador. Los treinta y ochenta*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1991, p. 83.

22. Citado en Cecilia Durán, *Irrupción del sector burócrata en el Estado ecuatoriano: 1925-1944*, Quito, Cooperación Española / PUCE / Abya-Yala, 2000.

23. Para 1962, la primera provincia de procedencia de migrantes a Quito es Cotopaxi con 23 275, seguida por Imbabura con 19 340. Para 1970 los datos son Cotopaxi, 35 250; Imbabura,

En fin, los procesos de modernización de la hacienda, como el anquilosamiento de otras unidades productivas, fueron al parecer los principales responsables de las olas migratorias hacia Quito. Proceso al que coadyuvaron medidas como la erradicación del concertaje que liberó un conjunto considerable de mano de obra de las arcaicas estructuras laborales agrarias, o el mejoramiento de las vías de comunicación en los Andes centrales, sean carrozables o el propio ferrocarril. Esta infraestructura vial permitió un fácil acceso desde provincias como Chimborazo al sur, o Imbabura al norte, a la capital del país.

Las oleadas de migrantes que arribaron a Quito deseosas de mejorar sus condiciones de vida, buscaron preferentemente incorporarse a la administración pública. Pues, esta generó grandes expectativas en los migrantes, al extremo de ser considerada el «dorado» de la «peregrinación humana del campo» según señalaba J. L. González en su ensayo «Nuestra gran realidad, alrededor del problema de la tierra, su parcelación y producción en el Ecuador», escrito en 1936 (cit. en Bustos, 1992: 172). Asimismo la incipiente industria que se desarrolló en la ciudad, fundamentalmente la industria alimenticia y textil, sobre todo esta última, que para 1920 creó más de un millar de empleos (Deler 1987: 185), así como la expansión del sector de servicios, el comercio y la banca, estimularon el éxodo desde el campo y los pequeños pueblos de la Sierra a Quito.

Por esta razón, ya en 1936 los empleados a sueldo fijo –públicos y privados– pasaron a constituir el grupo económico activo más numeroso de la ciudad, ya que alcanzaron la cifra de 8918, es decir el 25% de todo el conjunto, sobrepasando a los trabajadores autónomos, los que sumaban 8 133 individuos (23,5%) y a los sirvientes que llegaban a 7 464 (21%).²⁴

Sin embargo, los inmigrantes que llegaron fueron más de los requeridos por la economía urbana. En estas circunstancias, muchos de ellos no lograron insertarse de manera funcional en el aparato productivo, comercial o de servicios, ni integrarse espacialmente en las ciudades. Incluso para quienes accedieron a un empleo, su proceso de inserción y adaptación a la ciudad no fue fácil. Este, estuvo lleno de vicisitudes y conflictos debido a la fuerte permanencia de patrones de discriminación y segregación, que volvieron dramática la movilidad social, intensificando y diversificando las estrategias de trasgresión y los problemas de marginación. Todo ello desencadenó nuevas problemáticas en la ciudad, tanto de carácter urbano, económico, social, político, cultural, étnico y racial; problemáticas en la que terminaron involucrados to-

30 182. Para 1982 los datos son Cotopaxi: 51 301 e Imbabura, 44 152. Consejo Nacional de Desarrollo / UNFPA, *Población y cambios sociales. Diagnóstico sociodemográfico del Ecuador*, Quito, Unfpa / Corporación Editora Nacional, 1989, pp. 149-154.

dos los moradores de la misma, sean oriundos o forasteros; pobres o ricos; indios, mestizos o blancos.

En este contexto histórico sucedió la descomposición y readecuación de los viejos actores urbanos y el surgimiento de nuevos actores colectivos. Los viejos habitantes de Quito que incluían a grupos como aquéllos que reivindicaba orígenes nobiliarios, letrados, clérigos, oficiales, soldados rasos, mercaderes, burócratas incipientes, artesanos, sirvientes e indios de comunidad encargados de realizar servicios y trabajos públicos; se vieron obligados a reajustarse al nuevo marco social, en el que empezó a predominar un nuevo tipo de relaciones sociales, diferentes a las que estaban acostumbrados: vínculos personales y directos dentro de un trato patriarcal.

Las nuevas relaciones provocaron cambios significativos en las formas ideológicas de la sociedad local, pero sobre todo, dieron lugar a la constitución de una nueva estructura urbana de clases conformada por nuevos actores urbanos: proletariado, subproletariados, capas medias, burguesía, etc. los mismos que dieron impulso a una creciente conflictividad social y cultural promovida por la lucha de clases, la migración y el choque étnico (Bustos 1992: 165).

En el Quito de la primera mitad del s. XX, el proceso de conflictividad se expresó en el enfrentamiento social entre los de arriba y los de abajo, entre capitalistas y proletarios o entre la oligarquía (clases propietarias) y el pueblo. Colectivo éste que dio lugar a una identidad social incluyente que logró «nuclear o expresar las demandas de diversos sujetos: consumidores, usuarios, desocupados, pobres, trabajadores en general» (Bustos, *ibíd.*, 130). Sin embargo, la conflictividad más visible en la vida cotidiana sucedió entre los quiteños de nacimiento y los forasteros, dando lugar a una suerte de enfrentamiento étnico-cultural que actualizó el racismo en la ciudad.

En este sentido, tanto el antagonismo clasista como el étnico-cultural fueron manifestaciones de la tortuosa inserción de los inmigrantes en el escenario urbano quiteño de la primera mitad del s. XX y de la adaptación de los viejos actores de la ciudad a las nuevas condiciones históricas. Dichos conflictos condicionaron una serie de cambios en las adscripciones sociorraciales e impulsaron una serie de mutaciones étnico-culturales que afectaron tanto a los recién llegados como los antiguos pobladores de la ciudad, al modificar su anterior situación y posición socio-étnica.

CAPÍTULO 2

Las mutaciones étnicas

1. LA «GENTE DECENTE», LOS «CHOLOS» Y LOS «LONGOS»

No cabe duda que los sectores dominantes de origen aristocrático, los sectores medios y populares no indígenas de Quito, percibieron la migración de indios y mestizos de origen rural y pueblerino como un proceso de oposición étnicocultural, en la medida que dicho proceso fue percibido como un avance del indio y de su mundo rural e incivilizado a la urbe quiteña. Para dichos actores se trataba de una especie de invasión contaminante.

La escala de valores prevaleciente en el espacio urbano, colocó a los inmigrantes en un nivel de inferioridad o atraso.¹

¿Por qué esta actitud? Sin duda ella estuvo generada por una visión en particular que tuvo que ver con lo que Carlos Arcos² ha llamado «la construcción del indio como un arquetipo negativo», fenómeno que surgió como parte del proceso de modernización agraria en la Sierra a fines del s. XIX e inicios del s. XX. En efecto, la apología del progreso técnico llevada a cabo por los hacendados modernizantes creó una imagen tal del indio, que éste se convirtió en un sinónimo de perversión y estupidez; de vagancia y estulticia, a quien debía transformárselo a la medida de las necesidades de la modernidad. El indio fue presentado como borracho, ignorante, incapaz, vicioso y mal trabajador. Frente al indio y en clara contraposición, los hacendados modernizantes de la Sierra se mostraban como civilizados y civilizadores, portadores del progreso técnico y cultural.

De esta manera, el afán modernizador desató una intensificación del racismo. El indio fue percibido por esta corriente modernizadora como raza proscrita de la civilización, lastre en la construcción nacional y obstáculo pa-

24. A. López, C. Donoso, P.A. Suárez, «Estudio numérico y económico-social de la población de Quito», *Boletín del Departamento Médico-Social*, Quito, Instituto Nacional de Previsión 1937, p. 10.

ra la modernidad y el progreso. Carlos Arcos (1986: 306) sostiene que la formación de la nación, según dichos sectores dominantes, pasaba por la necesaria destrucción del indio. Sin embargo, habría que precisar que se trataba de la supresión del indio real y coetáneo porque el indio arqueológico y aristocrático ya había sido incorporado al mundo simbólico de la nación. Solo a partir de la negación del primero, la nación podía constituirse como tal. Arcos recalca: «Liberales y conservadores, hacendados y banqueros, curas y abogados, construyeron un arquetipo negativo del indio para fundar la validez de su propia cultura; lo que los indios eran, no podía ser base de esa cultura civilizada, moderna, occidental y cristiana». El indio y su mundo se constituyeron así en antítesis de lo que se entendía por civilización, y «la civilización», resultó el parámetro básico de la sociedad nacional. El racismo pasó a constituirse de esta forma en un elemento normativo de primera importancia.

A partir de entonces esta particular visión ideológica acerca del indio se arraigó en la sociedad urbana en general. Desde la posición de los hacendados y los políticos se difundió y esparció exitosamente al resto de grupos sociales de origen urbano, en quienes adquirió la dimensión de un racismo práctico expresado en el lenguaje y en actitudes cotidianas. Baste recordar que en la época del presidente Ayora –también llamado «indio» al igual que Alfaro– se denominó *ayora* a la nueva moneda de valor de 100 centavos «porque era medio prieto y feo, mientras a la nueva moneda de 50 centavos se le llamó *laurita* –el nombre de la esposa del presidente Ayora– porque era de plata, blanquita y muy simpática».³ El racismo impulsado desde la élite social implicó la descalificación no solo moral del indio, sino también su descalificación estética.

El norteamericano Albert Franklin, quien visitó el país en la década de los treinta, en su descripción sobre la población de Quito, destacaba:

El Quito de la *gente decente* es una ciudad... Esta gente usa zapatos y corbata. Un miembro de la familia tiene un empleo público... El Quito de la *gente decente* quisiera separarse del otro Quito. Se burla y habla con aire de superioridad de lo anticuado y la simplicidad del Quito del pueblo... La gente decente forma un grupo fácil de definir. La manera mejor y más justa de hacerlo, es decir que el grupo se compone de todos los individuos que acostumbra a manifestar de tiempo en tiempo «la gente decente no hace eso» o «Después de todo, somos gente decente». Esta gente está muy bien definida, aunque no con respecto a su posición en la sociedad, porque se la encuentra en todas partes, excepto en los lugares más bajos de la escala social... El principal criterio que guía el gusto de la «gente decente», es si un artículo, gesto o costumbre

1. Guillermo Bustos, «Quito en la transición: actores colectivos e identidades culturales urbanas (1920-1950)», en *Quito a través de la historia*, Quito, Dirección de Planificación del I.

dado es o no ecuatoriano... Para esta gente, la música ecuatoriana es un recuerdo de pobreza y, además, es ecuatoriana... Solo es bueno el «jazz americano» y esto siempre que el control del volumen esté tan alto que la música pierda toda sutileza, humor o pathos. Es práctica común entre la «gente decente», conducir al visitante a la sala y hacerlo aguardar allí. Se espera que utilice sus ojos y vea las importantes estatuas de mármol, la espesa alfombra, las fotografías de Rafael y Lucía en París; se sabe que son de París por el Arco del Triunfo y la inscripción: *Pour Maman, de París*. Una bandera colocada en la pared dice: 'Feria Mundial de Nueva York, 1939...'⁴

La llamada «gente decente», por tanto, estaba integrada por los sectores dominantes de origen aristocrático y los sectores medios ascendentes. Este conglomerado social se asumía sin contaminación de lo indio (Bustos, 1992: 182) y portaba un claro signo modernizante. Lo «decente» por tanto estaba relacionado a ciertas actitudes, características, comportamientos culturales y morales que se creían eran inherentes a las características físicas y genéticas no indígenas. Posteriormente a mediados del s. XX fueron conocidos en el medio urbano como «la gente bien» o «lo mejorcito de la ciudad».⁵

En definitiva, esta colectividad autocalificada de «gente decente» se afirmó como tal en oposición y frente a los inmigrantes.

Ante el arribo incesante de interioranos, muchos de los cuales portaban grandes expectativas que alimentaron e incentivaron la conflictividad social, y frente a la intensificación de las formas de agregación social de los subalternos, los sectores dominantes capitalinos vieron amenazada su permanencia como grupo, temiendo perder su posición de privilegio en la que estaban cómodamente instalados. En esta situación buscaron reagruparse tomando medidas para distanciarse de los sectores populares. Esta actitud de recelo y resquemor se expresó en la constitución de espacios de habitabilidad exclusivos (clubes y residencias); al mismo tiempo que valiéndose del Municipio impulsaron una política de segregación residencial, es decir, el establecimiento de espacios particulares de uso y ocupación para cada estrato de la jerarquía social. De esta forma surgieron los barrios residenciales al norte de la ciudad vieja y los barrios populares al sur de la misma.

El conjunto de los migrantes que arribaron a Quito fueron denominados por la sociedad receptora con los términos de: «cholerío» y «longocracia». Así lo evidencia la literatura icaciana o la literatura costumbrista de la época. La presencia en la urbe de inmigrantes indios y mestizos de origen rural y pueblerino impulsaron por tanto, la revitalización de las figuras del «cho-

lo» y el «longo». ¿Pero de dónde proceden dichos términos? Las primeras evidencias del uso de la palabra «cholo» provienen de finales del s. XVI, habiendo sido utilizada por cronistas indígenas como: Garcilaso y Guamán Poma.⁶ El primero escribía: «al hijo de negro y de india o de indio y de negra, dicen mulato y mulata. A los hijos de éstos llaman *cholo*, es vocablo de las islas Barlovento, quiere decir perro, no de los castizos, sino de los muy bellacos gozones; y los españoles usan del por infamia y vituperio».

Guamán Poma en su crónica utilizó constantemente la palabra «cholo» y «chola» para denominar a los hijos de negros o españoles en mujeres indígenas:

cómo las dichas mujeres andan... cómo las justicias mayores y padres de las confesiones y de la doctrina, encomenderos y todos sus hijos y hermanos españoles y sus negros están amancebados con las indias y así salen muy muchos *mesticillos cholos* y *chololas* mala casta, aprenden de ellos las dichas indias...

En tercer lugar, la palabra *cholo* aparece en el *Vocabulario* aymará de Bertonio. Allí consta el término «chhulu» por decir mestizo. Palabra que se usa junto con *anocara*, es decir: *chhulu anocara* para designar «al perro mestizo de una mastinazo y perrillo». Lo que confirma la noticia de Garcilaso. Por tanto, se puede deducir que la voz «cholo» de origen no-andino fue incorporada y asimilada por el mundo andino a finales del s. XVI (Varallanos, 1962: 21).

El origen del término sería entonces antillano o centroamericano. Pues, según el antropólogo cubano Fernando Ortiz, «chulo» habría sido «perro» entre los indios de Nicaragua; palabra que aún sigue utilizándose en Cuba, sobre todo en diminutivo, para significar «perrito». No obstante el mismo Ortiz proporciona otra pista acerca de su origen. El término podría tener también un origen africano, si se deriva de la palabra: «xulo» o «sulo» que los negros mandingas utilizaban para designar a los perros. En la plaza de toros de Sevilla a los canes que ayudaban al encierro de los toros, los negros matarifes solían llamarlos «chulos»; de ahí que a los mozos del matadero y de la plaza fueran llamados *chulos*. Ortiz también baraja una última posibilidad, el término podría provenir de chololán hoy Cholula (México) (citado en Varallanos, 1962: 26, 27, 28).

Sea cual fuese su origen no cabe duda que el término connotaba claramente un sentido de insulto y desprecio. En efecto, la palabra «cholo» fue utilizada desde inicios de la colonia como sinónimo de perro para llamar a los

hijos de españoles en mujeres indígenas. Estos fueron estigmatizados diciéndoles perros o cholos, indistintamente.

A inicios de la colonia, el epíteto «perro» era usado frecuentemente por los españoles para llamar a los indios; de ahí que en el capítulo XXI de las «Ordenanzas para Corregidores» dictada por el Virrey García Hurtado de Mendoza se mande que: «Primeramente tengan particular atención al buen tratamiento de los caciques y demás indios, así en palabras como en obras, procurando castigar con ejemplo y no llamándoles perros ni otros nombres con que los afrentan». Las palabras cholo y perro fueron por tanto sinónimos y, según Varallanos (*ibíd.*, 28), se unieron para formar un solo término despectivo en el Perú colonial: «perricholo».

Al avanzar la colonia, en el mundo andino, el término «cholo» se usó para definir a un tipo de mestizaje racial específico. En efecto, a mediados del s. XVIII en las llamadas clasificaciones pigmentocráticas, el término se utilizó para llamar al hijo de mestizo e india. En la «Tabla de las clases generacionales de Lima» incluida en el *Compendio histórico, geográfico del Perú* de don Gregorio de Cangas se lee: «De español e india, resulta mestizo real; de mestizo real e india resulta cholo; de cholo e indio, mestizo común» (Varallanos, *ibíd.*, 29). Sin embargo, al incrementarse la mezcla racial, el establecimiento de las llamadas «castas» raciales terminó resultando una labor imposible. En el siglo XIX el término ya se usaba en los Andes para designar al mestizo en general. Con este significado lo utilizó Villavicencio en 1858 en su obra *Geografía de la República del Ecuador*. Este autor lo conceptúa como el designativo de una «sub-raza» ecuatoriana. Al respecto anota:

las razas principales que hay en el Ecuador son, la caucásica o europea, la negra o africana, y la americana, cuyos caracteres distintivos no nos detendremos a describir porque son muy conocidos. De la mezcla de las tres razas nacen otras sub-razas que se distinguen con los nombres de *mulatos*, *zambos*, *mestizos* o *cholos*: los primeros nacen de la unión de negro e indio, los segundos de negro y blanco; y los terceros de blanco e indio.⁷

Igualmente, los viajeros extranjeros de la primera mitad del s. XX usaron el término «cholo» como sinónimo de mestizo. En 1907 el alpinista alemán Hans Meyer,⁸ junto a los «peones indios de poncho y sombreros grises de fieltro» y los «muchos blancos de paletot y bastón» que encuentra en las calles de Quito, señala a los «cholos mestizos». Más tarde la turista norteamer-

2. Carlos Arcos, «El espíritu del progreso: los hacendados en el Ecuador del 900», en *Clase y región en el agro ecuatoriano*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1986, pp. 273-274.
3. Jaime Vega Salas, *Reminiscencias (en busca del Quito perdido)*, Quito, Gráficas Ortega, 1996, p. 69.

ricana Blair Niles,⁹ a inicios de los 20, destaca: «El cholo a nuestro modo de ver, reúne y compendia en sí las buenas ejecutorias y ventajas de las dos razas: de sus antecesores los indios y de sus conquistadores los españoles».

Sin embargo el término «cholo» para los quiteños de la primera mitad del s. XX tenía una acepción racial más específica; servía para denominar a los mestizos de rasgos indígenas. En la literatura icaciana de los años treinta y cuarenta se utiliza la palabra «cholo» para llamar preferentemente a ciertos personajes cuyas facciones («bigotes ralos de chino»; «ojos negros y rasgados a lo mongólico») y color de la piel («color de cholo de tierra fría») evidencian un fenotipo indio.¹⁰ Esta significación particular que adquiere dicho término en Quito difiere de la connotación racial que al parecer tuvo en otras ciudades de la Sierra. Así por ejemplo Hernán Ibarra en una investigación sobre los trabajadores de la ciudad de Ambato, descubrió que a inicios del s. XX, se usó la palabra para designar a artesanos y trabajadores mestizos de rasgos blancos.¹¹

A esta connotación racial del término «cholo» se unió otra de carácter socioeconómico. En efecto, el término designaba en el Quito de la primera mitad del s. XX a los mestizos pobres y a los sujetos de origen plebeyo que súbitamente habían alcanzado una alta posición económica.

Los testimonios recogidos por los viajeros extranjeros como en el caso de Whympfer, indican que la palabra «cholo» desde el siglo XIX se usó para llamar a los soldados de tropa (citado en Carvalho-Neto, 1964: 175-178). En la literatura icaciana igualmente se utiliza la palabra «cholo» para llamar indistintamente a policías y soldados. Así, por ejemplo, en una escena de la novela *En las calles*, aparecida en 1935,¹² cuando los huelguistas junto con sus familias intentan tomarse las instalaciones de la fábrica en la que trabajan, al ser desalojados violentamente por los soldados y policías, los manifestantes les gritan «¡Cholos mismo son! - ¡Pobres mismo son!».

En efecto, como señala Espinosa Tamayo, en la segunda década del s. XX: «Los grados inferiores de esta clase [militar], están formados en su mayor parte, por improvisados, que salen por regla general, de los artesanos mal

4. Albert Franklin, *Ecuador, retrato de un pueblo*, Buenos Aires, Claridad, 1945, p. 127.

5. Jorge Icaza, *El Chulla Romero y Flores* (1958), Quito, El Conejo / Oveja Negra, 1986, pp. 11, 22.

6. Citados por José Varallanos, *El cholo y el Perú*, Buenos Aires, Imprenta López, 1962, p. 21.

7. Citado en Paulo de Carvalho-Neto, *Diccionario del folklore ecuatoriano*, Quito, Editorial de la Casa de la Cultura, 1964, p. 178.

avenidos con su ocupación, de los campesinos que cambian el instrumento de labranza por el fusil». ¹³

Según la literatura icaciana, en la jerga de la aristocracia criolla y los sectores medios, la palabra «cholo» venía también a ser sinónimo de trabajador manual (zapateros, carpinteros, sastres, etc.) y de vendedoras del mercado: «chola follonuda». ¹⁴ De igual manera en la literatura costumbrista ¹⁵ y en los relatos de viajeros como el de Albert Franklin (1945: 82), se llaman «cholos» a los obreros, pequeños comerciantes (fonderas, cantineras, guaraperas), pequeños artesanos, camareros y sirvientes domésticos. De ahí que Ángel Modesto Paredes, en un ensayo de fines de la década de los 40, considera que la clase mestiza inferior está constituida por todos aquellos que se dedican al trabajo manual, del taller o de la fábrica, es decir, a artesanos, obreros y otros asalariados, pequeños comerciantes de víveres y dueños de humildes fonduchas. Este sector constituiría –para dicho escritor– la denominada «clase popular». ¹⁶

Por también en la literatura icaciana se usa el término *cholo* para llamar a ciertos individuos que de origen plebeyo han alcanzado un estatus socioeconómico alto de forma rápida, a través del comercio o de mecanismos no del todo legales como la usura. Al individuo que ha pasado por esta experiencia se le sigue llamando «cholo» y más específicamente se le denomina «cholo descreído» equivalente al término «cholo alzado» utilizado hasta la actualidad. Así por ejemplo en la novela *En las calles* (1985: 30) se narra la historia de un cholo pequeño comerciante, quien a través del comercio y la exportación de sombreros de paja y toquilla, posteriormente, se convierte en burgués próspero. En la novela *Cholos* (1990: 141) en cambio, se cuenta la historia de un cholo «chulquero» ¹⁷ que se adueña de una gran hacienda ante la incapacidad de pago de la deuda que tiene su antiguo dueño. En estos casos Icaza pone en boca de ciertos personajes la expresión: «cholerío aristocratizante y latifundista» o habla del «cholerío pomposo por adinerado»

8. Hans Meyer, *En los altos Andes del Ecuador*, Colección Tierra Incógnita, vol. 3, Quito, Abya-Yala, 1993, p. 410.
9. Blair Niles, *Correrías casuales en el Ecuador*, en Colección Tierra Incógnita, vol. 18, Quito, Abya-Yala, 1995, p. 104.
10. Ver las novelas de Jorge Icaza, *En las calles*, El Conejo, 1985, pp. 17, 55; y *Cholos*, Colección Antares, Libresa, 1990, p. 105.
11. Hernán Ibarra, *Indios y cholos, orígenes de la clase trabajadora ecuatoriana*, Colección 4 suyos, Quito, El Conejo, 1992a, p. 105.
12. Jorge Icaza, *En las calles*, *op. cit.*, p. 148.

En definitiva, como ya advertía Agustín Cueva¹⁸ a partir del análisis de la obra icaciana, el ascenso social del cholo en la primera mitad del s. XX solo fue posible a través de tres vías: la educación con miras a la obtención de una profesión liberal, el comercio y, formas ilegales y antiéticas como la usura, el contrabando y el arribismo. No obstante, la primera de ellas conllevó un proceso más lento o pausado que las dos últimas.

De todas maneras, una característica importante de los cholos en el Quito de la primera mitad del s. XX, fue su posición expectante ante la posibilidad de mejorar sus condiciones de vida. De ahí que el mismo Agustín Cueva señale que en las novelas de Icaza, cuando el «cholo» no se presenta como lobo del indio, aparece como embrión de las capas medias, especie de sala de espera en la movilidad social.

En todas las connotaciones mencionadas, aparece de manera implícita el sentido más importante del término «cholo»: la alusión a una situación de mutación étnica particular. En efecto la palabra «cholo» en las primeras décadas del s. XX se usa para referirse al indígena que habiendo inmigrado a la ciudad, se transforma culturalmente en mestizo. A ello se refiere el escritor Alejandro Montes de Oca en un artículo llamado «Causas del desastre de la agricultura» aparecido en 1923 en el diario *El Día*:

... el indio trabaja para sí y no para otros; sus hijos hacen lo mismo; y en vez de arrendar sus servicios personales en las haciendas, emigran a las ciudades; los hombres, a trabajar con mejores salarios en las obras fabriles y las mujeres a prestar sus servicios saboreando las comodidades de vida urbana y las dulzuras de la ociosidad y el alcoholismo, supremo ideal del indio, jamás vuelven a los campos. Es este, ordinariamente, el período de metamorfosis en que el indio se convierte en mestizo y como mestizo pasa a la categoría de cholo.¹⁹

Este proceso de desindianización, en el sentido de pérdida del estatus étnico de indio, propio del mundo andino, fue llamado por el Plan Nacional de Desarrollo del Sur del Perú y del Seminario Peruano de Antropología de 1959 como «cholidificación»,²⁰ mientras en el Ecuador y en la obra icaciana en particular se lo denominó «acholamiento ciudadano». Se trata de un proceso por el cual uno o más individuos se desprenden de la masa del campesinado indígena, cruzan la frontera de separación étnica entre indios y no-indios y adquieren el estatus de mestizos. Sin duda dicho proceso implica la pérdida de

13. Alfredo Espinosa Tamayo, *Psicología y sociología del Pueblo Ecuatoriano*, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, Quito, BCE / CEN, 1979, p. 208.

14. Jorge Icaza, *Cholos*, *op. cit.*, p. 155.

15. Alfonso García Muñoz, *Estampas de mi ciudad*, segunda serie, Quito, Imprenta de Educación, 1937, p. 232.

las señas externas de identificación indígena: indumentaria, idioma y, en algunos casos, antroponimia (nombres y apellidos).

En la novela *En las calles* Icaza describe este fenómeno con intenso dramatismo. Refiriéndose a Ricardo Quishpe y Lucas Guamán, dos indios exhuasipungueros que habiendo fugado de la hacienda empiezan a trabajar en la ciudad advierte:

Y ambos, sin darse cuenta se transformaban –indumentaria, costumbres, voz, olor, sentimientos– adaptándose poco a poco a la vida y al trabajo ciudadanos. Aquel tono peculiar –marca de latifundio– como de humildad resentida que les caracterizaba se había endurecido en taimado cinismo. Y el poncho, y la cotona, y el calzón de liencillo, y las hoshotas, envejecían y se remendaban en la esperanza siempre aplazada de un vestido de casinete, de una gorra a lo gringo –maquinistas, mecánicos y gerentes de ferrocarril– y de unos zapatos de becerro (1985: 89).

En la obra icaciana, y particularmente en la novela *Cholos*, esta mutación se ve facilitada cuando los protagonistas tienen rasgos físicos no del todo identificados como indios. Era el caso de los hijos que los propios patrones blancos engendraban en las servicias o huasicamas indias. Popularmente se les llamaba «medio blanquitos».

El proceso de cholificación o acholamiento fue, por tanto, un fenómeno básicamente urbano. De ahí que Espinosa Tamayo (1979: 204), a inicios del s. XX, señalaba que: «la clase mestiza, lo que hoy llamamos cholos... constituyen en su mayor parte, el pueblo de las ciudades».

El proceso de desindianización sin embargo no concluía con la conversión en cholos, muchos de ellos a su vez se transformaban en «señores», término que en la época –como lo evidencia la literatura icaciana y costumbrista de García Muñoz–, se asoció a una situación socioeconómica propia de los estratos medios y altos, así como de un modo de vida definido en términos étnico-culturales de blanco-ciudadino. En este sentido podemos llamar «señorización» al proceso por el cual el cholo adquirió el estatus de «blanco».

En aquella época, el uso de la palabra «mestizo» no fue muy frecuente en la vida cotidiana. Considerada palabra «culto», el término «mestizo» empezó a utilizarse en la década de los cincuenta para designar a los estratos no indígenas que ostentaba una situación económica cómoda, definida por un aceptable poder adquisitivo.²¹

Los procesos de movilidad socioétnica mencionados solo en ciertos casos iban acompañados de procesos de mezcla o micigenación racial. Esta

por lo general no siempre fue posible. Por esta razón, ciertos cholos que accedían a los estratos medios no escatimaron en acudir a cualquier recurso disponible para no sufrir una regresión social. Se trataba, por tanto, como señala Serafín Oquendo, el cholo protagonista de la novela de Icaza *Media vida deslumbrados* aparecida en 1942 de: «luchar porque nu'asome el indio. No dejarle salir a la cara, a la voz, a los ojos, a la ropa, a la tierra en la cual uno vive, a todo mismo. Shevarle como un pecado mortal en las entrañas» (citado en Cueva, 1986: 96-97). De esta manera, la principal preocupación de los excholos fue disimular los rasgos indígenas como sucede en el caso de uno de los protagonistas de la novela de Icaza *Cholos*, personaje que al oír decir en la capital que «Sólo los indios y los cholos tienen bigotes ralos de chino» se los hace afeitarse (Icaza, 1990: 105).

Todo esto demuestra que el estatus de cholo fue asumido como una posición vergonzosa en el Quito de la primera mitad del s. XX, puesto que, de acuerdo a los valores prevalecientes en la época, el mestizaje que implicaba lo cholo se percibía como una mancha, por la posición fronteriza de éste con el estatus de indio.

Es por esta razón que no se encuentran ejemplos de apropiación del término «cholo» por los propios aludidos, es decir, para usarlo como autocalificativo grupal. En la literatura icaciana aparece solo de manera excepcional y en casos muy aislados, referidos sobre todo a ciertos cholos en el ámbito rural. Para el caso de otros escenarios urbanos, existen ciertos indicios de recuperación del término en la ciudad de Ambato. Hernán Ibarra (1992: 34) analizó algunas proclamas de grupos socialistas de dicha ciudad como la Asociación Revolucionaria Ideológica Ambateña, en donde la palabra *cholo* se reivindicaba en oposición a aristocracia.

El déficit apropiativo del término «cholo» se explica sin duda por su notoria carga peyorativa y despreciativa. Situación que no se supera en tiempos posteriores. De ahí que investigaciones como la realizada por Stutzman²² en las décadas de los setentas y ochentas en la Sierra norte, descubrió que son muy pocas las personas que se autodenominan «cholos», existiendo incluso en éstos, una resistencia a autocalificarse de dicha manera.

Sin embargo, esto no significa que el término cholo pueda usárselo solo con este valor y sentido. Por ejemplo en el Quito de los años treinta, el término «cholo» fue utilizado en el ámbito individual por aquellos estratos sociales considerados «quiteños de pura cepa» pertenecientes a las capas medias, con cierta carga afectiva. Entre amigos y en el trato familiar fue muy frecuente escuchar expresiones como éstas:

16. Ángel Modesto Paredes, *Pensamiento sociológico*, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, vol., 6, Quito, Banco Central del Ecuador / Corporación Editora Nacional, p. 345.

- ¡Hola, mi cholo lindo! ¿Que tal, cómo estas, cómo has pasado?
 — Muy bien cholo querido...²³

Otras veces y con este mismo sentido se usó en su forma diminutiva: «cholito». Solo en estas circunstancias muy particulares, la palabra «cholo» superó su carga peyorativa, siendo tolerado como apelativo. No obstante, de una u otra forma, es fácil advertir la amplia popularidad de que gozó el término en la época.

Junto con aquella expresión reapareció otro término que la sociedad receptora utilizó para denominar a ciertos segmentos de la población inmigrante. Nos referimos a la palabra «longo».

La génesis y etimología de este término no han sido estudiados con el detenimiento y profundidad que el vocablo «cholo», debido entre otras circunstancias, a que su empleo fue y es muy restringido dentro del contexto andino. Al parecer su uso es propio de los Andes ecuatorianos y en particular de la sub-región centro-norte. De todas maneras, es posible que el término provenga del latín (*longus*, largo),²⁴ ya que en el kechua no existe el fonema que se representa con la letra «l». Por esta razón no aparece en los antiguos vocabularios de la lengua kechua ni en los diccionarios actuales de las versiones del kechua de Perú y Bolivia. La palabra, en cambio, ya aparece en los vocabularios del kichua ecuatoriano de fines del s. XIX e inicios del s. XX, sobre todo en aquéllos que se refieren al subdialecto del centro-norte de la Sierra. Allí es posible encontrarlo con el significado de indio joven o mozo; sentido parecido al de la palabra kechua «huayna» utilizada hasta la actualidad por las comunidades indígenas del centro y sur de la Sierra.²⁵

Al parecer dicha acepción fue frecuente en la segunda mitad del s. XIX. Según Pedro Fermín Cevallos la palabra «longo» se aplicaba «a los adultos que todavía no llegan a diez y ocho años». Se llamaba también longos a «los que no han servido todavía de alcaldes de doctrina, ni gastado como priostes» (citado en Carvalho-Neto, 1964: 268). Probablemente en el ámbito rural la palabra fue usada por los sectores dominantes como un ape-

17. Palabra que proviene de la palabra kichua «cullqui» dinero. Se denomina chulquero al prestamista o usurero que presta dinero a altos intereses y exige una prenda equivalente o superior al monto acreditado.
 18. Agustín Cueva, *Lecturas y rupturas*, Colección País de la Mitad, Quito, Planeta, 1986, pp. 96-97.
 19. Diario *El Día*, Quito, 8-XI-1923.
 20. Citado en la obra de Aníbal Quijano, *Dominación y cultura / Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú*, Lima, Mosca Azul Editores, 1980, p. 63.

lativo más para llamar a los indios, así como lo eran las expresiones: «rosca» o «runa».

¿Pero que sucedía en el ambiente urbano? Según Hassaurek, en el Quito de la segunda mitad del s. XIX, se solía llamar «longos» y «longas» a los niños que se criaban en las casas señoriales con el propósito de educarlos para sirvientes cuando llegasen a adultos, mientras tanto se desempeñaban como compañeros de juego y sirvientes de los niños de las familias de alcurnia, las veces que no acompañaban a las damas a la iglesia o en sus salidas de visita. Al parecer, esta servidumbre infantil fue de diversa condición racial: indios, mestizos, negros o mulatos.²⁶ En esa misma época el término «longo» fue apropiado plenamente por indios y cholos, quienes lo utilizan desde entonces para llamar a sus propios hijos, niños u adolescentes, de uno u otro sexo. Ejemplos de esta utilización son frecuentes en la literatura icaciana y costumbrista.

Con la presencia cada vez más permanente de inmigrantes interioranos en el Quito de la primera mitad del s. XX el término fue utilizado por la sociedad receptora, especialmente por los estratos medios y altos, como un apelativo más para denominar y estigmatizar a los indígenas migrantes. En efecto, la palabra «longo» parece aplicarse en el Quito de las primeras décadas del s. XX a «los de poncho» en general; sin embargo una lectura más minuciosa permite establecer que el término designaba a un conjunto de la población indígena con cierto grado de aculturación urbana.

Cuando el colombiano de origen italiano Antonino Olano llegó a la ciudad de Quito en 1914, realizó una interesante descripción de los estratos inferiores de la sociedad. Entre el último escalón social conformado por los indios zámbez que se desempeñaban en los quehaceres domésticos y el servicio del aseo municipal, y el de los «cholos» o mestizos que hacían por lo general de obreros y artesanos, coloca a los albañiles, procedentes del campo y otras poblaciones vecinas de la capital. Olano advierte que llevan el cabello recortado y usan pantalón largo, elementos éstos considerados «signos de supremacía». El viajero colombiano indica también que son éstos a quien el ejército suele llevárselos para engrosar sus tropas, sin que ocurra lo mismo con los indios de Zámbez.²⁷

Más tarde en la década de los años cuarenta, Ángel Modesto Paredes (1981: 341) al referirse al indígena en la ciudad señalaba: «Cuando acude a la

21. Nota del editor en la novela de Icaza, *Cholos*, *op. cit.*, p. 65.

22. Ronald Stutzman, «El mestizaje una ideología de exclusión», en N. Whitten (edit.), *Transformaciones culturales y etnicidad en la Sierra ecuatoriana*, Quito, USFQ, 1993, p. 57.

ciudad se encarga de los más bajos menesteres, constituyendo un ascenso en su nivel el trabajo de albañilería y los pocos casos de empleo en las fábricas».

En la década de los años treinta, Alfonso García Muñoz en su estampa «Treinta de Chicha» (1937: 181) usa el término «longo» y «longa» para referirse a ciertos albañiles y sus esposas que liban y bailan en una de las guaraperías del Panecillo. Asimismo utiliza el término «longocracia» para diferenciar al conglomerado que esta por fuera de la llamada «aristocracia» y «bancocracia» (*ibíd.*, 132), esto es, a los sectores populares y trabajadores de bajo estatus (cargadores, albañiles, sirvientes, porteros, mensajeros, etc.) que proliferaban en las calles del Quito de entonces.

A partir de estas evidencias, se advierte que el término «indio» se utilizó en el Quito de la primera mitad del s. XX para llamar a los indígenas que llegaban de manera temporal a la ciudad sin abandonar su residencia en el ámbito rural, fueran éstos: los indígenas zámbez y nayones; los que llegaban a la ciudad para prestar servicios domésticos temporales en las casas señoriales (huasicamas, cocineras, etc.); o, quienes acudían a los mercados en los días de feria para vender sus productos. Por su parte, el término «longo» se usó para indicar al indígena que se había instalado de manera definitiva en la ciudad y que por tanto participaba de un grado incipiente de mestización. Se trataba por tanto de sujetos involucrados en el proceso de transición de indígena a cholo. En otras palabras, eran indios en camino de constituirse en cholos. Icaza muy sensible a este tipo de mutaciones, al referirse a este sujeto en particular en su novela *Huairapamuschcas*, aparecida en 1948, define el proceso como «lenta transformación hacia el tipo cholo, hacia el tipo que se aleja del indio».²⁸ De esta manera, el llamado «longo», como advierte Ibarra, parece poner en evidencia la presencia de un continuo étnico de indio a mestizo, en el cual se dan diferentes grados de aculturación.²⁹

En conclusión, se puede señalar que si el ascenso social del cholo dependía de la educación y el comercio, el desplazamiento social y étnico de indio a cholo estuvo mediatizado por el trabajo en la construcción y el servicio militar en el ejército.

Con el transcurrir del tiempo, el término «longo» fue adquiriendo gran popularidad en la ciudad de Quito al mismo tiempo que su significado pasó de designar al indígena instalado de manera definitiva en la ciudad y que ya no viste con su indumentaria original, a su uso actual de estigmatización a los sectores populares urbanos que tienen rasgos físicos indígenas. De esta mane-

23. Alfonso García Muñoz, «Soñar no cuesta nada», en E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, 4a. ed., Quito, Librería Cima, 1990, p. 267.

24. Julio Tobar Donoso, *El lenguaje rural en la región interandina del Ecuador*, Quito, Publicaciones de la Academia Ecuatoriana, 1961, p. 175.

ra, en la segunda mitad del s. XX, el término «longo» fue desplazando y substituyendo casi por completo al término «cholo», sobre todo en el vocabulario de las capas medias y altas del norte de la ciudad.

2. LOS «CHULLAS» Y LOS «CHAGRAS»

El conflicto sociocultural que estalló entre la sociedad receptora y la población migrante en el Quito de la primera mitad del s. XX no solo se expresó de manera vertical, esto es, entre el sector dominante y el subalterno, sino también al interior de este último, entre los diversos grupos y estratos sociales que conformaban el amplio conjunto de los subordinados. Este conflicto se manifestó claramente en el uso de los términos «chagra» y «chulla», los mismos que pusieron en evidencia una rivalidad entre los quiteños de origen popular y los migrantes; fenómeno que se tornaba comprensible a la luz de tres elementos: 1. el fuerte sentimiento de pertenencia local de los quiteños; 2. el predominio de valores racistas en la sociedad; y, 3. el aguzamiento de la competitividad laboral.

El Quito decimonónico fue una ciudad cerrada, en la que todos se conocían y en la que las relaciones entre los diversos sujetos eran directas y personales. De esta manera se desarrollaron vínculos estrechos entre los diversos grupos sociales que dotaron a la sociedad urbana de una imagen de gran familia a pesar de las rencillas internas. En estas condiciones se fue consolidando un fuerte sentimiento de pertenencia a la localidad, concomitantemente con una sensación de recelo y extrañeza a los pocos forasteros que llegaban a la ciudad.

Este fuerte sentimiento de pertenencia local se expresó sin duda en la vecindad ó el barrialismo, es decir, el apego entrañable al barrio, situación que originó a la vez la presencia de una rivalidad interbarrial. Este fenómeno particular fue una característica relevante en el Quito del s. XIX que se mantuvo hasta las primeras décadas del s. XX. Raúl Andrade, refiriéndose al Quito de esa época, señalaba:

¡Ay! del vecino de otro barrio que por el se aventurare. De inmediato ladraban los perros, le arrojaban basuras desde las azoteas y los mocitos de la callejuela le disputaban el paso, a golpes si era preciso. Habíase que fajarse con frecuencia y ello establecía un antagonismo áspero y persistente entre vecinos de barrio a barrio. — «Yo soy de la Loma Grande», decía alguno con aire retador... Yo de Churretas, replicaba un segundo, amenazante. — Y yo de «La Chilena»; clamaba un tercero, listo a «comprar el pleito». Entonces se trenza-

ban a puñadas, y casi siempre, el que había permanecido en observación se hacía el más fuerte para humillar al vecino.³⁰

Pero sin duda una expresión clara de esta rivalidad entre barrios fueron las famosas «guerras de guambras», muy frecuentes en la segunda mitad del s. XIX y aún observadas a inicios del s. XX. Con este término se denominó a las grescas sangrientas entre niños y adolescentes pertenecientes a barrios considerados adversarios. Célebres fueron por ejemplo las peleas entre los de San Roque, por una lado, contra los de la Chilena, el Placer y los del Cebollar por otro, o los de San Roque, contra los de la Cruz de Piedra, San Sebastián, La Recoleta y La Loma Grande. Estas se libraban en los contornos de la ciudad: en colinas y quebradas, y derivaban en luchas encarnizadas que duraban horas e incluso algunos días como sucedió en febrero de 1907. Los participantes usaban por lo general una variedad considerable de «armamento»: piedras, huaracas (hondas), pitos, espadas, rifles de palo, «canillones», cañoncitos de casquillos y de escopeta. En estas circunstancias era comprensible que la batalla arroje al término de la misma uno que otro muerto, muchos heridos, y entre éstos, algunos de gravedad. Muchas veces dichas grescas fueron disueltas con la intervención de la misma policía y el ejército, y hubo una ocasión, allá en el año de 1897, en que el gobierno hizo rodear con soldados armados a los guambras vencedores, a quienes apresaron, metieron en los cuarteles y junto a las tropas militares los enviaron a combatir en Chimborazo.³¹

A las «guerras de guambras» sucedieron las broncas entre jorgas en las primeras décadas del s. XX, las mismas que adquirieron cierta forma ritual en la llamada «toma de barrios», parte del juego de carnaval. Se trataban sin duda de ritos de reapropiación territorial que alentaron un espíritu pendenciero en los sectores populares de Quito en contra de los considerados extraños. Si esto sucedía con personas de la misma ciudad pertenecientes a diferentes barrios, es lógico pensar que la presencia de inmigrantes debió reactivar y reavivar una actitud de intolerancia y xenofobia.

Por otro lado, el conflicto entre quiteños y afuereños, estuvo condicionado por el predominio en la ciudad de valores racistas. Como mencionamos más arriba, a inicios del s. XX sucedió una amplia difusión y acogida favorable en la sociedad local de la imagen del indio como arquetipo negativo; imagen construida por los sectores dominantes y modernizantes urbanos.

25. La palabra «longo» aparece en el vocabulario de Juan M. Grimm, *La lengua Quichua (Dialecto de la República del Ecuador)*, publicado en 1896 y en la gramática de Manuel Guzmán, *Gramática de la Lengua Quichua*, publicado en 1920. En el diccionario kichua de Luis Cor-

En estas circunstancias, los migrantes procedentes en su mayoría del entorno rural de Quito y las provincias aledañas, fueron percibidos y tratados como individuos inferiores y atrasados.

Por último, los sectores populares de mayor raigambre urbana vieron en los inmigrantes a «virtuales competidores en el mercado de trabajo y al interior de los canales de movilidad social» (Bustos, 1992: 184), sobre todo cuando la crisis económica suscitada en la década de los años treinta redujo la oferta laboral por consecuencia de la recesión y depresión económicas.

Todos estos factores intensificaron la violencia entre los oprimidos. De ahí que situaciones de amenazas, abuso y maltratos entre los recién llegados y las gentes de mayor arraigo estuvieran al orden del día en la ciudad. Jorge Icaza en su novela *En las calles* presenta varias escenas de este tipo. En una de ellas por ejemplo aparecen combinados ciertos indicios de rivalidad entre barrios y de competitividad laboral. Es el caso de los moradores de la parroquia Alfaro, particularmente de quienes vivían en las calles de Allpahuasi y Chiriyacu, los mismos que expectantes ante la apertura de una fábrica textil, gracias a la cual «esperaban cambiar su vieja, enervante y asesina labor cotidiana –brequeros, fogneros y cargadores del ferrocarril, los maestros de albañilería, los limpiadores de desagües, los tapialeros, los ladrilleros», en actitud amenazante lanzan improperios contra los advenedizos de otros barrios de la ciudad y los «huairapamuschas del campo» (forasteros), a quienes llaman entre otros insultos «tortolones» y «meabrincos», anunciando al mismo tiempo que los sacaran a patadas (Icaza, 1985: 100-101).

En otra escena, Icaza da cuenta del desprecio, los prejuicios raciales y la inseguridad sico-social de los quiteños frente a los migrantes. Refiriéndose a dos campesinos que llegan a un barrio popular de la ciudad, relata:

Después de vagar por muchas calles de la capital –la boca abierta, los ojos nadando en ingenua angustia, a la espalda la actitud del inminente atropello–, Ambrosio Yáñez y su hija dieron con el barrio de la Tola, donde le habían informado podían encontrar un cuarto o una tienda en arriendo... En una esquina –esquina de barrio pobre con poste de madera sin pintar, desagüe hediondo, negocio sórdido de cantina y abarrote, grifo de agua, niños jugando en la calle mal empedrada, mozos conversando en la vereda–, el viejo no pudo resistir más la sed que traía desde el pueblo... y se prendió al surtidor. El chorro, al clavársele en la garganta, le lleno la boca borboteando en los labios hasta bañarle la cara, el cuello... y salpicar a la gente que se hallaba cerca de él. El atorón tuvo un eco de risas burlonas y de protestas:

- Chagra mal amansado.
- Chagra bruto
- Pensará que está en la shagta.
- Son una plaga

- Una peste
- Pero después se joden.
- Se joden? Mandan en el país (citado en Bustos, 1992: 184)

Fue en el fragor de enfrentamientos como éstos que resurgieron expresiones como «huairapamuschas» y «chagras», palabras de origen quichua y de una fuerte carga peyorativa. La primera significa «traído por el viento», mientras que la segunda deriva de la palabra quichua «chacra» o sementera de maíz. No obstante el término «huairaipamushca» en comparación con el segundo tuvo un uso restringido y marginal. Al parecer lo utilizaron los sectores populares de condición indígena pero ya arraigados en la ciudad para llamar a los indios o cholos recién llegados.

Por su parte, la palabra «chagra», que se usaba desde el s. XIX en el centro-norte de la Sierra para llamar al campesino no indígena considerado rústico e inculto,³² resurgió en el contexto urbano de Quito en la primera mitad del s. XX, sobre todo en boca de un segmento particular de la sociedad receptora: los sectores populares de condición mestiza, quienes utilizaron dicho término para llamar a los inmigrantes no indígenas, provenientes del campo, los pueblos y las pequeñas ciudades del centro-norte de la Sierra.

Esta palabra cuyo uso se volvió más frecuente a partir del segundo lustro de la década de los 20,³³ se empleó en la ciudad al margen de la condición socioeconómica de los aludidos. Por esta razón se denominó «chagras» tanto a los campesinos pobres como a los latifundistas y grandes propietarios, según se puede observar en la obra icaciana. Allí resulta evidente cómo el término «chagra» se aplica indistintamente a los cholos o a los blancos del campo. Por esta razón, el término «chagra» no designaba o fijaba rasgos sociorraciales y/o socioétnicos específicos como sí lo hicieron los términos «longo» y «cholo».

Además cabe indicar que el término «chagra» en las primeras décadas del s. XX, se utilizó solo para llamar a los provincianos del centro-norte de la Sierra, puesto que a los provincianos procedentes del extremo norte (provincia del Carchi) se les llamaba «pupos» y a los del sur, tanto de Cuenca o Loja se les aplicaba sus gentilicios respectivos (Jurado, 1991: 223). Sin embargo, a finales de la primera mitad del s. XX la palabra «chagra» terminó siendo usado por los «chullas» para llamar a los provincianos serranos en general. Por otra parte, dicho término, en la primera mitad del s. XX se aplicó solo a los provincianos recién llegados a la ciudad y aún no adaptados plenamente al medio urbano. Pues los provincianos que se incorporaron plenamente a la ciudad y a su modo de vida, dejaron de ser llamados «chagras» como de hecho

dero no aparece debido a que se circunscribe a la versión kichua de las provincias del sur de la Sierra ecuatoriana.

ocurrió con muchos personajes considerados «típicos» de la ciudad que llegaron de niños o jóvenes a Quito. Fue el caso por ejemplo del «Lluqui Endara» (un funcionario público célebre por su capacidad irónica y humorística) nacido en Sangolquí o la Torera (una modistilla alucinada) que nació en Baños en la provincia de Tungurahua.

De todas maneras, en la boca de los «chullas» la palabra «chagra» adquirió su máxima carga peyorativa, ya que se usó con propósitos de burla y ridiculización, pero sobre todo, como antípoda precisamente del término «chulla».

Este vocablo es de origen kichua, idioma en el cual es usado para referirse a un elemento de un par, es decir, a uno solo.³⁴ De esta palabra derivó la expresión «chulla-leva» apelativo peyorativo con que los sectores dominantes de Quito denominaban a los jóvenes burócratas de origen popular del último tercio del s. XIX quienes empezaron a adquirir un considerable protagonismo en la vida pública y social de la época. A finales del s. XIX Modesto Espinosa, uno de los más lúcidos intelectuales de la aristocracia quiteña de ese entonces, sector social receloso de la presencia y protagonismo de los chullalevas, se refería a ellos con evidente animadversión y sarcasmo:

Forman la clase media los chullalevas más repugnantes y odiosos; legistas de baja ralea, sus compinches tinterillos, algunos amanuenses de abogados liberales, tagarotes, cobradores de créditos por un tanto por ciento... Falange hambrienta, cruel y desnaturalizada, y tan insolente y audaz, como desnaturalizada, cruel y famélica. Chullalevas en el sentido estricto de la voz, tienen una sola levita perdurable: limpio, por regular, el cuello de la camisa que no se ve... Se tropieza con ellos en el despacho de la Policía, en los de los jueces parroquiales, en las oficinas de los escribanos, en el zaguán y los bajos del Palacio de Justicia; y algunas veces descubren las orejas hasta en la puerta del Excmo. Tribunal Supremo! [...] Estos son los principales adalides de la política activa: en días de elecciones, ellos disputan a la gente honorable el acceso a las urnas electorales, y son los acarreadores de soberanos para el triunfo de los principios encarnados en la pléyade radical... Estos son los que a la primera noche van por las calles y portales repartiendo líbelos infamatorios y papeles sediciosos... éstos son los que más tarde ensucian las paredes con letreros infames, fijan inmundos pasquines en las esquinas y recorren la ciudad despeñando faroles y vidrieras, y gritando a las voces con voz aguardentosa: ¡viva Alfaro!³⁵ (Modesto Espinosa, s.f.: 153-157).

26. Fedrich Hassaurek, «La servidumbre doméstica», en *Quito según los extranjeros*, 2a. ed., Colección Memoria, No. 1, Quito, Taller de Estudios Andinos, 1998, p. 158.

27. Antonino Olano, *De Popayán a Quito. Impresiones de viaje*, Quito, Tip. y Encuadernación Salesianas, 1915, pp. 149-150.

A inicios del s. XX, los chullas formaron una agrupación social originada tanto por el ascenso de grupos inferiores así como por el descenso social de individuos de estratos superiores. Este último hecho fue destacado por Espinosa Tamayo (1979: 210), en la segunda década del s. XX, cuando consideraba a los chullas, salidos «de las capas inferiores de la burguesía, deshecho de las clases acomodadas venidas a menos y mezclándose con la clase obrera». Los chullas en este momento parecían ocupar la cúspide de los estratos populares, por encima de indios, longos y cholos, según la clasificación que realizó Olano en 1914 (1915: 149-150). Los chullas representaban por tanto a los incipientes sectores medios de ese entonces como lo vuelve a destacar Espinosa Tamayo (*idem*):

el cura, el militar de poca graduación, el empleado de escaso sueldo, el abogado ramplón y en general, todo el proletariado de levita que busca ocupaciones de fácil desempeño y posiciones brillantes aunque equívocas... [en fin aquellos que] tratan de llenar todos los huecos de la administración pública.

Al representar los chullas un grupo constituido por ascenso y descenso social, era lógico que en su interior se distinga dos tipos: los «chullas decentes» y «los chullas cualquiera» (Jurado Noboa, 1991: 250). Los primeros eran señoritos venidos a menos, que provenían de grupos sociales mejor situados en el escalafón social, mientras que los segundos habían ascendido de un escalón inferior. Estos eran por lo general hijos de mestizos artesanos o pulperos.

No obstante, a medida que avanzaba el s. XX y a partir de la década de los treinta, los chullas parecían disolverse como agrupación socioeconómica por efectos de la crisis económica que se tradujo en la caída de los niveles de vida y la consecuente pauperización social. El chulla devino entonces en lo que Agustín Cueva (1986: 105) describió como una fuerza centrífuga que no encontraba ubicación dentro de un orden social dinámico y una estructura social sujeta a reacomodo.

Para entonces, la imagen del chulla como desempleado y, por tanto, obligado a enfrentar la pobreza como sea, toreando sus embates y sirviéndose de recursos ingeniosos que en algunos casos lo condujo al borde de la legalidad, cobró fuerza. Este estilo de vida fue el que precisamente plasmó Alfonso García Muñoz cuando creó la imagen prototípica del chulla quiteño: «Evaristo Corral y Chancleta» en la década de los 30.

Pero si bien el «chulla» estuvo sometido a la privación material, por otro lado fue muy capaz de disimularla. El chulla siempre vistió como «caballero» o «señor» a pesar que poseía un único traje o leva —que por lo demás confirmaba su apelativo de «chulla»—; aunque su camisa tenía solo pechera, cuello y puños; y, aun cuando sus calcetines poseían muchos agujeros sin re-

mendar o sus zapatos bien lustrados no llevaban suelas (Jurado, 1991: 198). Es por esta razón que en el diccionario de ecuatorianismos de Alejandro Mateus de 1933 se define la voz «chulla» como un término que se aplica «a jóvenes de uno y otro sexo, que no pertenecen a la clase rica ni noble, pero que, por su vestido, aspiraciones, cuidado de la persona, educación o trato frecuente con ricos o nobles pueden pasar por uno de ellos» (Mateus, citado en Carvalho-Neto, 1964: 180).

En efecto, como indica Mateus, el término «chulla» se aplicó tanto a hombres como a mujeres. En sus «Memorias» L.A. Martínez se refiere a «las chulla levas»³⁶ personajes quiteños de inicios del s. XX, mientras que Jurado Noboa en su obras *Las quiteñas*, destaca el término «chullitas». Esta palabra muy popular en la década de los 40 sirvió para aludir a ciertas mujeres populares de condición no indígena, hijas de amanuenses, zapateros, sastres, peluqueros, sombrereros o herreros, que vestían de manta fina de seda bien ceñida y falda negra oscura. La «chullita» se caracterizó por buscar el matrimonio con obsesión y siempre con alguien que tuviese mejor posición social: profesionales de origen provinciano, dueños de talleres o sastres notables.³⁷ El oportunismo y el deseo de mejorar sus condiciones de vida llevó a las chullitas en algunos casos a la frontera con la prostitución, surgiendo así la llamada «chullona», personaje de vida frívola y casquivana.³⁸ De todas maneras las «chullitas» siempre aparecen en la literatura de la época como adscritas a una categoría social inferior que los «chullas» hombres, debido no solo, a su situación social sino sobre todo a su condición de mujeres. La chullita, en comparación con el chulla, parece enfrentarse a mayores restricciones de asenso social. Pues, los medios y posibilidades de su movilidad social se reducían a un «buen matrimonio», ante las serias dificultades de acceder a la educación o a un «buen empleo» que no sea el de dependientes en los comercios o de secretarías en las oficinas públicas o privadas. Y esto, en el mejor de los casos.

En fin, a medida que sucedió la disolución del «chulla» como grupo socioeconómico, pero a diferencia del «cholo», el «longo» y el «chagra», dicho actor urbano, con el propósito de afirmar su pertenencia a Quito frente a los forasteros o «chagras», se apropió del término que había surgido como un apelativo peyorativo impuesto desde los sectores dominantes.

28. Jorge Icaza, *Hijos del viento (Huairapamuschcas)*, Rotativa, Barcelona, Plaza & Janés, 1975, p. 38.

29. Hernán Ibarra, «El laberinto del mestizaje», en *Identidades y sociedad*, Quito, Centro de Estudios Latinoamericanos, PUCE, 1992b, p. 106.

30. Raúl Andrade, «Agudeza y arte de ingenio», en E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, op. cit., p. 186.

El «chulla» estuvo «inmerso –como destaca Bustos– en un doble y simultáneo proceso: de un lado... luchando por distanciarse del *cholero* o la *longocracia*; y de otro preocupado por buscar inclusión y reconocimiento por parte de la *gente decente*», lo que hizo que se mueva «dentro de un campo estructurado por valores provenientes de un mundo aristocrático...». Esto supuso «de alguna manera una suerte de apropiación y quizá recreación en algunas dimensiones, de elementos culturales de los sectores dominantes por parte de un sector subalterno» (Bustos, 1992: 187).

En fin el chulla persiguió con obstinación «ser caballero»; situación que al decir de Raúl Andrade fue en el Quito de la primera mitad del s. XX, el «culto de la vida quiteña. Ser caballero, vivir como caballero, caminar como caballero, constituía a manera de un trípode sagrado en el que se asentaba la respetabilidad del individuo» (citado en Jurado, 1991: 297). Para completar este proceso de conversión en caballero, el chulla se vio obligado a copiar un detalle fundamental de la élite social: la costumbre de incorporar la palabra «y» entre sus apellidos con la finalidad de darle un tinte aristocrático a su origen. En razón de tal práctica los escritores de la época crearon los personajes de Evaristo Corral y Chanqueta o del Chulla Romero y Flores

Sin embargo y al mismo tiempo que el chulla adoptaba algunos de los valores señoriales, para presentarlos como su herencia cultural y servirse de ellos para simbolizar su distintividad, fue capaz de apropiarse del apelativo que lo designaba, convirtiéndose así en una realidad autodefinida. De este modo, nació una nueva identificación y por tanto una identidad cultural particular en el escenario urbano quiteño, a diferencia de «cholos», «longos» y «chagras» que no dejaron de ser más que simples estigmatizaciones. Desde entonces, el término «chulla» revirtió su valoración negativa, constituyéndose en autocalificativo de un modo de vida particular en la ciudad.

El «chulla» se convirtió en el máximo representante de los «quiteños de pura cepa» a pesar que algunos de los más prototípicos ostentaron un origen chagra o provinciano. Baste recordar que el Sordo Piedra fue de origen lojano, mientras que el Terrible Martínez –la encarnación más auténtica del chulla al decir de Nicolás Kigman– nació en Ambato, ciudad que fue cuna del actor Ernesto Albán que encarnó por mucho tiempo a Evaristo Corral y Chanqueta. En un contexto en que los migrantes se habían tomado la ciudad, el chulla y su mundo no podían estar exentos de tal «contaminación» provinciana, razón por la cual el cronista de la ciudad de ese entonces, Alfonso García Muñoz, entre nostálgico y sorprendido, exclamaba a finales de los treinta:

Porque vamos a decir que actualmente, del quiteñismo no nos queda más que Quito... Con sus glorias. Sus leyendas. Sus calles angostas y sus aceras estrechas (...) No nos queda más que Quito, señores. Porque las madres quite-

ñas, son de Riobamba. Los liberales quiteños son del Carchi. Los deportistas quiteños, son de Latacunga. Las industrias quiteñas están en manos de extranjeros. La intelectualidad quiteña es de Cuenca. El foro quiteño es de Loja, Machala, Zaruma y otros lugares. La harina quiteña es de Guayaquil. Los médicos quiteños son de Manabí y otras provincias. Los profesores quiteños son de allende las montañas... pero como única compensación a tragedia tanta, resulta que el pan de Ambato, se hace en Quito; (cit. en Bustos, 1992: 182).

El chulla pasó a encarnar los valores básicos de la llamada «quiteñidad»: valoración y conocimiento minucioso de los lugares de la ciudad, una gran capacidad humorística (sal quiteña), excesivo cuidado de la apariencia personal y su vocación por el disfrute de la vida. Elementos que sumados al permanente anhelo de ascenso social, explican el intenso protagonismo del chulla en la vida de la urbe, situación que lo hizo sumamente visible y ubicuo. En homenaje a su estilo de vida, Alfredo Carpio compuso en 1937 el pasacalle «chulla quiteño» (Jurado, 1991: 295-296). Canción que con el transcurrir del tiempo se convirtió en el himno popular de la ciudad.

En conclusión podemos señalar que la presencia vigorosa en el Quito de la primera mitad del s. XX de los términos analizados: «longo», «cholo», «chagra», «chulla» y «gente decente»; respondieron básicamente a una taxonomía impuesta por la sociedad receptora. Si bien dichos apelativos, excepto el vocablo «chulla», no se usaron de forma exclusiva en Quito sino en toda la subregión del centro-norte de la Sierra, no cabe duda que estos términos adquirieron en Quito connotaciones y usos específicos. Los tres primeros términos fueron usados en el escenario quiteño básicamente con una intención estigmatizadora, buscando resaltar la condición racial y étnica de los aludidos, particularmente su vinculación con lo indio, el atraso y la ausencia de modernidad o civilización.

Este tipo de encapsulamiento clasificatorio de los contingentes migratorios, por parte de la sociedad receptora, terminó bloqueando y anulando, en el caso de «longos» y «cholos», la posibilidad de desarrollar sus identificaciones primarias o étnicas.

En tercer lugar, es necesario destacar que los términos: «cholo», «longo», «chagra», «chulla» y «gente decente» constituyeron adscripciones de tipo relacional. Por esta razón, la comprensión cabal de cualquier de estos términos solo es posible a través del desentrañamiento o del desciframiento de los otros.

Por último, es evidente que la presencia de los términos «longo», «cholo», «chagra», «chulla» y «gente decente», expresaron la presencia de otro criterio en el establecimiento de la diferenciación social, a más del étnico racial. Se trataba esta vez de la definición socio-económica. De esta manera, en el Quito de la primera mitad del s. XX la vieja estratificación étnico-racial aparece imbricada con la nueva jerarquización económica.

CAPÍTULO 3

Las transformaciones culturales

1. CONSIDERACIONES PREVIAS

Para comprender las prácticas culturales de los inmigrantes y de la sociedad receptora, es necesario tener en cuenta algunos presupuestos básicos. Gracias al desarrollo de los estudios de campo sobre los colectivos étnicos migrantes del tercer mundo a ciudades de Europa y de EE.UU. se ha llegado a establecer un postulado central: a mayor diferencia cultural (diferencias socioculturales, lingüísticas y raciales) entre los inmigrantes y la sociedad receptora, el proceso de adaptación a las nuevas condiciones de vida resulta más difícil con el consiguiente aislamiento de los recién llegados. En estas circunstancias los colectivos étnicos inmigrantes tienden a rechazar crecientemente la asimilación como modo de adaptación, tratando de mantener y reproducir sus rasgos diferenciadores y su identidad de grupo.¹

¿Fue este el caso de los inmigrantes interioranos en la ciudad de Quito en la primera mitad del s. XX? Al parecer no lo fue, debido a que las diferencias culturales entre los recién llegados y la sociedad receptora no fueron considerables. La mayoría de inmigrantes de origen rural portaban un patrón cultural andino, al mismo tiempo que la ciudad decimonónica aparece totalmente influenciada por el mundo andino. No solo los sectores populares sino los sectores dominantes evidenciaban en sus diversas prácticas culturales esta particularidad. Los visitantes extranjeros del s. XIX, más capacitados para percibir los aspectos comunes que las diferencias entre los pobladores, por su situación «de paso», lo supieron destacar. Así por ej. el Italiano Gaetano Osculati a mediados del s. XIX señalaba:

Extraños son los usos de esta ciudad que puede llamarse totalmente india, y difiere mucho de los que se observan en el Perú y Chile, donde la civilización está bastante adelantada, por el mayor número de residentes extranjeros y la continua comunicación con los europeos.²

31. Luciano Andrade Marín, «Las guerras de guambas», en Miguel Puga, *Crónicas del Quito antiguo*, Colección Amigos de la Genealogía, Quito, 1991, pp. 305-307.

32. P. F. Cevallos, citado en Julio Tobar Donoso (1961, 88).

En este contexto la influencia del idioma Quichua era por tanto de esperarse. Un visitante extranjero anónimo que llegó a la ciudad en 1833, señalaba que la lengua de los incas era usada por los mismos criollos y sus hijos, puesto que la «primera que pronuncia los niños es muchas veces la de los incas, por ser indias las nodrizas, no hablando con frecuencia la castellana hasta cinco o seis años, y quedando a muchos el defecto de hablar en impersonal».³

En segundo lugar, es necesario tener en cuenta que entre los sectores subordinado y dominante se da por lo general una interinfluencia e interacción cultural. Es decir, no solo los primeros son objetos de influencia cultural por parte de los segundos, sino que éstos también resultan influenciados por aquéllos. Se trata por tanto, de una influencia mutua, fenómeno al que pretende aludir el concepto de transculturación. Además es necesario tener en cuenta lo señalado por M. L. Pratt: a pesar que a los grupos subyugados les resulta difícil controlar lo que «emana de la cultura dominante, siempre pueden determinar, en grados diversos, lo que absorberán y para qué lo usarán».⁴ Postulado que resulta crucial para no perder de vista la situación de los sectores populares y medios, esto es, el hecho de ser sujetos con propias iniciativas y no meros objetos de influencia.

Por último, no puede olvidarse un hecho fundamental. En el contexto andino y desde la época colonial se constituyó un tipo de estratificación en el cual el estatus de indio quedó asociado con pobreza y marginalidad, mientras que el estatus de blanco o señor se asoció con riqueza e influencia política. Este estrato social se constituyó en meta de todo desplazamiento social y, por tanto, sus rasgos sociales, culturales y raciales se convirtieron en objetos que se perseguían y se buscaban alcanzar en la movilidad social. De ahí que la movilidad en este tipo de estratificación llevase a los grupos indígenas a apartarse de sus raíces. En otras palabras, el cambio social implicó necesariamente un cambio cultural.⁵

33. Fernando Jurado Noboa, *El Chulla Quiteño*, vol. 60, Quito, SAG, 1991.

34. Ruth Moya, *Simbolismo y ritual en el Ecuador andino*, Colección Pendonereros, vol. 40, Otavalo, IOA, 1981, p. 72.

35. Modesto Espinosa, *Artículos de costumbres*, Clásicos Ariel, No. 52, Guayaquil, s.f., pp. 153-157.

2. LOS SOCIOLECTOS

Las hablas concretas utilizadas en la vida cotidiana por los diferentes sujetos colectivos de la ciudad de Quito en la primera mitad del s. XX, fueron una clara manifestación de la especificidad étnico-cultural que portaban, al mismo tiempo que evidenciaron el deseo de refinamiento y superación socio-cultural de sus hablantes.

Usando el planteamiento de Pieter Muysken en su estudio sobre los contactos entre el kichua y el español⁶ se puede señalar que las hablas concretas de los diversos grupos que conformaban la sociedad urbana de ese entonces, revelan la presencia de un *spectrum lingüístico* que dio lugar a un *continuum* quichua-español. En los polos opuestos de dicho spectrum estaban: 1. el idioma kichua hablado por los indios de los alrededores de la ciudad que emigraban de manera temporal y diaria a la ciudad; y, 2. el español hablado por los sectores pudientes con pretensiones aristocratizantes. Entre estos dos polos aparecieron una serie de estratos que se aproximaban o se distanciaban de uno u otro idioma, dependiendo de la posición en la jerarquía social.

De esta manera, el habla cotidiana de los grupos subordinados revelaba una importante influencia del kichua, al mismo tiempo que se observaba en quienes habían adoptado una estrategia de asenso social, un deseo de dejar atrás el idioma andino y usar solamente el español, para superar el estigma de indios, longos, cholos o chagras que obstaculizaba su movilización y asenso social.

Tanto la literatura icaciana y costumbrista de la época nos presentan claros ejemplos de estos tipos de hablas. A pesar que dichas literaturas constituyen mediaciones en tanto los propósitos que motivaron a realizar dicha labor (evidenciar las condiciones de opresión social en el caso de Icaza, afán de caricaturización a los afuereños en el caso de García Muñoz, o destacar las particularidades propias del chulla en el caso de Carlos Andrade) debieron interferir en la transcripción misma; no hay duda que aquéllas literaturas permiten evidenciar las características generales de las hablas y la manera en que éstas se constituyeron en una especie de marca para establecer la categoría o el estatus socioétnico de los hablantes.

En el habla de los longos, por ejemplo, se podía advertir claramente la incidencia del kichua a nivel fonético, morfológico y de sintaxis, al mismo tiempo que se evidenciaba en dicho colectivo la voluntad de usar exclusivamente el español. Un claro ejemplo de esta manera de hablar, la encontramos

36. Citado por Carlos Joaquín Córdova, *El habla del Ecuador, diccionario de ecuatorianismos*, tomo I, Universidad del Azuay, Cuenca, 1995, p. 382.

en el diálogo transcrito por García Muñoz⁷ entre dos albañiles y sus mujeres en una de las guaraperías del Panecillo, mientras una de las parejas bailaba animadamente:

- Así, Taype, entrále no más a la Rosa
- Dija, pes, José –dice la amiga– dende ayer tardi cá, mi estáis solo fre-gando.
- Lo que ya no pudi aguantar, pes, Roseta, purqui sois bien macanuda, ¡caracho!...
- ¡Viva la parija! –grita otro de la jorga.
- Patronita, acomodá, pes, treinta de chicha...
- Caray, qué Rica Rosa para un baili!
- Así, Roseta, quitále nu más el marido a la Pitrona
- Qui haciendo ha de quitar pes mi marido –protesta la Petrona, mujer de Taype...
- Purqui no pes, caray. Ella cá me esta viendu con bonitos ujus. ¿No es cierto Roseta?...
- Quitariste, quitariste José –pide la mujer– vos cá sabís nu mas hacerte el pillo...
- ¡Intrali no mas José. Longa cá, gurdita esta!

En este pasaje se advierte con claridad la confusión de los fonemas «e» y «o» por «i» y «u» y viceversa, propio de los hablantes de origen quichua.⁸ Sobresale además el uso frecuente de la palabra *ca*, al mismo tiempo que se observa la ausencia de palabras propiamente quichuas, lo que parece expresar el deseo de españolización de estos sujetos.

Asimismo el habla de los cholos puede observarse en un pasaje transcri-to por el mismo García Muñoz (1937: 185). Esta vez el diálogo se sucede en medio de una reyerta que protagonizan dos cholos hermanas:

- Longa sucia, que has de ser pes de mi sanguinidad...
- Vos, pes, infame, descansadora, sinvergüenza
- Callá más bien. Ya te dije que no parecís hija de mi taita.
- Vos nu sois hija de tu taita, ratera ociosa que no tenís honor, y andáis con uno por aquí, con otro tan por acá, con cuatro y cinco...
- ¿Y voz cá?
- Yo ca si tengo honor, vos con cuatro y cinco, yo cá con dos no más ... y con patrón Luis.

37. Fernando Jurado Noboa, *Las Quiteñas*, Colección Siempre, Quito, Dinediciones, 1995, pp. 296-297.

— Bueno, callá, pes, Maruja, no digáis quias estado con cuatro y cinco porque ni'han de dar iras –protesta el enamorado de la Maruja...

Se evidencia sin duda un mejor uso del español, razón por la cual su comprensión resulta más fácil que el pasaje anterior, a pesar que se sigue confundiendo el fonema «e» por el «i» y usando las palabras *cá* y *pes* cuyo uso es frecuente en los kichuaparlantes.⁹ Además ya se observan giros y expresiones propias del español coloquial quiteño.

El habla coloquial de los chullas revelaba también una gran influencia del kichua, a pesar de sus deseos de refinamiento, que se evidenciaba –según Icaza¹⁰– en el afán desmedido de la burocracia «por rasgar las eres y purificar las elles».

Carlos Andrade, en su retrospectiva sobre los chullas nos da un ejemplo claro del habla de los chullas en la década de los 20, a raíz de la preparación de una farra:

— Qu'es ps' cholito. Qué t'hiciste el sábado; te jui a ver en tu casa a l' hora de almuerzo. He hi silbado media hora, y nada. Salió la sipa de la tienda y dijo: «De gana tan silva, si no hay naiden; toditicos se jueron a Carapungo, al Tingo corque dijeron, qué tan será...» ...

— Oite, esta noche a las nueve hay gran farra donde las bermejas; van ir el chuspi, el tullpa, el chimbas, el guingo, el huaco y el tuerto, este rato m' estoy yendo a avisarles al cuchí, al mono, al burro, el gallo, al chivo y al conejo, sólo hay que poner diez sures cadáuno. Y va ir la cuica que te gusta a vos...

— ?...

— Pasarás viéndoles al Caspucho y al gordo Zambrano, ahí en la peluquería del tiatro, porque el chimbas y el omoto dijeron que les iban a conchavar al Daza y al Chantaza. No ti'olvidarás de los diez. Hasta luego.¹¹

En este tipo de habla sobresalen los kichuismos o palabras provenientes del idioma kichua, junto con fenómenos como la apocopización o contracción, así como la confusión de los fonemas «e» por «i» y viceversa. La palabra *cá* también aparece con frecuencia en los diálogos entre los personajes de las Estampas Quiteña de García Muñoz, sobre todo entre Jesusa y Evaristo Corral y Chancleta. Así por ej. en una ocasión cuando Jesusa se dirige a Evaristo, le dice:

38. Hernán Rodríguez Castelo en su libro *Léxico sexual ecuatoriano y latinoamericano*, Quito, Libri-Mundi / IOA, 1979, p. 298, señala que el sufijo -on «aparece como uno de los más usados en el habla sexual ecuatoriana».

— Caray, Eva, vos cá bien íntimo estáis conmigo. ¿Qué querrás? (García Muñoz 1937: 243).

En el habla coloquial de los sectores populares y medios quiteños, los quichuismos proliferaban sobretodo en los apodos. Entre las década de los 20 y los 40 fue frecuente el uso de los siguientes sobrenombres: «cutos» (Quich. cutu = corto, diminuto) para llamar a quienes tenían las nalgas pequeñas; «cuchis» (Quich. cuchi = cerdo) se llamó a los gordos; «cuicos» (Quich. cuica = lombriz) a los flacos; «puchos» (Quich. «puchu» = sobra, residuo) a los de pequeña estatura; «lluquis» (Quich. lluqui = izquierdo) a los zurdos; «sipos» (Quich. sipu = arruga, pliegue) a los arrugados; «zhuros» (Quich., zhuru = persona marcada por viruelas) a quienes tenían la cara con cicatrices o viruelas; «omotos» (Quich. omoto = enano) a los pequeños; «irquis» (Quich. irqui = flaco) a los de contextura delgada. Otros sobrenombres que aludían a las actividades profesionales fueron: «chapas» (del Quich. chapana = espiar) para llamar a los policías. Apodos menos frecuentes fueron «rututo» (del Quich. «rutu» = trasquilado); «mapahuiria» (del Quich mapa = sucio y huiria = manteca); «shungo» (del Quich. shungo = corazón). Asimismo se usó la palabra «Maschca» (del Quich. «mascha» o «máchica» harina de cebada tostada) para llamar a los laticungueños; «Guaytambo» (En el Quichua se usa para designar a un tipo de durazno) para llamar a los ambateños, o la palabra «pupos» (del Quich. pupo = ombligo) para designar a los carchenses.

En muchas de las expresiones coloquiales utilizadas por los chullas fue evidente la presencia de palabras de origen kichua. Por ejemplo:

- «echar la huasca» (soga): abordar a una señorita para galantearla.¹²
- «en guango» (del Quich. huango = manojo): con abundancia.¹³
- «en guando» (del Quich. guando = andas): en manos de otros.¹⁴
- «brindar un huacho» (del Quich. huaccha = solo, huérfano): hacer un brindis (Carlos Andrade, 1964: 173)
- «vale cutules» (del Quich. cutul = hojas que cubren a las mazorcas de maíz), equivale a decir que algo no vale o es insignificante (Icaza, 1986: 74).
- «tener una chaucha» (del Quich. chaucha = especie de papa delicada o que maduran temprano): trabajo ocasional que supone la obtención de dinero (Icaza, *ibíd.*, 137).

1. Joan Josep Pujadas, *Etnicidad, identidad cultural de los pueblos*, Madrid, Eudema, 1993, p. 43.
2. Citado en Manuel Espinosa, *Quito según los extranjeros*, 2a. ed., Colección Memoria, No. 1, Quito, Taller de Estudios Andinos, 1998, p. 97.
3. Citado en Humberto Toscano, *El Ecuador visto por los extranjeros*, Puebla, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, 1959, p. 49.
4. Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997, p. 25.

Incluso el habla coloquial de los sectores altos, algunas de cuyas familias tenían pretensiones nobiliarias, evidenciaban la influencia de las hablas populares. De ahí que Gonzalo Zaldumbide en un artículo aparecido originalmente en el diario *El Día* contara que una vez que regresó del exterior a Quito saludó con ciertos señoritos de la clase alta que al verlo a los tiempos, inmediatamente lo compadecieron diciéndole que él debía estar acostumbrado a otras tierras y ciudades mejores que la ciudad de Quito, la misma que les parecía un horror. Zaldumbide con ironía recalca que el único horror que percibió en aquél momento fue «las eres arrastradas tan a la quiteña, tan a la chola». ¹⁵ Más Tarde Justino Cornejo encontrará para sorpresa de él en una obra de Julio Tobar Donoso —uno de los casticistas quiteños y ecuatorianos más destacados— en que se exponía algunos criterios y consejos para hablar correctamente el español, una gran proporción de giros y expresiones que debían su existencia a la influencia del kichua. ¹⁶

La presencia vigorosa de palabras y giros que provienen del kichua en los sociolectos de Quito en la primera mitad del s. XX, a más de evidenciar una posición particular en la jerarquía socioétnica prevaleciente en la ciudad de ese entonces, revelan el manejo de dichos códigos por uno y otro actor en dependencia del sitio o de la situación específica en que un mismo hablante se encuentre. Es decir, parecen depender del entorno en que se inscribe el hablante, del propósito de su comunicación y de los interlocutores a los cuales se dirige. El uso de quichuismos responde entonces a esta triple situación.

Por otra parte, se puede decir que a pesar del pertinaz esfuerzo de refinamiento de las capas medias y altas, y de la labor represiva y disciplinista de la Escuela que enarbó las banderas del «buen hablar», el habla coloquial quiteña no logra —hasta hoy día— librarse de las influencias del kichua. Hecho que revela la fuerte interferencia del idioma andino en la vida cotidiana urbana, debido al incesante flujo de migrantes definitivos o temporales que provienen del campo y, sobretudo a que al menos uno de los ascendientes próximos de la mayoría de hispanohablantes actuales en Quito tuvo al kichua como idioma materno.

5. Manuel Espinosa, *Los mestizos ecuatorianos y las señas de identidad cultural*, 3a. ed., Quito, Tramasocial, 2000, p. 23.

3. LAS FORMAS DE HABITACIÓN

En las primeras décadas del s. XX los hogares de los sectores populares de la ciudad no se diferenciaban mayormente de los casas campesinas. Las viviendas de los barrios populares que habían crecido aceleradamente en las colinas donde no llegaban los automóviles ni el agua corriente, tenían un aspecto rural antes que urbano. Todas ellas, al decir de Icaza (1986: 131) olían a matadero, a jergón de indio. Además los barrios habían crecido a partir de un orden «caótico» sin «ángulos, orden ni concierto», al decir de Albert Franklin. Para el viajero norteamericano, no cabía duda que la forma de cohabitar de los vecinos de San Juan era rural: «Viven como los campesinos de todas partes, salvo que aquí, con una población tan densa y sin espacio para sembrar nada, para mantener la familia tienen que trabajar de jornaleros o en un oficio, más bien que en la agricultura».¹⁷

Si tomamos la descripción que realiza Icaza de la vivienda campesina pobre no indígena y la comparamos con la descripción que realiza el mismo autor sobre el hogar de un amanuense de escribanía o la pieza de un chulla, ambas ubicadas en un conventillo del barrio San Juan, casi no se encuentran diferencias.

En efecto, Icaza, en la novela *En las calles* refiriéndose a las viviendas campesinas señala:

hogares de pobreza e ingenuidad disimuladas con tapiz de periódicos y oleografías baratas en las paredes, con luz de candelil o vela de sebo por las noches cuando la lumbre del fogón no era suficiente, con el poncho bien doblado sobre el banco rústico cuando llegaban visitas de alguna consideración, con cama sin sábanas y colcha de hospital.¹⁸

Posteriormente en su novela *El Chulla Romero y Flores* pinta con crudeza el interior del hogar de un amanuense de escribanías:

hamaca percutida de orinas y excrementos de guagua tierno sobre el lecho miserable del matrimonio: la vela moribunda en candelero de botella vacía; el jergón de la chola guiñachisca en el suelo... la mesa cargada de frascos, tarros de lata, periódicos viejos –revoltijo de chucherías; la cama de la prole –cuatro rapaces, dos hembras y dos machos... –hecha de tablas y adobes; el altar de la Virgen de ingenua factura fetichista –habilidades de crochet, papel dorado en

6. Pieter Muysken, «Contacto entre el kichua y el castellano en el Ecuador», en *Antropología del Ecuador*, 2a. ed., Quito, Abya-Yala, 1989, p. 463.

flores, en tiras, en penachos— cubriendo una esquina; los bacines hediondos a sarro —el grande para el papá y la mamá, el chico para los niños... el baúl desvencijado como banca y la banca como ropero nocturno. Todo sumido en aire y estrechez de tibieza nauseabunda (Icaza, 1986: 117).

Igual aspecto tiene la pieza del protagonista Alfonso Romero y Flores. Se trata de una habitación sin luz eléctrica y por tanto alumbrada con velas, en la que sobresalen:

colillas rodando por el suelo, un poyo para trepar a una ventana desvencijada, un tarro mugriento de lata ocupando el sitio del bacín, un sofá de tres medallones destripados, una palangana llena de agua de jabón, una silla coja, una cama de pilares apolillados y cobijas revueltas, lacras de gotera en el cielo raso, huellas de manos sucias y escupitajos fósiles en el tapiz de las paredes, paños viejos en un rincón.

Además indica Icaza que la cama no tenía sábanas, no habían sillas, mesa ni reverbero.

La única diferencia de importancia que se percibe en el interior del hogar del chulla es la presencia de colillas. Sin duda el uso del cigarrillo en la primera mitad del s. XX fue un signo de distinción, de ahí que lo usase los ricos y quienes aspiraban a pasar como señores, entre ellos obviamente los chullas.

De todas maneras, el patrimonio de ciertos chullas era ínfimo, de ahí que Carlos Andrade (1999: 72) en el retrato que hiciera del «auténtico chulla quiteño» señala que cuando éste se cambiaba de casa porque le han echado candado por no pagar las mensualidades del arriendo «para el traslado de su mobiliario y pertenencias le basta una servilleta o una hoja de *Últimas Noticias* para envolver sus efectos personales» todo lo cual lleva bajo el brazo.

En fin, estas condiciones de precariedad y descuido en los hogares de los sectores populares y medios fue destacada con preocupación por el médico municipal doctor Peñaherrera V. en 1933, quien en su informe señalaba que los pobres por lo general arriendan habitaciones oscuras, húmedas y estrechas, en las que se nota un desconocimiento de todo principio higiénico, «la falta absoluta de educación en todo a cuanto se refiere a vivir mejor». Esta misma realidad es observada en los hogares de los empleados que tenían pequeños sueldos, los dueños de talleres y, en fin, en las personas que bien podían pagar un departamento o eran propietarios de una pequeña casa. Sucedió por lo general que:

una habitación recién entapizada es recubierta de estampas, recortes de periódicos, etc., en donde se acumulan cantidades enormes de polvo, el entabla-

do recién arreglado o nuevo es recubierto por esteras o pisos viejos imposibles de asear. Hay que evitar que *de el aire* y con ese objeto se impide toda ventilación, se desconoce por completo la manera de usar los servicios higiénicos.

Este tipo de decoración evidencia por lo demás un gusto todavía muy anclado en costumbres rurales y creencias mágicas andinas, distante todavía del estilo moderno, propiamente urbano, que se empieza a evidenciar posteriormente en las casas de las ciudadelas o en los conjuntos residenciales.

Además, según el mismo autor, las habitaciones que por lo general no tenían luz, ventilación, entablado, cielo rasos ni revestimiento servían al mismo tiempo de cocina y lugar donde se criaban los animales.¹⁹

La demanda cada vez mayor de vivienda por parte de los inmigrantes provincianos que no dejaban de arribar a la ciudad, produjo hacinamiento, multiplicando la presencia de conventillos, ubicados en los márgenes de la ciudad y en las mismas casas señoriales del centro. El conventillo albergaba en su interior a un heterogéneo conjunto de personas: estudiantes venidos de provincia, mercaderes, damiselas, prestamistas, burócratas, obreros, sirvientes y artesanos de variados oficios. La arquitectura del conventillo respondía a las necesidades de sus moradores; por esa razón, a más de su atmósfera marginal, el conventillo adquirió una fisonomía particular, resultado de la combinación o imbricación de formas campesinas y urbanas de habitación. Nuevamente es Jorge Icaza quien nos proporciona una imagen inigualable al respecto:

La propiedad... exhibía hacia la calle un rostro de muros hidrópicos, de estrechas ventanas de reja, de amplios aleros de carrizo, de puerta exterior con postigo tachonado por aldabas y clavos herrumbrosos –mestizaje de choza, convento y cuartel–. La humedad al filtrarse hasta el zaguano había carcomido las paredes con machas de sucia vejez. En los patios –primero, segundo, tercero, cuarto al barranco de letrina y almas en pena– el sol ardía por las mañanas evaporando los desagües semiabiertos, los chismes del cholerío, las disputas ingenuas y las ropas puestas a secar –aseo de pañales hediondos, de cobijas con pulgas, de cueros y colchones orinados–. Por la tarde en cambio, la lluvia... enlodaba los rincones, y al chorrear monótona desde las goteras se abría paso por los declives del callado mal humor, por las junturas de la pena sin palabras. En la intimidad de cada vivienda –chicas, grandes, entabladas, blancas de cal, pulidas de papel tapiz, noticiosas y remendadas de revistas y periódicos, con ladrillos o piso de tierra dura, con ventanas o sin ellas, con puerta de madera o cortina de cáñamo– se escondía y barajaba el anhelo, la vergüenza, el odio, la bondad de los fracasos de un vecindario que iba desde el indio guandú –cholo por el ambiente y las costumbres impuestas– hasta el señor de ofi-

7. Alfonso García Muñoz, *Estampas de mi ciudad*, segunda serie, Quito, Imprenta de Educación, 1937, pp. 181-182.

cina –pequeño empleado público–, pasando por una tropa de gentes de servicio doméstico –cocineras, planchadoras y lavanderas de follones, con o sin zapatos, casadas o amancebadas–, por artesanos remendones, por guarichas –de soldado, de cabo, de sargento–, por hembras de tuna y flete, por obreros sin destino fijo, por familias de baja renta y crecidas pretensiones (Icaza, 1986: 55-56).

Pero sin duda, el paradigma del conventillo quiteño fue la llamada «Casa de los 7 patios» ubicada en la calle Rocafuerte en el barrio de San Roque, que al decir de Raúl Andrade representaba la condensación de la vivienda popular quiteña, cuyo interior fue creciendo a medida que más y más inquilinos llegaban a ella como si se tratase de una ciudad.²⁰

Por su parte los hogares de los sectores dominantes, hasta la segunda década del siglo XX, aparecen fuertemente influenciados por los modelos de habitación de los sectores populares, debido a la cohabitación entre ricos y pobres que caracterizaba a la sociedad premoderna. En efecto en las casas señoriales convivían las familias pudientes con sus sirvientes e inquilinos miserables. Estos por lo general residían en el primer piso, mientras los dueños ocupaban la segunda planta. Las descripciones de los visitantes extranjeros hablan de un evidente descuido en la limpieza en los hogares de los ricos y de hábitos más bien campechanos a pesar de los valiosos ajuares y muebles que se exhibían y que constituían el sello distintivo de la riqueza, posición, viajes, influencia y gusto del propietario. Este mobiliario por lo general se guardaba en la llamada «sala», la que por lo general permanecía cerrada, excepto cuando llegaban visitas (Franklin, 1945: 128).

Sin embargo con el transcurrir del s. XX, fueron estos mismos sectores pudientes los primeros en modificar los hábitos de habitación en los nuevos barrios residenciales que aparecieron en Quito.

En efecto, el apareamiento de los barrios residenciales al norte de la ciudad vieja o la construcción de edificios en el centro que rompían con la uniformidad colonial, eran expresiones claras del deseo de los sectores altos de afirmar su distinción y distanciamiento social frente al resto de grupos urbanos, al mismo tiempo que servían de ejemplo del «saber vivir» para la sociedad en general.

La búsqueda de espacios de vida diferenciada estuvo estrechamente vinculada a la toma de conciencia de los sectores dominantes del «oscuro» entorno social que empezó a rodear a la ciudad vieja como consecuencia de las

8. Ruth Moya, *Simbolismo y ritual en el Ecuador andino*, Colección Pendoneros, vol. 40, Otavalo, IOA, 1981, p. 247.

migraciones interioranas y la imposibilidad de imponer orden, salubridad y limpieza.²¹

De esta manera se produjo una fractura en la sociedad urbana. Surgieron entonces dos ciudades: el Quito del pueblo y el Quito de la gente decente. Espacialmente el primero se ubicó en los barrios de las colinas que cercaban a la ciudad vieja y en las explanadas del sur. Posteriormente, a medida que transcurría el s. XX y los migrantes pobres invadían la ciudad vieja, contribuyendo a su tugurización y a la informalización de su vida económica, el Centro Histórico también pasó a formar parte del Quito del pueblo. Por su parte, el Quito de la gente decente se ubicó desde entonces al norte, teniendo al barrio de «La Mariscal» como su núcleo.

En este sector, los impulsos modernizadores y la adscripción eurocentrista de los sectores pudientes se plasmó en la construcción de sus residencias. Estas, tanto en su arquitectura y decorados interiores evidenciaban claramente el afán de parecer moderno en clara oposición y contraste a lo colonial, el mundo rural y lo indígena, manifestando una obsesión por emular el estilo de vida occidental. Desde la perspectivas de los visitantes extranjeros de la época: Franklin y Bemelmans quienes llegaron a la ciudad entre fines de la década de los treinta e inicios de la década de los cuarentas, los barrios residenciales de los sectores pudientes se caracterizaban por la exageración, la falta de autenticidad, la imitación y la fastuosidad.

Según Franklin (1945: 123): «En un trapezoide limitado por el Parque de Mayo y las avenidas 18 de septiembre, Colón y 12 de Octubre está el mayor conjunto de monstruosidades arquitectónicas que hasta ahora se hayan reunido en un espacio tan pequeño». De ahí que sea «penoso para la vista tanto mal gusto concentrado». Bemelmans coincide plenamente. En un tono más burlón señalaba:

Un arquitecto que ha sido seguramente un excelente pastelero, que ha llegado a ponerse de moda, le han dejado suelto por aquí y le han permitido que haga una calle en la que ha tenido el acierto de reunir todo aquello que es más horrible y espantoso.

La primera casa, es un castillo marroquí de color rosa y verde con reminiscencias del Taj-Mahal inyectadas por cualquier parte entre las puertas y las ventanas. A su vera se ha dado forma a la nostalgia de un inmigrante germano y se ha perpetrado a un chalet estilo Selva Negra, al que la falta solamente la nieve, música pascual, los altos pinos y un lobo con una canasta en los hocicos. El tercer edificio muestra el ejercicio de una infortunada iniciativa; es mo-

9. Humberto Toscano, *El español hablado en el Ecuador*, revista de filología española, Anejo LXI, Madrid, 1953.

10. Jorge Icaza, *El Chulla Romero y Flores*, Quito, El Conejo / Oveja Negra, 1986, p. 6.

derno, un cuarto de baño coloreado al pastel que se ha colocado de adentro para afuera o sea al revés y patas arriba; una caja de píldoras pequeñita y brillante con ventanales redondos de tamaño exagerado. Esta hilera de casas, situadas una a distancia de pocos pies de la otra, termina en un centinela de piedra, como un castillo de Lohengrin enano.²²

Sin lugar a dudas, comentarios como éstos portaban de manera implícita ciertas ideas preconcebidas como el hecho de considerar lo moderno algo exclusivo de las sociedades norteamericana y europeas, al mismo tiempo que evidenciaban intolerancia frente a la convivencia y concentración de lo heterogéneo. Por otro lado, expresaban la valoración y el deseo en ciertos norteamericanos de búsqueda de lo local y étnico como alternativa al mundo moderno. Sin embargo, no por ello dejaban de evidenciar en los sectores dominantes quiteños el afán asimilacionista de los patrones de vida y habitación occidental.

Esta actitud también se evidenciaba en la decoración. A partir de la llegada del tren que permitió el arribo de mercaderías nuevas, el mobiliario de los sectores dominantes empezó a cambiar. Desde entonces llegaron objetos nunca antes conocidos para las casas de los ricos: sillería de Viena, olografías napoleónicas, venus de escayola, rizadas cornucopias de mármol con lunas venecianas, japonerías de seda y laca, barricas de vino de España y Francia. De esta manera –al decir de Raúl Andrade– en las casas de las familias adineradas los vetustos sillones frailunos, las robustas mesas talladas y los pesados butacones de peluche escarlata o de damasco antiguo, dieron paso al mobiliario de retorcido estilo rococó, con arquetas y patitas sobredoradas de purpurina.²³

Posteriormente, a finales de la década de los treinta, Franklin (1945: 126) señalaba que los propietarios de las viviendas de la Mariscal buscaban en los números del *Architectural Forum* el detalle vulgar o excesivo que por error se deslizaba en dicha revista haciendo que los artesanos de la ciudad lo copien con exactitud. Todo lo cual:

ha producido una catástrofe de menor cuantía entre los tejedores de alfombras de Guano, que hacen muchos trabajos para la *gente decente*. Han descubierto que los dibujos geométricos modernistas tomados del catálogo de linóleums, ampliados a nueve por doce, tienen un mercado ávido en Quito. Hace tiempo los fabricantes ingleses de papel para paredes descubrieron que si co-

11. Carlos Andrade, *Los inolvidables*, Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1964, pp. 171-172.

12. Carlos Andrade, «El auténtico Chulla Quiteño», en E. Freire y M. Espinosa (comps.), *Parias, perdedores y otros antihéroes. Quito y sus célebres personajes populares*, Colección Memoria, No. 4, Quito, Taller de Estudios Andinos, 1999, p. 74.

metían un error e imprimían algunos cientos de rollos con un dibujo fundamentalmente malo, que no comprarían en Inglaterra ni en sus mercados usuales, se vendían fácilmente en Quito, donde tenían el gran mérito de ser importados y el mérito secundario de no tener nada que ver con los buenos principios de decoración de paredes.

El gusto arquitectónico de los sectores pudientes se legitimó y se impuso al mismo tiempo como modelo a seguir, contagiando rápidamente a los sectores medios. Así lo evidenciaba la construcción de viviendas para empleados de alto estatus asumido por el Estado en el mismo sector de La Mariscal, en la «Ciudadela Bolívar». Al respecto Franklin (1945: 125) destacaba: «hasta las casitas construidas en serie por la Caja de Seguros se han contagiado con la fiebre de grandeza, y en sus modestos muros revocados hay contrafuertes góticos de piedras sin pulir». Ante otro conjunto residencial de este tipo, Bemelmans (1941: 41) expresaba:

En medio de un soberbio paisaje, que difícilmente puede igualarse, un ambicioso constructor ha levantado dos hileras de casas mirándose frente a frente; como una veintena de ellas, idénticas como conejos, construidas de piedra pintada de rojo, con líneas blancas cuidadosamente tiradas, que dividen la sangrienta superficie para darle apariencia de ladrillos. Cada una de las casitas tiene el mismo número de ventanas, la misma puerta, y la misma mata de hierba a derecha e izquierda de la entrada. Es una compañía inmejorable para el descorazonamiento de una angustiada calle en el distrito carbonero de Pensylvania.

Frente a este alarde de inautenticidad que ofrecían las viviendas de la «gente decente» de Quito, Franklin resalta que:

Toda la belleza arquitectónica de la ciudad está en el Quito del pueblo. En primer lugar le pertenecen las grandes iglesias; su devoción, sus «reales» y su trabajo es lo que ha hecho que estos monumentos barrocos de apasionada fe, tengan existencia. En segundo término, sus hogares y sus barrios ofrecen el encanto de los tres motivos artísticos que más se repiten en Quito; las empinadas calles empedradas con guijarros, las paredes blanqueadas sin ventanas, con altos balcones y aleros salientes, y los ángulos, sin orden ni concierto, de los rojos techos de teja (Franklin, *ibid.*, 123).

Por otro lado, mientras en las calles y plazas del Quito del pueblo rebozaban de vida y actividad gracias a las cotidianas escenas tradicionales y ruralizadas que convivían con otras típicamente urbanas y modernas, el Quito de la gente decente, sus barrios residenciales, barrios básicamente dormitorios, lucían silenciosos, transmitiendo soledad. Por estas razones y por el seu-

do barroquismo de su arquitectura, el negro humor quiteño llamó a la Mariscal el «cementerio de los vivos».²⁴

El cambio en las costumbres de habitación para los grupos subordinados, sucedió impulsado por la formación de barrios obreros en la década de los treinta, al sur de la ciudad vieja (Villa Encantada, Santa Ana, La Loma, Chimbacalle, Vicentino de Chiriacu) y la construcción de conjuntos habitacionales para los empleados públicos a partir de la década de los cuarenta (Allpahuasi, Villa Flora, Belisario Quevedo).

En fin, la ciudad a finales de la primera mitad del s. XX ofrecía una atmósfera de cambio y transición, una panorámica que evidenciaba abigarramiento, convivencia, conflicto y articulación del mundo rural con el propiamente urbano, de la modernidad y el mundo colonial, dando lugar a un nuevo paisaje que al decir de Icaza (1986: 35) resultaba:

Mezcla chola –como sus habitantes– de cúpulas y tejas, de humo de fábrica y viento de páramo, de olor a huasipungo y misa de alba, de arquitectura de choza y campanario, de grito de arriero y alarido de ferrocarril, de bisbiseo de beatas y carajos de latifundista, de chaquiñanes lodosos y veredas con cementos, de callejuelas antiguas –donde las piedras, las rejas, las espadañas coloniales han detenido el tiempo en plena aldea– plazas y avenidas de amplitud y asfalto ciudadanos.

4. LA ALIMENTACIÓN

La alimentación diaria de las gentes de Quito sufrió cambios significativos en la primera mitad del s. XX, sin embargo fueron los sectores populares quienes salvaguardaron gran parte de las tradiciones culinarias, a pesar de que muchas familias de este sector involucradas en un proceso social ascendente estuvieron dispuestas a una renovación total en sus costumbres alimenticias.

De todas maneras, a inicios del s. XX la alimentación en las casas de los pobres y los ricos conservaban aún características tradicionales.

Para entonces el modelo de alimentación generalizado en la sociedad constaba de 3 comidas en el día: desayuno, almuerzo y merienda. Se desayunaba café en leche, pan con mantequilla y queso. En el almuerzo se servían las típicas sopas y coladas de acuerdo al día de la semana: arroz de cebada los

13. Jaime Vega Salas, *Reminiscencias (en busca del Quito perdido)*, Quito, Gráficas Ortega, 1996, p. 27.

lunes, sancocho los martes, timbushca los miércoles. De noche se servía el chocolate con queso y un pan grande llamado «huaco»²⁵ (Puga, 1991: 295).

El estudio realizado por Pablo Arturo Suárez en 1934²⁶ sobre la alimentación de los sectores populares, establecía que la dieta de los mismos era rica en hidratos de carbono y pobre en vitaminas, debido a que el almuerzo diario se componía fundamentalmente de las populares «coladas» (mazamoras de haba, arveja, harina de trigo, máchica, crema de zapallo, locro de zambo etc.), aunque en días festivos se preparaban comidas tradicionales que han perdurado hasta la actualidad. Entre éstas se destacaban: el sancocho, la sopa de quinua con carne; otras menos conocidas como: el sango de quinua, ají de queso o chuchuca con carne de puerco. En las casas de los ricos, entre los platos especiales sobresalían: el ajiaco o la «polla ronca»; el «puchero» que consistía en un caldo espeso con huevo batido, zanahoria blanca, camotes, coles, pedazos de tocino, acompañado de un plato de fruta (duraznos, peras, etc.);. Entre los postres se destacan: los bizcochuelos con espumilla y los ponches.

Entre las bebidas que se servían en los hogares pudientes y en ocasiones especiales se destacaban: la chicha de morocho, de cebada y sobre todo el rosero. Esta era la bebida de Corpus en las casas señoriales. Las familias acomodadas solían convidarse unas a otras con rosero, el mismo que se enviaba con las sirvientas de la casa, en valiosas y gruesas garrafas de cristal de roca de variados relieves o en artísticos jarrones. El rosero era bebida de ricos porque requería de variados ingredientes a más del maíz blanco, como frutas, agua de azares, canela, etc. a la vez que exigía una esmerada elaboración. Por ejemplo se pelaban los granos de maíz grano tras grano, desprendiendo su pequeña almendra; se requería además purificar afanosamente el agua, perfumándola con azahares, canela y otras especies. Finalmente se adornaba la bebida con hojas de naranja picada en forma de diminutos corazoncitos y otras figuritas. Para esa misma fecha, en las casas de los pobres se prepara el «champús», una especie de mazamorra algo fermentada con pedacitos de naranjilla y piña revuelta con maíz cocido (mote).

Es necesario destacar que todos los alimentos hasta aquí mencionados eran propios de la región centro-norte de la Sierra. Por esta razón, la mayoría de inmigrantes pertenecientes a esta región, estaban plenamente familiarizados con ellos y con las comidas populares que se servían en chinganas, fondas y picanterías: cariucho, mondongo, hornado, perrito, yaguarlocro, tortillas de papas, fritada, tripa mishque, caucara, empanadas de morocho, tamales,

14. Alfonso García Muñoz, «Viva el carnaval», en E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, 4a. ed., Quito, Librería Cima, p. 249.

15. Gonzalo Zaldumbide, «El quiteño detesta a Quito», en E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia, op. cit.*, p. 205.

chigüiles, mote o «cosas finas». Sin embargo, tanto los cholos como los chullas tenían mayor preferencia por uno u otro plato. El Cariucho, una especie de guiso de carne (pollo, res o cuy) con papas y ají, fue sin duda el plato más valorado por los cholos; mientras que el mondongo, una especie de cazuela que se la hacía con patas de res sazonados con mote y maní y acompañado de empanadas de morocho y tamales de maíz,²⁷ lo era de los chullas. Entre otras razones porque se consideraba ayudaba a reponerse del chuchaquí o de la resaca que producía al otro día la ingestión de alcohol al que eran muy propensos los chullas en su vida de bohemia.

Los lugares en que se ofrecían estos platos no eran muy higiénicos. Los utensilios del servicio no se lavaban y la gente se amontonaba. El aspecto de los sitios de comida popular era repugnantes. Icaza (1986: 59) al describir una típica fonda de Quito lo evidencia claramente:

fogón a la calle, marco de hollín a la puerta, montones de aguacates y cazuelas con ají sobre el mostrador teñido de mugre, mesas y bancos rústicos por la penumbra de los rincones, altas telarañas, negras de humo las paredes, luz velada por manchas de sucio amarillo que dejaron las moscas.

De ahí que el Dr. Pablo Arturo Suárez, Director General de Sanidad Pública, sugiriese al Municipio la construcción de un comedor público como «una obra social de protección de la alimentación barata y al mismo tiempo higiénica». Acogiendo esta sugerencia el Municipio inició en 1927 la construcción de un comedor para obreros en la Av. 24 de Mayo.²⁸ Posteriormente se creó el Comedor de Obreros situado en Chimbacalle (1938), el Comedor para Estudiantes (1946) y 5 adicionales en diversos barrios de Quito, lo que evidencia el notable éxito que tuvieron.²⁹

De esta manera, el Municipio a través de los comedores populares intervino abiertamente en el cambio de costumbres alimenticias así como en el de las maneras de mesa en los sectores populares. Por ejemplo se conoce que en el Comedor Obrero de Chimbacalle se enseñaba «buenas costumbres»: uso del mantel blanco, cubiertos y comida balanceada e higiénica (Goestchel, 1992: 338).

16. Justino Cornejo, *El Quichua en el Ecuador*, Quito, Publicaciones de la Academia de la Lengua, 1967, p. 37.

17. Albert Franklin, *Ecuador, retrato de un pueblo*, Buenos Aires, Claridad, 1945, p. 121.

18. Jorge Icaza, *En las calles*, El Conejo, 1985, pp. 17, 55; y *Cholos*, Colección Antares, Libresa, 1990, p. 14.

19. Informe del Dr. Peñaherrera V., Municipio de Quito, *Gaceta Municipal*, año XVIII, No. 67, Quito, septiembre 30 de 1933, p. 129.

A manera que transcurría el s. XX la intervención del Municipio sería más drástica y directa. Así por ejemplo en la década de los cincuentas, específicamente en 1954, el diario *Últimas Noticias* informaba en un titular: «Móteras van a la cárcel». En el mismo se señala: «en defensa de la salubridad pública, de la decencia y cultura de la capital, los guardias sociales del Municipio, atendiendo al clamor de quienes se interesen por el prestigio y mejoramiento de la ciudad, han iniciado una campaña de recogimiento de vendedores ambulantes», es decir, de aquéllas que en otro artículo del mismo año se llamaba: «anfiteatro de mujeres indias que venden motes, fritadas y otras saladas golosinas aborígenes».³⁰

Los empleados públicos de bajo rango y los chullas interesados en absorber el refinamiento de los sectores pudientes y usarlo como signo de distinción frente a chagras y cholos, soñaban con cambiar las comidas diarias de los pobres: arroces de cebada, timbushcas, mazamorras de maíz o locros de cuero, con los platos del gusto burgués: «consomé, ensaladas a la turca, emparedados rusos, timbales a la veneciana...», mientras seguían frecuentando las chinganas y fondas en las frías madrugadas o al final de las tardes, con sigilo y algo de vergüenza (García Muñoz, *ibid.*, 201).

La «gente decente», por su parte, desde el arribo del tren fue incorporando en su alimentación nuevos ingredientes y alimentos que llegaban desde Europa, sobre todo enlatados de origen español e italiano (conservas de salmón y atún) así como vino francés y demás golosinas europeas. Bodegas como las del Sr. Latorre ubicada en las calles García Moreno y Rocafuerte, se convertirán en la década de los treinta y los cuarenta, en los sitios preferidos de provisión de los sectores altos y medios, capaces de gastarse en una sola visita a la bodega 200 sures, equivalente al mes de sueldo de un funcionario de escalafón mediano.³¹

La extensión del gusto gastronómico de los sectores altos de Quito se debió también a la presencia de restaurantes elegantes que ofrecían platos gourmet, especialmente pertenecientes a la comida francesa, en ritos sociales particulares como los Dinner Concert.

20. Raúl Andrade, «La casa de los 7 patios», en E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia, op. cit.*, p. 318.

5. LAS INDUMENTARIAS

La vestimenta fue una de las prácticas culturales sometidas a una de las variabilidades más dinámicas en el período de estudio. Pues, desde inicios del s. XX se empezaron a dar cambios significativos.

Las modificaciones que se operaron a nivel de las relaciones sociales en la primera mitad del s. XX, contribuyeron poco a poco y a medida que avanzaba el siglo a desorganizar las formas tradicionales de identificación y diferenciación establecidas mediante el vestido. La alta competitividad entre los actores, sumada a la discriminación y el racismo reactivados por la migración determinó que la apariencia personal sea un requisito básico para recibir no solo buen trato sino tener oportunidad de dinamizar el ascenso social. De esta manera, los grupos ubicados en los estratos inferiores de la jerarquía social y asociados con el mundo rural e indígena, buscaron modificar su vestimenta para sortear y enfrentar la estigmatización de que eran objeto.

No cabe duda que a inicios del s. XX las vestimentas tenían un rasgo no solo social sino étnico. Olano refería que en el Quito de ese entonces a cada grupo socioétnico le correspondía un vestido particular. Señalaba que en las calles principales y centrales de Quito como la carrera Venezuela predominaba el tipo de dama y caballero vestido a la europea. Más allá, era posible ver al «petimetre que exagera las características de la moda parisién»; los yumbos que apenas llevaban un ligero calzoncillo; los indios de Zámbez con su cabellera larga y la pulcritud de su vestido: calzoncillo corto de lienzo, ruana o poncho de lana siempre encarnado y sombrero de fieltro gris; a los albañiles con el cabello recortado y pantalón largo «signos de supremacía»; o a las bolsiconas o cholitas que vestían de bayetón y «ostentan en orejas y gargantas ricos y vistosos perendengues».³²

Los sectores dominantes desde la época colonial siempre vistieron al estilo europeo, sin embargo la evolución en el vestido por cuestiones de moda empezó a inicios del s. XX. A partir de entonces se implantó una nueva costumbre en los estratos altos y medios: el cambio frecuente de vestido, considerado en tiempos anteriores como un lujo excesivo.³³

Los sectores dominantes tenían muy claro que lucir un vestido lujoso y costoso otorgaba reputación y jerarquía, es decir, distinción; pues el vestido a la moda y al estilo europeo otorgaba el estatus socioétnico de «señor» o «ca-

21. Eduardo Kigman, «Quito, vida social y modificaciones urbanas», en *Quito a través de la historia*, Dirección de Planificación del I. Municipio de Quito / Consejería de Obras Públicas y Transportes / Junta de Andalucía, Quito, pp. 142-143.

ballero» equivalente a la categoría etnorracial de «blanco». Por esta razón muchos cholos o chagras adinerados, a través de la indumentaria de caballeros buscaban afianzar la nueva posición social alcanzada. Casos como estos aparecen con frecuencia en la literatura icaciana, como aquel personaje de la novela *En las calles*, Rafael Urrestas, que de pequeño comerciante rural devino, gracias a ciertas circunstancias ventajosas, en exportador de sombreros. Entonces sucedió que:

aquel chagra a la vuelta de su primer viaje al extranjero, saturado de aire marino y de civilización dejó el poncho y las alpargatas en la posada de los Manosalvas –alias el Colegio de los Burros–, y, luciendo zapatos de becerro comprados en las Cuatro Esquinas y vestido de casimir, volvió al pueblo hecho un caballero; aquel ‘caballero hechizo’ –broma sarcástica de sus amigos ante la transformación paramental (Icaza, 1985: 30).

Ya desde inicios del s. XX, entre los mestizos de la ciudad, artesanos, empleados públicos o privados, apareció una obsesión por lucir como caballeros, aspecto que se consideraba indicador inequívoco de urbanidad y símbolo de distinción frente a los campesinos e indígenas. De ahí que hombres de pueblo muy conocidos en la ciudad como fue el caso de don Canuto Silva quien se ganaba la vida enseñando a jugar billar, a más de realizar su trabajo de plomero, carpintero y paraguero, hacia estas labores sin sacarse el sombrero coco, con sus zapatos-botines sin amarrarse los cordones y el paletó puesto, aunque éste carecía de mangas.³⁴

En estas circunstancias los almacenes que alquilaban trajes, llamados en ese entonces «guardarropías» se volvieron negocios prósperos, ante la demanda de la gente del pueblo y del campo que buscaba un traje de señor, y sobre todo –como señala el dueño de una guardarropía en la novela *El Chulla Romero y Flores* (Icaza, 1986: 41)– gracias a la «urgencia cotidiana de una gamonalismo cholo que creyéndose desnudo de belleza y blasones busca a toda costa cubrirse con postizos remiendos», con el propósito de «cubrir a medias el vacío angustioso de las gentes que no se hallan en sí».

En las guardarropías se alquilaban trajes de frac, sobretodos, blusas, capas, pellizas, abrigos, sacos, pantalones, levitas, chales, corpiños, etc. junto con los disfraces para la fiesta de inocentes, famosa en la época: pierrots, colombinas, napoleones, payasos, arlequines, odaliscas, nerones, frailes, generales, piratas o monjas.

A las guardarropías se acudía sobre todo cuando había un compromiso social de por medio. La clientela asidua que buscaba un traje de caballero

22. Ludwing Bemelmans, *El burro por dentro*, 1a. ed., Quito, Editorial Moderna, 1941, p. 40.

incluía a chagras y chullas, a latifundistas y funcionarios públicos. Todos estos personajes buscaban aparentar un estatus social inexistente, sobre todo los chullas, la mayoría de ellos subempleados o en el mejor de los casos adscritos a la baja burocracia, los mismos que a través del vestido buscaban ostentar o aparentar una situación pecuniaria o una capacidad adquisitiva inexistente. El vestido de señor o caballero fue para el chulla un instrumento de distinción frente a los sectores populares de origen rural y provinciano, de ahí que el traje de sastre antes que su indumentaria diaria constituyó uno de los rasgos simbólicos que lo identificaban.

En fin «los sueños de caballero» del chulla –como bien lo define Icaza (1986: 9)– se manifestaban en la «preocupación enfermiza del chulla futre: pulcritud de plancha en solapas y dobleces, fino escamoteo de remiendos, corbata de lazo, pañuelo al pecho».

En el transcurso de la primera mitad del s. XX y de acuerdo a la evolución de la moda, el futre quiteño uso sombrero de coco, chistera (un sombrero de copa alta), buche, hongo o los populares «pance burros», jaquet, leva, chaleco, americana, bufanda, clavel o pañuelo al pecho, corbata, prendedor, gemelos, pantalón de fantasía, paletó o gabán largo, sobretodo, botainas, etc. Y a pesar que la pobreza cercaba al chulla, éste siguió luciendo como caballero y a la moda, sin importar que en muchos casos, en vez de camisas solo se usasen cuellos y puños de celuloide o pecheras amarradas con piolines, levitas que habían sido reviradas, pantalones remendados y sombreros vueltos a teñir.

De todas formas, el vestido no logró cubrir del todo la herencia rural o indígena de chullas, pequeños burgueses, latifundistas o funcionarios públicos. Cuando en las reuniones sociales las formalidades se distendían, sucedía lo que Icaza describe en el baile anual de las Embajadas en Quito:

poco a poco se ajaron los vestidos –en lo que ellos tenían de disfraz y copia–. Poco a poco se desprendieron, se desvirtuaron –broma del maldito licor–. Por lo pliegues de los tules, de las sedas, de los encajes, del paño inglés, en inoportunidad de voces y giros olor a mondonguería, en estridencia de carcajadas, en tropicalismo de chistes y caricias libidinosas, surgió el fondo real de aquellas gentes chifladas de nobleza, mostró las narices, los hocicos, las orejas –chagras con plata, cholos medio blanquitos, indios amayorados–. Rodaban por los rincones, por el suelo, sobre sillas y divanes –plaza de pueblo después de la feria semanal... (Icaza, 1986: 46-47)

Este pasaje destaca la misma situación que sale a relucir en un momento previo a dicho acontecimiento. Después que el Chulla Romero y Flores ha alquilado un traje de lord inglés para acudir a la fiesta, sale en taxi en busca de su pretendida Rosario, quien a su vez ha alquilado un traje de princesa. Sin

embargo al bajarse del taxi y sin darse cuenta: «lleno de explosiva impaciencia silbó como un soldado a su guaricha, como un arriero a sus mulas» (Icaza, 1986: 44). Este comportamiento totalmente fuera de tono con lo que la vestimenta del chulla buscaba aparentar indica la irrupción de un comportamiento automatizado que no pasa por la conciencia intencional y que tienen un arraigo profundo en las conductas de los individuos en tanto se ha adquirido e inculcado en las etapas tempranas de socialización. Se trata de un claro ejemplo de lo que Pierre Bourdieu ha llamado *habitus*.³⁵ Este pasaje y el arriba citado nos muestran como la presencia de los *habitus* se vuelve explícitos de improvisto, evidenciando las verdaderas procedencias socioétnicas que los personajes icacianos buscan disimular u ocultar asumiendo poses de refinamiento.

A medida que avanzaba el s. XX y para el caso de los llamados longos y cholos, se fue haciendo cada vez más difícil establecer su clasificación a través de la vestimenta debido a las mutaciones étnico-culturales y las movilizaciones sociales que protagonizaron. Así por ejemplo se sabe que cuando los indios de poncho, cotona, calzón de liencillo y hoshotas entraban a trabajar en las fábricas, estas prendas eran substituidas por el vestido de casinete, gorra y zapatos (Icaza, 1985: 89).

La descripción de la indumentaria de los cholos dada por la literatura realista y costumbrista no establece con exactitud el tipo de prendas que usaban éstos. Lo que parece claro es que en los cholos (y probablemente también en los longos), las mujeres se mostraban más conservadoras en la vestimenta que los hombres. Por esta razón, los escritores del período tienden a destacar las prendas de la indumentaria femenina antes que la masculina. García Muñoz solo destaca como prenda singular de los hombres, el sombrero, mientras que Icaza además de esta prenda señala al anillo de acero y el diente de oro. Según el primero, el sombrero de los cholos es de paja, particularmente en el caso de los albañiles. Para Icaza en cambio, el sombrero de los cholos es de paño e igual en su forma al de los señores, diferenciándose del de éstos solo en su calidad y porque el de los cholos lucía por lo general sucio, seboso y desplanchado (Icaza, 1985: 22).

Entretanto en la descripción de la indumentaria de las cholas que realiza Icaza, se pueden encontrar más cantidad de prendas de uso exclusivo. Así por ejemplo destaca que las cholas cocineras en la década de los treinta usaban chalina otavaleña, vestido de buena tela y zapatos bajos, mientras que las cholas del mercado solían llevar follones de bayeta, pañolón en los hombres y peinadas con trenzas amarradas con pabilo (1986: 32; 1985: 113). Blair Ni-

23. Raúl Andrade, «Elegía de la Chullita» y «Lienzo mural en Quito de 1900», en E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, tomo 2, 3a. ed., Quito, Librería Cima,

les una visitante norteamericana de la ciudad en la década de los veinte, en cambio señala que una chola que colaboraba con los frailes franciscanos en el reparto de comida a los mendigos del convento, llevaba centro de bayetilla, pañolón vistoso y brillante.

En este sentido y a medida que avanzaba el s. XX cada vez se torna más difícil establecer las prendas típicas en longos y cholos. Y las razones que explican este hecho no tienen que ver solo con el deseo de neutralizar a través del cambio de vestido la estigmatización racial y étnica de que eran objeto, sino las nuevas normas de urbanidad dictaminadas por el Municipio. Pues, éste en función de su política de higienización y sanidad pública, obligó a partir de la década de los veinte a muchas cholas verduleras, a cambiar su indumentaria de centro y mantas de bayeta por batas y mandiles, en beneficio del concepto de limpieza.³⁶

Por estas razones se puede afirmar que el vestido que portaban tanto longos, cholos o chullas, poco a poco dejó de constituir un rasgo definitorio. La homogeneización del vestido paulatinamente fue imponiéndose. Prendas de vestir que permanecieron durante un tiempo considerable como rasgos de identidad grupal desaparecieron por virtud de la emulación social y el dictamen de la moda. Así por ejemplo, el Sr. Manuel Bonilla sombrerero de la Plaza del Teatro contaba que los sectores medios y altos dejaron de usar el sombrero a partir de la década de los cuarentas cuando por esos años llegó a Quito un italiano que fue funcionario de la embajada de su país, el mismo que al pasear frecuentemente por la ciudad sin sombrero, impuso su costumbre como una moda, al ser seguido de inmediato por los señores pudientes y luego por las capas medias.³⁷

Ante esta situación y a mediados del s. XX, fue frecuente oír a los cronistas de la ciudad lamentarse por la pérdida para siempre de algunas prendas de vestir propias de los quiteños, como la manta de burato de la chullita o las polleras de vivos colores de la bolsicona.³⁸

1993, p. 15.

24. Nicolás Kigman, «La ciudad de los recuerdos», en E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, 4a. ed., Quito, Librería Cima, 1991, p. 1991.

25. Miguel Puga, *Crónicas del Quito antiguo*, Colección Amigos de la Genealogía, Quito, 1991, pp. 294-296.

6. ESPACIOS DE SOCIABILIDAD, FORMAS DE ESPARCIMIENTO Y DIVERSIÓN

En la primera mitad del s. XX se asiste a un cambio de los tradicionales espacios de sociabilidad así como de las viejas formas de esparcimiento y diversión. Si a inicios de siglo la vida vecinal aparece fuertemente arraigada en los pobladores de la ciudad, en la década de los cuarentas ésta se ha restringido notablemente. Para entonces, la vecindad es una relación observada solo en los sectores populares. Esta se manifiesta ya no a nivel de barrios sino dentro de los conventillos, entre las familias de inquilinos que los habitan.

A medida que avanza el s. XX, aquella vida barrial en la cual los vecinos compartían las penas y las alegrías se torna cada vez más cosa del pasado. Atrás van quedando aquellos tiempos en que los vecinos no faltaban al momento de celebrar los acontecimientos familiares (bautizos, matrimonios, santos o festividades religiosas), ni a la hora de un duelo o enfermedad. Sobretodo en este último caso, cuando se realizaban los llamados «viáticos», es decir, la procesión del Santísimo desde la iglesia hasta la casa del enfermo (Vázquez, 1988: 212).

A partir de la década de los veinte y debido a la creciente visibilidad de los migrantes y los chullas, esquinas, plazas y parques relevan en importancia a los viejos patios, portales y zaguanes. Dichos espacios se convierten ahora en lugares de encuentro, sociabilidad y tertulia, sobre todo las esquinas en donde se corteja a las señoritas o se embroma con los amigos. Allí se desarrolla la inventiva para el chiste ligero e improvisado que se denominará «sal quiteña». «Parar en la esquina»³⁹ se llama a esta forma de pasar el tiempo. De ahí que esquinas como la del Teatro Bolívar, la Botica Pichincha (Guayaquil y Esmeraldas) o la Sábana Santa (Guayaquil y Oriente), y sitios como la Plaza Grande y la Plaza del Teatro, se convierten en lugares emblemáticos de parada de los chullas (Kanela, 1999: 73).

Sin prisa pero sin pausa la secularización de la sociedad avanza. Si a inicios del siglo XX la vida religiosa dominaba sobre la secular, a mediados del mismo empieza a suceder lo contrario. En las ritualidades eclesíásticas cada vez menos participan los jóvenes, los hombres y los burgueses. A las nuevas generaciones de los sectores medios y altos ya no les interesa mayormente los sermones de los curas de la ciudad, los mismos que en las primeras décadas del s. XX daban tanto que hablar como las estrellas del cine lo harán en

26. Pablo Arturo Suárez, *Contribución al estudio de las realidades entre las clases obreras y campesinas*, Quito, Tipografía L. I. Fernández, 1934, pp. 20-25.

las décadas de los treinta y los cuarenta. Asimismo los confesores familiares van perdiendo influencia y presencia.

La religiosidad parece más evidente en los grupos populares. Las cholas del mercado por ejemplo todas las mañanas realizan sus prácticas devotas: misas, rezos, rogatorias, antes de iniciar su trabajo que dura hasta la tarde. La peregrinación al Quinche del 19 y 20 de noviembre convoca a miles de devotos humildes. Se trata como señala Franklin (1945; 114-115) de «una reunión sagrada del pueblo. No hay intrusos. No hay ricos automóviles ruidosos, radios chillonas, *gente decente* que perturbe».

En las famosas procesiones de Corpus, Viernes Santo, de la Virgen del Rosario, la Merced o el Domingo de Ramos, cada vez aparecen menos jóvenes de las capas medias y altas. Para ellos dichos eventos han dejado de constituir la ocasión de lucir sus trajes más elegantes como lo fue a inicios del siglo. Época en que luego de las procesiones, las familias pudientes acostumbraban a celebrar reuniones familiares y tertulias en sus casas, al mismo tiempo que compartían el «rocero» una bebida costosa y de compleja elaboración (Vásquez, 1988: 230). A partir de la década de los veinte también se vuelven menos frecuentes las retretas en la Plaza Grande y la consiguiente costumbre de las familias acomodadas de pasear mientras la banda militar tocaba (Vásquez, *ibíd.*, 230).

Incluso tradiciones muy arraigadas como el rito de «rodear monumentos» en la Semana Santa o la tradición de los nacimientos fueron decayendo a mediados del s. XX. El primero consistía en las visitas que las familias solían hacer a siete iglesias rezando la estación mayor, al mismo tiempo que miraban las escenas escultóricas y las decoraciones alusivas a la época que realizaban las diferentes iglesias. La tradición de los nacimientos en cambio consistía en la elaboración de belenes a propósito de la Navidad, siendo los más destacados algunos de los que se exhibían en las casas de las familias pudientes.

A diferencia de las festividades religiosas, las celebraciones tradicionales de carácter profano como el carnaval y el día de inocentes siguieron teniendo una presencia vigorosa en el período de estudio.

El carnaval, la fiesta del agua en el mundo andino, fue y es una fiesta propiamente popular mal vista por los sectores dominantes, ya que la finalidad del mismo es hacer tabla rasa de los escalafones sociales, irrespetando las posiciones y las jerarquías. Por la violencia del juego, la algarabía y el anulación de las diferencias, fue considerado por los grupos hegemónicos como un hecho amenazante y tildado de juego bárbaro, de ahí que desde el s. XIX, éstos empezaron a clamar por su «civilización». Los sectores dominantes, a través de las instituciones coactivas del Estado, tomaron «medidas» para impedir y reprimir abiertamente el juego. Dichas «medidas» iban desde su pena-

lización hasta la represión abierta. Pues, en las décadas de los veinte y los treinta fue muy común que saliese el batallón Yaguachi para atacar con sablazos a quienes jugaban, mientras las familias acomodadas salían de la ciudad para refugiarse en sus quintas de campo. En 1948 y 1952 el gobierno de Galo Plaza promovió las comparsas y carros alegóricos, con el propósito de substituirlos por el juego del agua. Sin embargo esta iniciativa duró solamente el tiempo de su período presidencial (Vega 1996: 57-61).

De todas maneras, y a pesar de resistir el embate de las acciones represivas de los grupos dominantes, el juego del carnaval quiteño no se vio exento de cambios. Ritos como la guerra de barrios, muy común en el s. XIX e inicios del XX se extinguieron. En su lugar aparecieron las invasiones de casas que se realizaban dentro de los mismos barrios y entre vecinos o la llevada al grifo aplicada contra los transeúntes. Asimismo los cascarrones confeccionados con cera y rellenos de anilina o agua de rosas fueron substituidos por los globos de hule o «bombas».

Por su parte, la fiesta de inocentes, evento exclusivamente quiteño, fue una celebración que se generalizó en la ciudad desde la segunda mitad del s. XIX hasta la década de los cuarenta del siglo posterior, tiempo en que se perdió definitivamente. En la fiesta participaban todos los sectores y estratos de la sociedad quiteña. Se trataba de una mascarada generalizada. Los disfraces más importantes fueron en un principio el «payaso chorizo», los «belermos» y las «viejas chuchumecas». A partir de la década de los veinte, serían los «chapas» y «chagras», etc. (García Muñoz, 1937: 52-53). Los disfrazados se concentraban en determinados espacios de esparcimiento para bailar al ritmo de las bandas de pueblo y participar en concursos de disfraces, comparsas y bailes. La fiesta duraba desde el 28 de diciembre hasta el 6 de enero.

Si bien en las primeras décadas del s. XX, la fiesta de inocentes daba la impresión de ser una fiesta democrática en la que participaban y se mezclaban los ricos con los pobres compartiendo los mismos espacios, a medida que avanzaba el siglo, los sectores pudientes empezaron a celebrar los inocentes de manera separada. De esta manera, en la década de los treinta y los cuarenta la gente «encopetada» solía bailar en el Hotel «Niza», el Hotel «Centenario», la Asociación de Empleados de Quito, el Hotel París y en salones de recreación como el «Ermitage», la «Resbaladera», «Italia» o «La Delicia». Mientras los sectores populares, artesanos y chullas, lo hacían en la plaza de Sto., Domingo, la plaza de toros Belmonte y luego en el coliseo de la calle Olmedo (Vega, 1996: 40-42).

En fin, el tiempo dedicado al ocio y al esparcimiento experimentó grandes cambios desde mediados de los años veinte. A partir de entonces se acentuaron y se reformularon las formas de recreación secular. El robustecimiento de las capas medias y el desarrollo del gusto burgués, dieron impulso

al desarrollo de formas recreativas nuevas como el cinematógrafo, el teatro y el hipódromo, junto con el apareamiento de bares y cabarets. De igual manera, se asiste al remozamiento de la cantina e íntimamente vinculada a ella, la afirmación de la llamada música nacional, sobre todo el pasillo.

Efectivamente a inicios del s. XX, se instaló en los sectores pudientes de manera definitiva la práctica de ir al cine que prontamente se convirtió en un rito social que permitía reconocimiento y estatus. Pues era la oportunidad de exhibir la ropa y el maquillaje de moda: polvo de arroz, ternos estilo sastre para señoritas, cuellos y pecheras para caballeros, sombrillas de fantasía y medias de seda; buches, velos, cocos y birloches. La entrada al cine era sumamente cara: 1,50 sucres la luneta cuando para entonces un quintal de papas valía 2 sucres.⁴⁰ Al comienzo por tanto, el pueblo quedó al margen de las salas de cine, aunque poco a poco la demanda de este sector determinó la creación de cines populares o de plateas diferenciadas (galerías) para seguir las películas de moda. De esta manera, en las décadas de los treinta y los cuarenta en Quito, existían salas de cine para los ricos como El Edén y el Teatro Bolívar, y salas de cines populares como: El Puerta del Sol y El Popular, en los cuales y a diferencia de los primeros la entrada solo valía 4 reales.⁴¹ En dichos espacios la forma de comportarse del público era totalmente diferente. Si en las salas de los cines caros, sobresalían los comportamientos galanes y los modales burgueses, los cines populares se destacaban por la algarabía y los desmanes de los concurrentes en un entorno de poca higiene, pues allí proliferaban las pulgas e incluso las ratas.

Otro sitio de recreación básica de los sectores acomodados fue el hipódromo. Para la década de los treinta existían dos hipódromos en la Av. Colón: el hipódromo Mantilla y el hipódromo Miranda. El más afamado fue el primero y en él se realizaban carrera de caballos todos los domingos para «la flor y nata de la ciudad» que acudía religiosamente (Vega, 1996: 230).

A la par con estos dos lugares de entretenimiento, en la década de los veinte, el teatro se renovó con el surgimiento del llamado «Teatro Nacional». Para ese entonces se formaron las primeras compañías nacionales entre las que destacaban la de Marina Moncayo, Jorge Araujo y Carlota Jaramillo. Estas compañías escenificaban en ocasiones obras de los ya conocidos autores de la literatura nacional como Jorge Icaza. Además, los títulos y las temáticas reflejaban el espíritu de la época. Tal fue el caso de «Trabajo y honradez» obra muy popular de entonces. Posteriormente en la década de los 30, se formó la

27. Laura Pérez de Oleas, «Calé de tamales», en E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, tomo 2, 3a. ed., Quito, Librería Cima, p. 421.

compañía Gómez-Albán que popularizó la «estampa quiteña» y al personaje de Evaristo Corral y Chancleta. Con ella el teatro nacional conoció sus mejores días. En fin, los fundadores de todas estas compañías fueron empleados públicos y su audiencia eran fundamentalmente las capas medias (Durán, 2000: 94).

Este sector social fue a la vez el responsable del remozamiento de la cantina en las décadas de los treinta y los cuarenta. El auge de este lugar, en donde se consumía cerveza y aguardiente, sobre todo el famoso mallorca quiteño «Flores de Barril» (llamado también «guagua montado» por el logotipo de su etiqueta), se debió a la fuerte oposición que por razones de salubridad tuvieron las chicherías y guaraperías, y el deseo de las capas medias mestizas de distanciarse del mundo indígena. La cantina constituyó por tanto un signo de distinción frente a las guaraperías y chicherías de la época, cuyas dueñas, llamadas guaraperas o guarichas, fermentaban el guarapo y la chicha para su asidua clientela de indios y cholos, con puñados de picadillos repugnantes que incluían plátanos podridos, cadáveres de ratas, zapatos viejos y orines. Los indios bebían y dormían la borrachera en el suelo, en torno a cazuelas de chicha turbia, líquido que era recogido con pilches; mientras los cholos ocupaban las mesas largas y sucias, libando en jarros de lata (Icaza, 1986: 134-135). La cantina, en cambio era el sitio adecuado para empleados, chullas e intelectuales, que cómodamente sentados en torno a mesas particulares, compartían chistes y chismes, amenizados por melodías populares entonadas por los juglares de la época.

Si en las guaraperías sonaban ritmos como el yaraví o el sanjuanito, tocados por lo general por indios arpistas (García Muñoz, 1937: 181), en las cantinas de esa época se hicieron famosos los ritmos básicos de la llamada «Música Nacional»: albazos, pasacalles y, sobre todo, pasillos. Sin duda, el apogeo de éste último ritmo, resultado del feliz encuentro entre la cultura letrada (literatura y música) y la cultura cotidiana, se explica por la necesidad de refinamiento que buscaba el sector medio en emergencia, constituyéndose al mismo tiempo en su forma de expresión por antonomasia. Pues el carácter triste y dolorido del pasillo parecía recoger de alguna manera las frustraciones, valores y sentimiento de ese grupo social.

De esta manera, la cantina fue el ambiente propicio para el desarrollo de algunos de los principales exponentes de la Música Nacional. Así por ejemplo en el salón del «gordo» Quintana, en el actual Teatro Alhambra, empezó a cantar el «potolo» Valencia; la cantina de Don Angelito en la Olmedo y León permitió en cambio el desarrollo artístico a Bolívar «el pollito» Ortiz y del trío «Los Indianos»; «La Cueva del Oso» acogió a Homero Hidrovo; la cantina de «Mogambo» en la calle Olmedo, fue el sitio de concurrencia habi-

tual de los integrantes de las orquestas y conjuntos de la ciudad como: «Los locos del ritmo» o «los hermanos Salgado», etc. (Vega, 1996: 13-15).

Junto con la cantina, cobraron vigor en la ciudad los llamados bares ubicados fundamentalmente en los hoteles de lujo de la época: Hotel Froment después Savoy, Hotel Europa luego «Des Etrangers»; bares de clubs sociales como el del Club Pichincha o bares netos como El Bar Royal, El Hispanobar o L'Ermitage (Nicolás Kigman 1991: 199). Estos fueron sitios exclusivos de la naciente burguesía y en general de la llamada «gente decente». Junto con las bebidas importadas, whisky y brandy se escuchaba ritmos musicales extranjeros como el tango y sobre todo el jazz, como una clara manera de distinción y alternativa a la «música nacional», rechazada por la «gente decente», según Franklin (1945: 126-127) por ser un recuerdo de pobreza y sobre todo por ser ecuatoriana.

Por último, vinculado a la expansión de las capas medias se consolidaron los deportes y el fútbol en particular, el cual se popularizó en la ciudad en 1908 con la formación del «Sport Club Quito». Pues, en la ciudad decimonónica fuera de la pelota nacional y el juego de boliche no se practicaba nada más. En cambio desde inicios del s. XX se incorporó el box, la esgrima y la gimnasia, y paulatinamente en los veintes, se empezó a practicar el atletismo, el ciclismo, la natación, el básquet, el tenis, el golf y el volleyball (Vásquez, 1988: 232), en los cuales destacaron deportistas de una extracción social media.

7. EL SURGIMIENTO DEL ESTILO DE VIDA PROPIAMENTE URBANO Y DE UNA NUEVA CULTURA POPULAR URBANA

A partir de las prácticas culturas que hemos destacado, podemos inferir que en la primera mitad del s. XX surge en la ciudad de Quito un estilo de vida que puede llamarse propiamente urbano, conformado por valores y pautas de comportamiento que difieren ostensiblemente de los observados en el campo y en la ciudad decimonónica. Este nuevo estilo de vida se explica en función de la incidencia de los siguientes factores: la modernización del Estado, la modernización de la infraestructura urbana, la urbanidad como un nuevo plan civilizatorio y el afán de distinción de los sectores pudientes y medios sucedido en medio de un conflictividad cultural.

Sin duda, la implantación del Estado Laico y del liberalismo desde fines del s. XIX contribuyeron al cambio de la vida cotidiana, a través del im-

pacto que produjo leyes como la del Matrimonio Civil, del Divorcio y la Libertad de Cultos.

Por otra parte, la modernización del equipamiento urbano y su utillaje; canalización, agua potable, luz eléctrica, vehículos motorizados, tren, tranvía, convulsionaron la vida cotidiana. El agua potable y la luz eléctrica permitieron el arribo de la época del progreso y pusieron fin a situaciones típicas y hechos tradicionales como el uso de las pilas y el servicio de los aguadores, al mismo tiempo que precipitaron el declive de las leyendas mágicas sobre aparecidos (Vásquez, 1988: 209).

En tercer lugar, la puesta en marcha de un nuevo proyecto civilizatorio que podríamos llamar de urbanidad, ya que se basaba en la imposición de nuevos códigos culturales relacionados con la salubridad, la higiene, las buenas costumbres y el ornato, por parte de las instancias normativas y disciplinantes, sean públicas y privadas, fueron en gran medida los responsables del cambio de valores y pautas de comportamiento en los habitantes de la ciudad.

En la primera mitad del s. XX, el Estado ya sea a través de sus ministerios, comisarías, intendencias o el sistema escolar, así como la sociedad civil a través del mundo del trabajo o la prensa, se empeñaron en inculcar nuevas conductas en los habitantes. De esta manera, labores como la normatización del tráfico (peatones y vehículos); la puesta en marcha de medidas en favor de la sanidad pública como: el confinamiento y restricción de las guaraperías, la imposición de uniforme a las vivanderas, la obligación de colocar escupideras o WC en salones y negocios, o la persecución a las vendedoras de alimentos en la calles, junto con las campañas de vacunación o de difusión de manuales de higiene que aconsejaban el baño cada siete días o el cambio de ropa interior por lo menos una vez a la semana (Vásquez, 1988: 220), fueron claros ejemplos de este esfuerzo por inculcar nuevos valores y conductas.

A juzgar por algunos de los titulares del diario *Últimas Noticias* en la década de los 40: «Civilizando la vida de cocina de Quito, haríamos obra prodigiosa»; «no de tanto la mano, la urbanidad manda hablar menos por señas»; «la ciudad debe ser el hogar general de la educación y el buen gusto, ante todo»; «El higienista tiene que ser un héroe en batalla contra las malas costumbres»; «es tiempo de pensar seriamente en la higienización de la leche», no cabe duda que en este esfuerzo de urbanización colaboraron arduamente instituciones privadas como la prensa.

Por último, el surgimiento del estilo de vida urbano, se explica también por el afán de distinción o distanciamiento social de los sectores altos y medios. Estos sectores, ya sean para marcar su diferencia, afianzar la posición social alcanzada y evitar cualquier regresión social, asumieron prácticas culturales refinadas, muchas de las cuales fueron adoptados como modelos ejemplares a seguir o emular por ciertos grupos populares como los chullas.

No obstante y al mismo tiempo que emergía y se consolidaba un nuevo estilo de vida urbano, surgía y se afianzaba una cultura popular urbana de nuevo cuño. En efecto, los migrantes interioranos que llegaron en contingentes cada vez más numerosos a la ciudad de Quito en la primera mitad del s. XX, dieron origen a la formación de una nueva cultura, distinta de la cultura campesina, de la cultura urbana de cuño aristocrático e hispanicista o de la cultura burguesa propiamente dicha.

En primer lugar, su conversión de campesinos a residentes urbanos; de indios a longos, cholos o chullas modificó considerablemente el mapa cultural del país, dejando atrás el universo dicotómico indio / criollo de la sociedad premoderna e impulsando una competencia con la cultura importada por las clases altas y medias.

Esta nueva cultura popular urbana surgió a partir de: 1. ruptura de la sociedad rural; 2. liberación de la subjetividad del determinismo de la tradición; y, 3. una relación de conflicto y asimilación selectiva y de recreación de los valores de la cultura dominante. Todo lo cual condujo al cambio de orientaciones de valor, patrones conductuales y estilos culturales. En comparación con los campesinos, y a medida que avanzaba el s. XX, resultó notorio en los inmigrantes provincianos de Quito el descenso del tradicionalismo, fatalismo, pasividad, junto con el aumento relativo de su autoestima, confianza, apertura, racionalidad y activismo. Valores que se expresaron en comportamientos tales como: libertad de desplazamiento, aspiraciones de progreso personal y social o el surgimiento de una capacidad por el disfrute por la vida.

No cabe duda que los inmigrantes interioranos en la ciudad de Quito, iniciaron el fin de esa sensación generalizada de enraizamiento al territorio, de inmovilismo geográfico o de servidumbre al suelo natal que había caracterizado al mundo campesino e indígena hasta fines del s. XIX. Gracias a estas y otras corrientes migratorias que se suscitaron en la misma época en todo el país, lo lejano se transformó en cercano y lo desconocido en conocido. A partir de entonces surgió en los habitantes del Ecuador y de las ciudades en particular, la conciencia de que el territorio no solo separa sino que une, que los caminos y las calles no solo distancian sino que acercan, en fin, de que el territorio podía subjetiva y realmente conocerse, y que movilizarse a través de él era una primera forma de dominarlo. En fin, el espacio dejó de enfrentarse externamente como objeto de contemplación y ensimismamiento para transformarse en lugar de tránsito, estación de itinerario o espectáculo visual.⁴²

Esta vocación de desplazamiento espacial a la vez estimuló el deseo de movilización social, ya que la sociedad y sus jerarquías dejaron de verse co-

mo realidades amuralladas y por tanto inexpugnables. El chulla fue quien encarnó esta doble voluntad de movilidad, y en quien se destacó una aptitud desplazativa, que lo convirtió en deambulador paradigmático; en un sujeto que recorría de forma incesante las calles y plazas de la ciudad, al mismo tiempo que buscaba escalar socialmente de cualquier forma, dando lugar así a un arribismo y oportunismo social nunca antes visto. Todo esto sumado a sus escándalos, nomadismo, apariciones y reapariciones, explican su intenso protagonismo ciudadano y por tanto la ubicuidad que lo caracterizó. Sin embargo dichos comportamientos fueron a la vez actos de resistencia contra el anonimato, el olvido, la segregación residencial o la soledad, rasgos que fueron plenamente visibles en el Quito de la segunda mitad del s. XX.

Fue de esta manera como estos nuevos sectores subalternos, hicieron retroceder definitivamente a la ciudad señorial y su cultura aristocrática.

La primera mitad del s. XX fue una época de transición en términos sociales y culturales. Los valores y pautas de comportamiento presente en los actores urbanos transitaron de un estilo tradicional patriarcal a uno propiamente moderno. Poco a poco fue quedando atrás esa sociedad restringida, aislada, analfabeta, homogénea, con un fuerte sentido de solidaridad de grupo, en la cual la conducta predominante era tradicional, espontánea, acrítica y personal, sin costumbre de experimentación y de reflexión con fines intelectuales; esa ciudad en la cual la unidad de acción fue el grupo familiar y lo sagrado dominaba lo secular. En su lugar surgió una sociedad constituida por la individualización y la secularización. En efecto, la modernización de la sociedad urbana fue produciendo paulatinamente una segmentación de los papeles (fragmentación de las actividades) y multiplicando las pertenencias, mientras empezaban a predominar las relaciones sociales secundarias (a través de asociaciones) por sobre las primarias (contactos personales directos, fundados en la afinidad afectiva o la sangre, propios de las sociedades rurales o patriarcales), todo lo cual dio lugar a un estilo de vida moderno, basado esta vez en la individualidad y el individualismo; estilo de vida que se consolidó definitivamente en la segunda mitad del s. XX.

A manera de conclusiones

Referirse al Quito de la primera mitad del s. XX es aludir a una ciudad en transición y en permanente cambio. En este período, Quito deja de ser una urbe con caracteres provincianos para convertirse en una ciudad moderna. Es en este escenario y período que resurgen los apelativos «longo», «cholo» y «chagra» y aparecen los términos «chulla» y «gente decente», los mismos que pusieron en evidencia no solo la existencia de una conflictividad social con claros tintes racistas, sino fundamentalmente la existencia de procesos de cambio étnico, cultural e identitario, responsables de la transfiguración de los sujetos y la vida urbana.

Precisamente son estos tipos de cambios condicionados e inscritos en el marco de modernización urbana los que definen el fenómeno del llamado «mestizaje». Es decir, en el contexto andino y quiteño en particular, el mestizaje tiene que ver sobretodo con procesos de mutación étnica y transformaciones culturales antes que con situaciones de mezcla o miscigenación racial, que al suceder de manera muy limitada no pudieron definir al fenómeno.

La ciudad de Quito de la primera mitad del s. XX constituyó por tanto un escenario privilegiado de desarrollo y manifestación del mestizaje a través de sus dos variantes constitutivas: la cholificación y el blanqueamiento. Estrategias de movilidad y ascenso social de los grupos subordinados que permitieron el derrumbe de las sólidas barreras étnicas que separaban a indios, mestizos y blancos en la ciudad al mismo tiempo que impulsieron un continuo étnico de indio a mestizo conformado por diferentes grados de aculturación. Dichas estrategias provocaron a la vez la reconfiguración de la jerarquía social, en la medida que el criterio socioeconómico se convirtió en el principal referente de diferenciación social.

Aunque la cholificación y el blanqueamiento aparecen en los inicios de la época colonial, en el marco de la modernización urbana generan otros resultados. Sobre todo la cholificación que ya no crea tipos transitorios, inestables y efímeros candidatos a una occidentalización total, al ser víctimas del vaciamiento cultural de lo andino, sino que sienta las bases de una forma alternativa de ser y estar en la ciudad, es decir, de un sistema cultural en que lo andino se actualiza gracias al aprovechamiento de elementos provenientes de

otras culturas, dando lugar a lo que puede ser definido como «cultura chola» la misma que aparece hasta hoy día en plena competencia con las culturas de las clases medias y altas.

A pesar de la envergadura e intensidad que adquiere la cholificación en Quito, el apelativo «cholo» no logró superar del todo su carga estigmatizadora, esto es, la connotación de insulto o adjetivo peyorativo. En este sentido, el término «cholo» se quedó a medio camino de convertirse en autoalusivo o nombre identificativo. En su lugar el término «mestizo» se reforzó, desplazando definitivamente al primero en la segunda mitad del s. XX

En razón de lo analizado podemos advertir una limitación evidente en las ciencias sociales del país, la misma que tiene que ver con el tratamiento del mestizo como un sujeto preexistente, es decir, como una realidad dada y por tanto inamovible o estática, cuando la presencia de longos, cholos y chullas muestra lo contrario

En definitiva el presente estudio nos ha permitido evidenciar los problemas fundamentales que reviste el estudio del mestizaje en el contexto andino, los mismos que pueden clasificarse de la siguiente manera: 1. el proceso de constitución de los mestizos como una comunidad histórico-cultural, es decir, el problema de su etnogénesis; 2. el proceso de formación de la identidad mestiza, proceso que tiene que ver con la constitución de una voz mestiza, (el mestizo como enunciador histórico) y por tanto la construcción de un discurso sobre sí mismos; y, 3. la constitución de lo mestizo como un sistema cultural, es decir, como un modo propio de ser en el mundo plural andino.

Bibliografía

Publicaciones oficiales

- Banco Central del Ecuador. *Estadísticas económicas históricas 1948-1983*, Serie Estadística, vol. 1, Quito, BCE, 1988.
- Consejo Municipal de Quito. *Gaceta Municipal*, No. 15, 1927.
- *Gaceta Municipal*, No. 67, 1933.
- *Boletín General de Estadística*, Quito, Talleres Tipográficos Nacionales, 1934.
- *Gaceta Municipal*, No. 75, 1934.
- *Gaceta Municipal*, Nos. 80, 81, 1935.
- *Gaceta Municipal*, Nos. 82, 83, 84, 1936.
- *Gaceta Municipal*, No. 91, 1938.
- *Gaceta Municipal*, No. 102, 1942.
- *Gaceta Municipal*, Nos. 104 105, 106, 1943.
- Consejo Nacional de Desarrollo. *Población y cambios sociales. Diagnóstico sociodemográfico del Ecuador*, 2a. ed., Quito, UNFPA / Corporación Editora Nacional, 1989.
- Dirección Nacional de Estadística. *Ecuador en cifras 1938-1942*, Quito, Imprenta del Ministerio de Hacienda, 1944.
- Ecuador, República del, Poder Ejecutivo. *Informe anual que la Dirección Central de Estadística y Registro Civil presenta al Ministerio del Ramo*, Quito, Imprenta Nacional, 1922-23.
- *Informe de la Dirección General de Estadística, Registro Civil y Censo al Señor Ministro del Ramo*, Quito, Tip. Fernández, 1934.

Libros y artículos

- Alemán, Hugo. *Presencia del pasado*, Quito, Casa de la Cultura, 1953.
- Andrade, Carlos. *Los inolvidables*, Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1964.
- «Los refugios de nuestra adolescencia», en E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, 4a. ed., Quito, Librería Cima, 1993.
- «El auténtico Chulla Quiteño», en E. Freire y M. Espinosa (comps.), *Parias, perdedores y otros antihéroes. Quito y sus célebres personajes populares*, Colección Memoria, No. 4, Quito, Taller de Estudios Andinos, 1999.
- Andrade, Manuel de Jesús. *Andanzas de un colombiano*, Ambato, 1935.
- Andrade, Raúl. «Quito, monografía del tiempo perdido», en *Vistazo*, No. 43, XII-1964.

- «Agudeza y arte de ingenio», en E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, Quito, Librería Cima, 1990.
- «Elegía de la Chullita» y «Lienzo mural en Quito de 1900», en E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, tomo 2, 3a. ed., Quito, Librería Cima, 1993.
- Andrade Marín, Luciano. «Las guerras de guambras», en Miguel Puga, *Crónicas del Quito antiguo*, Colección Amigos de la Genealogía, Quito, 1991.
- Arcos, Carlos. «El espíritu del progreso: los hacendados en el Ecuador del 900», en *Clase y región en el agro ecuatoriano*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1986.
- Arcos, Carlos; Marchán, Carlos. «Apuntes para una discusión sobre los cambios en la estructura agraria serrana», en *Revista Ciencias Sociales*, vol. II, No. 5, Escuela de Sociología, Universidad Central del Ecuador, Quito, primer trimestre 1978.
- Bemelmans, Ludwing. *El burro por dentro*, Quito, Editora Moderna, 1941.
- Bourdieu, Pierre. *El sentido de la práctica*, Barcelona, Taurus Humanidades, 1991.
- Bravo, Bolívar. «El ambiente popular quiteño», en *IV Centenario de la Fundación Española de San Francisco de Quito*, Quito, 1934.
- Bustos, Guillermo. «Notas sobre economía y sociedad en Quito y la Sierra Centro Norte durante las primeras décadas del siglo XX», en *Quitumbe, revista del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad Católica*, No. 7, Quito, 1990.
- «La politización del ‘problema obrero’ los trabajadores quiteños entre la identidad ‘pueblo’ y la identidad ‘clase’ (1931-34)», en *Las crisis en el Ecuador. Los treinta y ochenta*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1991.
- «Quito en la transición: actores colectivos e identidades culturales urbanas (1920-1950)», en *Quito a través de la historia*, Quito, Dirección de Planificación del I. Municipio de Quito / Consejería de Obras Públicas y Transportes / Junta de Andalucía, 1992.
- Carrera Andrade, Jorge. *El volcán y el colibrí. Autobiografía*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1989.
- Carrión, Alejandro. «Cómo se hace un quiteño, método tentativo», en E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, tomo 2, 3a. ed., Quito, Librería Cima, 1993.
- Carrión, Andrea; Goetschel, Ana María; Sánchez, Nancy. *Breve historia de los servicios en la ciudad de Quito*, Quito, Ciudad / Museo de Quito, 1997.
- Carrión, Fernando. «Evolución de la forma de organización territorial en Quito: sus momentos históricos cruciales», *Cultura: revista del Banco Central del Ecuador*, Quito, sep.-dic. 1984.
- *Quito, crisis y política urbana*, Quito, Ciudad / El Conejo, 1987.
- Carvalho-Neto, Paulo de. *Diccionario del folklore ecuatoriano*, Quito, Editorial de la Casa de la Cultura, 1964.
- Cervone, Emma. «Introducción», en E. Cervone y F. Rivera (eds.), *Ecuador racista. Imágenes e identidades*, Quito, Flacso-Ecuador, 1999.

- Chávez, Fernando. «La familia entre los obreros urbanos del Ecuador», en *Orientaciones: revista de Cultura*, No. 2, Cuenca, Inst. Manuel J. Calle, septiembre 1933.
- Córdova, Carlos Joaquín. *El habla del Ecuador; diccionario de ecuatorianismos*, tomo I, Cuenca, Universidad del Azuay, 1995.
- Cornejo, Justino. *El Quichua en el Ecuador*; Quito, Publicaciones de la Academia de la Lengua, 1967.
- Cueva, Agustín. *Lecturas y rupturas*, Colección País de la Mitad, Quito, Planeta, 1986.
- De la Torre, Carlos. «Remembranzas de la bolsicon», en E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, tomo 2, 3a. ed., Quito, Librería Cima, 1993.
- Deler, Jean Paul. *Ecuador, del espacio al Estado nacional*, Biblioteca Geográfica Ecuatoriana, vol. 2, Quito, Banco Central del Ecuador, 1987.
- Descalzi, Ricardo. «El ambiente del Chulla Romero y Flores» en edición crítica de la UNESCO, Roma, 1988.
- Durán, Cecilia. *Irrupción del sector burócrata en el Estado ecuatoriano: 1925-1944*, Quito, Cooperación Española / Abya-Yala / PUCE, 2000.
- Eichler, Arturo. *Nieve y selva en Ecuador*, Guayaquil, 1952.
- . *Ecuador. Un país, un pueblo, una cultura*, Quito, 1982.
- Espinosa Apolo, Manuel. *Los mestizos ecuatorianos y las señas de identidad cultura*, 3a. ed., Quito, Trama Social, 2000.
- Espinosa, Modesto. *Artículos de costumbres*, Clásicos Ariel, No. 52, Guayaquil, s.a.
- Espinosa Tamayo, Alfredo. *Psicología y sociología del pueblo ecuatoriano*, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, vol. 2, Quito, BCE, 1979.
- Franklin, Albert B. *Ecuador, retrato de un pueblo*, Buenos Aires, Claridad, 1945.
- Freire Rubio, Edgar. *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, tomos I, II, y III, Quito, Librería Cima, 1990-93.
- García, Alfonso. *Estampas de mi ciudad*, segunda serie, Quito, Imprenta de Educación, 1937.
- . *Estampas de mi ciudad*, Quito, s.e., 1940.
- . «Soñar no cuesta nada», en E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, 4a. ed., Quito, Librería Cima, 1990.
- . «Viva el carnaval», en E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, 4a. ed., Quito, Librería Cima, 1991.
- Gangotena, Emilio. *El libro de la ciudad de San Francisco de Quito hasta 1951*, Quito, CEGAN, 1951.
- Goetschel, Ana María. «Hegemonía y sociedad (Quito: 1930-1950)», en E. Kigman (coord.), *Ciudades en los Andes*, Quito, Ciudad, 1992.
- . *Mujeres e imaginarios. Quito a inicios de la modernidad*, Serie Plurimemor, Quito, Abya-Yala, 1999.
- González, J. L. *Nuestra gran realidad, alrededor del problema de la tierra, su parcelación y producción en el Ecuador*, Quito, Labor, 1936.
- Granda, Wilma. «El cine silente ecuatoriano: la azarosa historia», en E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, 1a. ed., Quito, Abrapalabra, 1993.
- Hassaurek, Fedrich. «La servidumbre doméstica», en *Quito según los extranjeros*, 2a. ed., Colección Memoria, No. 1, Quito, Taller de Estudios Andinos, 1998.

- Ibarra, Hernán. *Indios y cholos. Orígenes de la clase trabajadora ecuatoriana*, Colección 4 Suyus, Quito, El Conejo, 1992a.
- «El laberinto del mestizaje», en *Identidades y sociedad*, Quito, Centro de Estudios Latinoamericanos / PUCE, 1992b.
- Icaza, Jorge. *Hijos del viento (Huairapamuschcas)*, Rotativa, Barcelona, Plaza & Janés, 1975.
- *En las calles*, Quito, El Conejo, 1985.
- *El Chulla Romero y Flores*, Quito, El Conejo, 1986.
- *Cholos*, Quito, Libresa, 1990.
- «Éxodo», en *Cabuyas*, Valencia, Edym, 1993.
- Jijón y Chiluiza, Jacinto. *Longos. Una crítica reflexiva e irreverente a lo que somos*, 2a. ed., Quito, Abya-Yala, 1998.
- Jurado Noboa, Fernando. *El Chulla Quiteño*, vol. 60, Quito, SAG, 1991.
- *Las quiteñas*, Colección Siempre, Quito, Dinediciones, 1995.
- *Quito secreto*, Colección Amigos de la Genealogía, vol. 135, Quito, SAG, 1999.
- Kigman, Eduardo; Goetschel, Ana María. «Obras públicas y fuerza de trabajo indígenas (el caso de la provincia de Pichincha)», en E. Kigman (coord.), *Las ciudades en la historia*, Quito, Ciudad, 1989.
- «Quito, vida social y modificaciones urbanas», en *Quito a través de la historia*, Quito, Dirección de Planificación del I. Municipio de Quito / Consejería de Obras Públicas y Transportes / Junta de Andalucía, 1992.
- «Quito: las ideas de orden y progreso y las nuevas extirpaciones culturales», en *Quito a través de la historia*, Quito, Dirección de Planificación del I. Municipio de Quito / Consejería de Obras Públicas y Transportes / Junta de Andalucía, 1992.
- Kigman, Nicolás. «El humor de los quiteños», en E. Kigman (coord.), *Las ciudades en la historia*, Quito, Conuep / Ciudad, 1989.
- «La ciudad de los recuerdos», en E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, 4a. ed., Quito, Librería Cima, 1991.
- Kreuter, María-Luise. *¿Dónde queda el Ecuador?*, Quito, Abya-Yala, 1997.
- Linke, Lilo. *Viaje por una revolución*, Quito, 1956.
- Luna, Milton. «Los movimientos sociales en los treinta. El rol protagónico de la multitud», en *Revista ecuatoriana de historia económica*, No. 6, Quito, Centro de Investigación y Cultura del Banco Central del Ecuador, 1989.
- «Los mestizos, los artesanos y la modernización en el Quito de inicios del siglo XX», en Jorge Núñez (comp.), *Antología de historia*, Quito, Flasco, 2000.
- Maiquashca, Juan. «Los sectores subalternos en los años 30 y el apareamiento del velasquismo», en *Las crisis en el Ecuador. Los treinta y ochenta*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1991.
- Meyer, Hans. *En los altos Andes del Ecuador*, Colección Tierra Incógnita, vol. 3, Quito, Abya-Yala, 1993 (1907).
- Mejía Pavony, Germán Rodrigo. *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá 1820-1910*, 2a. ed., Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Ciencias Sociales, Departamento de Historia, 2000.

- Michaux, Henri. *Ecuador*, 1a. ed., Colección Marginales, Barcelona, Tusquets Editores, 1983 (1928).
- Mitchell, Duncan (ed.). *Diccionario de sociología*, Barcelona, Grigalbo/Referencia, 1986.
- Montífar, Verónica. «Acerca de ‘putas, brujas, grajientas y mucho más’», en Martha Moscoso (comp.), *Y el amor no era todo... Mujeres, imágenes y conflictos*, Quito, Abya-Yala DGIS, 1996.
- Moya, Ruth. *Simbolismo y ritual en el Ecuador andino*, Colección Pendoneros, vol. 40, Otavalo, IOA, 1981.
- Muysken, Pierte. «Contacto entre el Quichua y Castellano en el Ecuador», en *Antropología del Ecuador*, 2a. ed., Quito, Abya-Yala, 1989.
- Niles, Blair. *Correrías casuales en el Ecuador*, Colección Tierra Incógnita, vol. 3, Quito, Abya-Yala, 1995 (1923).
- Olano, Antonio. *De Popayán a Quito*, Quito, Tip. y Encuadernación Salesiana, 1915.
- Oviedo Rodríguez, Miguel Ángel. *La jorga. Memorias de una vida*, Ecuador, Editorial Edithar, 1990.
- Paredes, Ángel Modesto. *Pensamiento sociológico*, Biblioteca Básica del Pensamiento Ecuatoriano, vol. 6, Quito, Banco Central del Ecuador / Corporación Editora Nacional, 1981.
- Pérez de Oleas, Laura. «Calé de tamales», en E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, tomo 2, 3a. ed., Quito, Librería Cima, 1991.
- Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.
- Puga, Miguel Ángel. *Crónicas del Quito antiguo*, Colección Amigos de la Genealogía, vol. 49, Quito, SAG, 1991.
- Pujadas, Joan Josep. *Etnicidad: identidad cultural de los pueblos*, Madrid, Eudema Antropología, Horizontes, 1993.
- Quijano, Aníbal. *Dominación y cultura. Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú*, Lima, Mosca Azul Editores, 1980.
- Rodríguez Castelo, Hernán. *Léxico sexual ecuatoriano y latinoamericano*, Quito, Libri-Mundi / IOA, 1979.
- Salvador, Humberto. «La navaja», en E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, 1a. ed., Quito, Abrapalabra, 1993.
- Suárez, Pablo Arturo. «Oficio de la Dirección de Sanidad, pasado al Consejo propósito de las obras de saneamiento de la ciudad», en *Gaceta Municipal*, año XIII, No. 16, Quito, julio 1 de 1927.
- . *Contribución al estudio de las realidades entre las clases obreras y campesinas*, Quito, Tipografía L. I. Fernández, 1934.
- Stark, Louisa R. «Modelos de estratificación y etnicidad en la Sierra norte», en Norman Whitten Jr (edit.), *Transformaciones culturales y etnicidad en la Sierra ecuatoriana*, Quito, Universidad San Francisco de Quito, 1993.
- Stutzman, Ronald. «El mestizaje: una ideología de exclusión», en Norman Whitten, Jr. (edit.), *Transformaciones culturales y etnicidad en la Sierra ecuatoriana*, Quito, Universidad San Francisco de Quito, 1993.

- Tobar Donoso, Julio. *El lenguaje rural en la región interandina del Ecuador*, Quito, Publicaciones de la Academia Ecuatoriana correspondiente de la Española, Editorial La Unión Católica C.A., 1961.
- Toscano, Humberto. *El español hablado en el Ecuador*, revista de filología española, Anejo LXI, Madrid, 1953.
- . *El Ecuador visto por los extranjeros*, Puebla, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, 1959.
- Troncoso, Julio. *Memorias íntimas del diario capitalino El Día*, Quito, El año ecuatoriano, 1969.
- Valdegana, Alfonso de (seudónimo). *Vida pasión y muerte de un empleado público*, Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1946.
- Varallanos, José. *El cholo y el Perú*, Buenos Aires, Imprenta López, 1962.
- Vásquez, María Antonieta. «Familia, costumbres y vida cotidiana a principios del s. XX», *Nueva Historia del Ecuador*, vol. 9, Quito, Corporación Editora Nacional / Grijalbo, 1988.
- Vega Salas, Jaime. *Reminiscencias (en busca del Quito perdido)*, Quito, Gráficas Ortega, 1996.
- Viteri de la Vega, Carlos. «Monografía del barrio El Tejar», *Museo histórico*, Nos. 47 al 51, Quito, 1969-1971.
- Weiser Varon, Benno. «Judíos en Quito. Recuerdos del Ecuador», en E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, Quito, Abrapalabra Editores, 1993.
- Zaldumbide, Gonzalo. «El quiteño detesta a Quito», en E. Freire (comp.), *Quito, tradiciones, testimonio y nostalgia*, 4a. ed., Quito, Librería Cima, 1993.

Periódicos

- El Comercio*, Quito.
- El Debate*, Quito.
- El Día*, Quito.
- Últimas Noticias*, Quito.

Fuentes no publicadas

- Espinosa Apolo, Manuel. «Los personajes populares de Quito», monografía para el curso abierto «Imagen e idea de Quito», Universidad Andina Simón Bolívar, 2000.
- Vallejo, Patricio. «Historia del teatro en el Ecuador», conferencia en el curso, «Imagen e Idea de Quito», Universidad Andina Simón Bolívar, 2000.

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

La Universidad Andina Simón Bolívar es una institución académica internacional autónoma. Se dedica a la enseñanza superior, la investigación y la prestación de servicios, especialmente para la transmisión de conocimientos científicos y tecnológicos. La universidad es un centro académico destinado a fomentar el espíritu de integración dentro de la Comunidad Andina, y a promover las relaciones y la cooperación con otros países de América Latina y el mundo.

Los objetivos fundamentales de la institución son: coadyuvar al proceso de integración andina desde la perspectiva científica, académica y cultural; contribuir a la capacitación científica, técnica y profesional de recursos humanos en los países andinos; fomentar y difundir los valores culturales que expresen los ideales y las tradiciones nacionales y andina de los pueblos de la subregión; y, prestar servicios a las universidades, instituciones, gobiernos, unidades productivas y comunidad andina en general, a través de la transferencia de conocimientos científicos, tecnológicos y culturales.

La universidad fue creada por el Parlamento Andino en 1985. Es un organismo del Sistema Andino de Integración. Tiene su Sede Central en Sucre, Bolivia, sedes nacionales en Quito y Caracas, y oficinas en La Paz y Bogotá.

La Universidad Andina Simón Bolívar se estableció en Ecuador en 1992. Ese año suscribió con el gobierno de la república el convenio de sede en que se reconoce su estatus de organismo académico internacional. También suscribió un convenio de cooperación con el Ministerio de Educación. En 1997, mediante ley, el Congreso incorporó plenamente a la universidad al sistema de educación superior del Ecuador, lo que fue ratificado por la Constitución vigente desde 1998.

La Sede Ecuador realiza actividades, con alcance nacional y proyección internacional a la Comunidad Andina, América Latina y otros ámbitos del mundo, en el marco de áreas y programas de Letras, Estudios Culturales, Comunicación, Derecho, Relaciones Internacionales, Integración y Comercio, Estudios Latinoamericanos, Historia, Estudios sobre Democracia, Educación, Salud y Medicinas Tradicionales, Medio Ambiente, Derechos Humanos, Gestión Pública, Dirección de Empresas, Economía y Finanzas, Estudios Inter-culturales, Indígenas y Afroecuatorianos.

Universidad Andina Simón Bolívar

Serie Magíster

- 1 Mónica Mancero Acosta, ECUADOR Y LA INTEGRACIÓN ANDINA, 1989-1995: el rol del Estado en la integración entre países en desarrollo
- 2 Alicia Ortega, LA CIUDAD Y SUS BIBLIOTECAS: el graffiti quiteño y la crónica costeña
- 3 Ximena Endara Osejo, MODERNIZACIÓN DEL ESTADO Y REFORMA JURÍDICA, ECUADOR 1992-1996
- 4 Carolina Ortiz Fernández, LA LETRA Y LOS CUERPOS SUBYUGADOS: heterogeneidad, colonialidad y subalternidad en cuatro novelas latinoamericanas
- 5 César Montaña Galarza, EL ECUADOR Y LOS PROBLEMAS DE LA DOBLE IMPOSICIÓN INTERNACIONAL
- 6 María Augusta Vintimilla, EL TIEMPO, LA MUERTE, LA MEMORIA: la poética de Efraín Jara Idrovo
- 7 Consuelo Bowen Manzur, LA PROPIEDAD INDUSTRIAL Y EL COMPONENTE INTANGIBLE DE LA BIODIVERSIDAD
- 8 Alexandra Astudillo Figueroa, NUEVAS APROXIMACIONES AL CUENTO ECUATORIANO DE LOS ÚLTIMOS 25 AÑOS
- 9 Rolando Marín Ibáñez, LA «UNIÓN SUDAMERICANA»: alternativa de integración regional en el contexto de la globalización
- 10 María del Carmen Porras, APROXIMACIÓN A LA INTELLECTUALIDAD LATINOAMERICANA: el caso de Ecuador y Venezuela
- 11 Armando Muyulema Calle, LA QUEMA DE ÑUCANCHIC HUASI (1994): los rostros discursivos del conflicto social en Cañar
- 12 Sofía Paredes, TRAVESÍA DE LO POPULAR EN LA CRÍTICA LITERARIA ECUATORIANA
- 13 Isabel Cristina Bermúdez, IMÁGENES Y REPRESENTACIONES DE LA MUJER EN LA GOBERNACIÓN DE POPAYÁN
- 14 Pablo Núñez Endara, RELACIONES INTERNACIONALES DEL ECUADOR EN LA FUNDACIÓN DE LA REPÚBLICA

- 15 Gabriela Muñoz Vélez, REGULACIONES AMBIENTALES, RECONVERSIÓN PRODUCTIVA Y EL SECTOR EXPORTADOR
- 16 Catalina León Pesántez, HISPANOAMÉRICA Y SUS PARADOJAS EN EL IDEARIO FILOSÓFICO DE JUAN LEÓN MERA
- 17 René Lauer, LAS POLÍTICAS SOCIALES EN LA INTEGRACIÓN REGIONAL: estudio comparado de la Unión Europea y la Comunidad Andina de Naciones
- 18 Florencia Campana Altuna, ESCRITURA Y PERIODISMO DE LAS MUJERES EN LOS ALBORES DEL SIGLO XX
- 19 Alex Aillón Valverde, PARA LEER AL PATO DONALD DESDE LA DIFERENCIA: comunicación, desarrollo y control cultural
- 20 Marco Navas Alvear, DERECHOS FUNDAMENTALES DE LA COMUNICACIÓN: una visión ciudadana
- 21 Martha Dubravcic Alaiza, COMUNICACIÓN POPULAR: del paradigma de la dominación al de las mediaciones sociales y culturales
- 22 Lucía Herrera Montero, LA CIUDAD DEL MIGRANTE: la representación de Quito en relatos de migrantes indígenas
- 23 Rafael Polo Bonilla, LOS INTELECTUALES Y LA NARRATIVA MESTIZA EN EL ECUADOR
- 24 Sergio Miguel Huarcaya, NO OS EMBRIAGUÉIS...: borrachera, identidad y conversión evangélica en Cacha, Ecuador
- 25 Ángel María Casas Gragea, EL MODELO REGIONAL ANDINO: enfoque de economía política internacional
- 26 Silvia Rey Madrid, LA CONSTRUCCIÓN DE LA NOTICIA: corrupción y piponazgo
- 27 Xavier Gómez Velasco, PATENTES DE INVENCION Y DERECHO DE LA COMPETENCIA ECONÓMICA
- 28 Gabriela Córdova, ANATOMÍA DE LOS GOLPES DE ESTADO: la prensa en la caída de Mahuad y Bucaram
- 29 Zulma Sacca, EVA PERÓN, DE FIGURA POLÍTICA A HEROÍNA DE NOVELA
- 30 Fernando Checa Montúfar, EL *EXTRA*: LAS MARCAS DE LA INFAMIA: aproximaciones a la prensa sensacionalista
- 31 Santiago Guerrón Ayala, FLEXIBILIDAD LABORAL EN EL ECUADOR

- 32 Alba Goycochea Rodríguez, LOS IMAGINARIOS MIGRATORIOS: el caso ecuatoriano
- 33 Tatiana Hidrovo Quiñónez, EVANGELIZACIÓN Y RELIGIOSIDAD INDÍGENA EN PUERTO VIEJO EN LA COLONIA
- 34 Ramiro Polanco Contreras, COMERCIO BILATERAL ECUADOR-COLOMBIA: efectos del conflicto
- 35 Anacélida Burbano Játiva, MÁS AUTONOMÍA, MÁS DEMOCRACIA
- 36 Ángela Elena Palacios, EL MAL EN LA NARRATIVA ECUATORIANA MODERNA: Pablo Palacio y la generación de los 30
- 37 Raúl Useche Rodríguez, EDUCACIÓN INDÍGENA Y PROYECTO CIVILIZATORIO EN ECUADOR
- 38 Carlos Bonfim, HUMOR Y CRÓNICA URBANA: ciudades vividas, ciudades imaginadas
- 39 Patricio Vallejo Aristizábal, TEATRO Y VIDA COTIDIANA
- 40 Sebastián Granda Merchán, TEXTOS ESCOLARES E INTERCULTURALIDAD EN ECUADOR
- 41 Milena Almeida Mariño, MONSTRUOS CONSTRUIDOS POR LOS MEDIOS: Juan F. Hermosa, el «Niño del terror»
- 42 Lourdes Endara Tomaselli, «¡AY, PATRIA MÍA!»: la nación ecuatoriana en el discurso de la prensa
- 43 Roberto Corrales, JUSTICIA CONSTITUCIONAL EN BOLIVIA: hacia el fortalecimiento del régimen democrático
- 44 Marco Albán Zambonino, PROBLEMAS DEL DERECHO TRIBUTARIO FRENTE AL COMERCIO ELECTRÓNICO
- 45 Santiago Basabe Serrano, RESPONSABILIDAD PENAL DE LAS PERSONAS JURÍDICAS DESDE LA TEORÍA DE SISTEMAS
- 46 Bayardo Tobar, EL INGRESO DEL ECUADOR A LA OMC: simulacro de negociación
- 47 Rosana Morales, LA PRESCRIPCIÓN TRIBUTARIA: estudio comparativo Ecuador - países andinos
- 48 María Luisa Perugachi, OPTIMIZACIÓN DE PROCESOS: la concesión de radiofrecuencias en el Ecuador
- 49 Manuel Espinosa Apolo, MESTIZAJE, CHOLIFICACIÓN Y BLANQUEAMIENTO EN QUITO: primera mitad del siglo XX

El presente volumen da cuenta de las transformaciones físicas, sociales y humanas de la ciudad de Quito impulsadas por los permanentes y aluviales flujos de inmigrantes interioranos durante una época de transición: la primera mitad del siglo XX.

La parte medular de esta investigación gira en torno al análisis de los procesos de transfiguración o de mutación étnica y cultural que afectaron tanto a los nuevos como a los viejos residentes de la ciudad, procesos que la historiografía contemporánea y la literatura sociológica han denominado: mestizaje, cholificación y blanqueamiento.

La comprensión de los mismos ha sido posible gracias al estudio de dos elementos. En primer lugar, de las etiquetas de carácter estigmatizante: «longo», «cholo» y «chagra» y de los autoalusivos identificatorios de «chulla» o «gente decente», que surgieron, se reactivaron y alcanzaron un evidente auge en dicho período. En segundo lugar, del esclarecimiento de las prácticas culturales que constituyeron y definieron a los actores mencionados, y que dan cuenta de las profundas transformaciones culturales acaecidas en la ciudad.

En definitiva, el presente estudio destaca el aporte de los inmigrantes interioranos de origen rural y pueblerino a la modernización de la urbe, al mismo tiempo que entrega importantes elementos para esclarecer los problemas fundamentales del mestizaje, a saber: la etnogenesis, la identidad y la cultura de los mestizos.



Manuel Espinosa Apolo (Loja, 1964) ha realizado estudios de Sociología y Ciencias Políticas en la U. Central del Ecuador, Ciencias de la Educación en la especialidad de Historia y Geografía en la U. Técnica Particular de Loja y de Estudios de la Cultura con mención en Historia Andina en la U. Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. Ha colaborado como docente en la Escuela «Dolores Cacuango» y en las universidades Andina, de las Nacionalidad Indígenas y de las Américas. Fue editor de la colección «Memoria» del Taller de Estudios Andinos y actualmente dirige la colección «Memoria de Quito» de la editorial Tramasocial. En la actualidad colabora con el Municipio de Quito coordinando proyectos de recuperación de la memoria cultural e histórica en barrios tradicionales de la ciudad y parroquias del cantón Quito. Es autor de los libros: Los mestizos ecuatorianos y las señas de identidad cultural, Diccionario mitológico de la comunidad mestiza ecuatoriana y compilador de otros más.